

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**EL NEOCONSERVADURISMO EN LA ADMINISTRACIÓN DE
GEORGE W. BUSH Y SU IMPACTO EN LA POLÍTICA EXTERIOR
DE ESTADOS UNIDOS: 2001-2004**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE: LICENCIADO EN
RELACIONES INTERNACIONALES**

PRESENTA: ADRIÁN VILLANUEVA DELGADO

DIRECTOR DE TESIS: DR. JOSÉ LUIS VALDÉS UGALDE

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Gabriela donde quiera que esté

El bien, quisimos el bien:

enderezar al

mundo.

No nos faltó entereza:

nos faltó humildad

O. Paz, "Nocturno de San Ildefonso"

Everything that is really great and inspiring is created by the individual who can labor in freedom.

A. Einstein.

El intelecto se forma en la soledad; el carácter en el mundo exterior.

J. W. Goethe

AGRADECIMIENTOS

Spinoza decía que la libertad es el conocimiento claro y preciso de nuestras pasiones y nuestras determinaciones. Es lo que yo expreso a través de estas palabras, mi gratitud y mi reconocimiento a aquellos que me ayudaron a encontrar mi libertad. Este es un trabajo que realicé gracias a una estancia como becario y asistente de investigación en el Centro de Investigaciones sobre América del Norte de la Universidad Nacional Autónoma de México. A mi Alma Mater le debo mi formación académica, el conocimiento profundo de las raíces de nuestro querido país, y la enseñanza de la crítica: el ácido que cura la realidad de los vestigios más fantasmagóricos; nuestro sueño en libertad.

El trabajo presentado no podría haber estado completo sin el respaldo y el ánimo del Dr. José Luis Valdés Ugalde, mi amigo y mentor. Sus perspicaces lecciones sobre la investigación y su inexorable concatenación para vivirla en soledad, fueron sus mayores enseñanzas. Le agradezco profundamente. También deseo expresar mi gratitud con el personal administrativo del CISAN: al Act. Erich Stephen Ferrera, Alicia García, Araceli Taboada, Rebeca Campuzano, Guadalupe Bazaldúa, Patricia Acevedo, y Alejandrina Ortega.

Asimismo, doy las gracias a los que me ayudaron a precisar mis argumentos con sus inteligentes y agudos comentarios: Dr. Malcolm Fairbrother de la Universidad de California en Berkeley, Dr. Miguel Cabañas de la Michigan State University, Dr. Javier Urbano de la Universidad Iberoamericana, Dr. Leonardo Curzio y Mtro. Argentino Mendoza del CISAN, Lic. Carlos Rodríguez de la Universidad Autónoma de Barcelona, Dr. José Luis Orozco, Dr. Enrique Villarreal y Mtro. Juan Palma de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Igualmente, reconozco el inefable apoyo de mis amigos y colegas: Samuel y José Cuecuecha, Manuel Granados, Ricardo Alemán, Adriana Leurette, Daniela Bonilla, David Herrera, Sirani Romero, Jocelyn Gonzáles, y mis demás compañeros de generación.

Es a toda mi familia a quien dedico este trabajo. A mis amados padres les agradezco que me enseñaran a través del derecho y la historia la travesía de nuestro país hacia nuevos horizontes. Sin el amor de todos ustedes viviría desprendido del mundo y ajeno de sí mismo, desamparado y en un ámbito hostil.

El maestro Octavio Paz escribió que la gracia es una palabra que tiene equivalentes en todas las lenguas. Y en todas es rica la gama de significados. En las lenguas romances va de lo

espiritual a lo físico, de la gracia que concede Dios a los hombres para salvarlos del error y la muerte a la gracia corporal de la muchacha que baila o a la del felino que salta en la maleza. Gracia es perdón, indulto, favor, beneficio, nombre, inspiración, felicidad en el estilo de hablar o de pintar, además que revela las buenas maneras y, en fin, acto que expresa bondad de alma. La gracia es gratuita, es un don; aquel que lo recibe, el agraciado, si no es un mal nacido, lo agradece: da las gracias. Es lo que yo hago ahora con estas palabras de poco peso. Espero que mi emoción compense su levedad. Si cada una fuese una gota de agua, ustedes podrían ver, a través de ellas, lo que siento: gratitud, reconocimiento.

Centro de Investigaciones sobre América del Norte
Ciudad Universitaria, enero 2006

ÍNDICE

Introducción: Reflexiones Entorno a la Identidad Nacional Estadounidense y sus Efectos en la Política Exterior del Presidente George W. Bush	11
I. ¿Nación Liberal o Nación Conservadora?: Génesis del Neoconservadurismo en Estados Unidos 1945-2000.	17
I.I. Nación Liberal-Nación Conservadora	17
I.II. Génesis del Neoconservadurismo en Estados Unidos	25
I.III. Un Renovado Activismo	31
I.IV. Un País, Dos Naciones	36
I. V. América la Diferente	40
II. Poder e Identidad: Los Ciclos de la Política Exterior de Estados Unidos 1945-2000	43
II.I. Los Principios de la Política Exterior de Estados Unidos	43
II.II. El Realismo Político y la Afirmación de la Hegemonía	48
II.III. El Constructivismo y el Valor de la Identidad Nacional	64
II.IV. Las Dinámicas de Elección y los Balances de la Estrategia de Política Exterior de Estados Unidos	72
III. Unipolaridad y Realismo Democrático: El Impacto del Neoconservadurismo en la Política Exterior del Presidente George W. Bush 2000-2004	77
III.I. Unipolaridad y Nuevo Siglo Americano	77
III.II. George W. Bush y el 9/11	81
III.III. La Intervención Armada en Irak y la Creciente Amenaza del Terrorismo Islámico	89
III.IV. Realismo Democrático y Unipolaridad en la Estrategia de Política Exterior Post 9/11	96
Conclusiones: George W. Bush y lo que Significa Ser América: Crítica desde el Extranjero Cercano.	103
Bibliografía	119

INTRODUCCIÓN

REFLEXIONES ENTORNO A LA IDENTIDAD NACIONAL ESTADOUNIDENSE Y SUS EFECTOS EN LA POLÍTICA EXTERIOR DEL PRESIDENTE GEORGE W. BUSH

Las ortodoxias con pretensiones universalistas y exclusivistas tienden sucesivamente a la escisión y a su persecución.¹

Don Daniel Cosío Villegas escribió que el problema de las relaciones de México con Estados Unidos es complejo en extremo. La animadversión del mexicano hacia el estadounidense procede en parte del recuerdo de hechos históricos dolorosos. Por tal razón, las relaciones se mueven en un trasfondo de limitada concordia. “El factor principal que aleja a estos pueblos es la distinta trayectoria que los anima; distinta y, sin embargo convergente, entre otras razones por la vecindad.”²

En el trabajo de investigación que presento, intento aportar algunos elementos que coadyuven al conocimiento mutuo entre los dos pueblos. Considero que no es superfluo mencionar que el futuro de México está concatenado al devenir histórico de Estados Unidos. Por tal razón, como científico social elaboro mi tema de tesis alrededor del principio de conocer las raíces de la identidad nacional estadounidense y sus efectos en su política exterior, a razón de elaborar nuevas estrategias de asociación política, económica y cultural entre ambos países.

Con los atentados del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos resurgió como una nación empeñada en la defensa y expansión de los principios del Credo Americano. Con ello, considero que la influencia del neoconservadurismo³ en la política exterior de Estados Unidos fue la primera respuesta ante la conspicua violación de la seguridad nacional. Por consiguiente, si bien la identidad nacional proporciona los cimientos para la política exterior de cualquier país, ¿cuáles han sido los efectos del 9/11 en la identidad nacional estadounidense y hasta qué grado ha influido en la política internacional de Washington?

¹ Octavio Paz, *Tiempo Nublado*, Ed. Seix Barral, México 2003. 53p.

² Daniel Cosío Villegas, *Extremos de América*, FCE, México 2005. 51p.

³ El término neoconservador fue acuñado en 1976 por Michael Harrington, principal escritor y activista político del socialismo en Estados Unidos, el cual hacía referencia a ex comunistas que habían migrado hacia el liberalismo anticomunista. Véase John Ehrman, *The Rise of Neoconservatism. Intellectuals and Foreign Policy 1945-1994*, Yale University Press, Michigan 1995. 45p.

Mi hipótesis de investigación a resolver fue analizar el impacto del neoconservadurismo en la política exterior del presidente George W. Bush. En este sentido, desarrollé mi investigación a partir de dos elementos. El primero fue estudiar los orígenes del neoconservadurismo y su relación con el conservadurismo y el liberalismo estadounidense. El segundo fue identificar en las teorías sistémicas y deterministas de relaciones internacionales las bases de la política internacional de Estados Unidos. Con estos dos elementos tuve la aproximación al tema de estudio referido.

H. G. Wells decía que la historia humana es, en esencia, una historia de ideas.⁴ En el primer capítulo abordo la génesis del neoconservadurismo en Estados Unidos como un movimiento ideológico y político que a lo largo de cuarenta años ha impulsado el liderazgo de Estados Unidos en el sistema internacional a través de una política exterior desde el anticomunismo hasta el cambio de régimen y guerra preventiva como ejes articuladores de la seguridad nacional. Así entonces, el prefijo neo es producto de su asimilación como una expresión contemporánea del conservadurismo estadounidense. De este modo, a partir de tres grandes etapas, el neoconservadurismo no solo renovó el conservadurismo definido como una ideología de la búsqueda e institución de los valores de la antigua comunidad, sino también se constituyó como un elemento permanente de las estrategias de la política internacional.

La primera etapa inició en la década de los setenta cuando una creciente polarización de la sociedad estadounidense manifestada a partir la derrota de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, los desequilibrios en la economía internacional, la crisis política del Watergate seguida de la renuncia del presidente Richard Nixon, impulsaron un discurso aislacionista de la política exterior inscrita en una teoría de ciclos históricos de las grandes potencias.⁵ Para esto, los neoconservadores, de raíces liberales y anticomunistas, no sólo renovaron el Partido Republicano, sino también dieron un gran impulso a la nación conservadora – es decir, los think tanks⁶, fundaciones, asociaciones, grupos de interés y de presión que integran al

⁴ Véase Enrique Krauze, *Travesía Liberal*, Tusquets editores, México 2003. 448pp.

⁵ Véase Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Vintage Books, New York 1989. 677pp.

⁶ Utilizaré el término de think tanks que Jesús Velasco define como las instituciones no lucrativas que realizan investigaciones sobre las políticas públicas, dedicadas a difundir ideas y recomendaciones respecto a ella en los medios de comunicación y el gobierno, y la formación de opinión pública estadounidense. Las características que ayudan a distinguir entre los distintos think tanks son 1 el propósito organizacional; 2 el enfoque del estudio; 3 la independencia intelectual; 4 las fuentes de financiamiento; 5 el tipo de gastos, y 6 su papel. Así las cosas Heritage Foundation, Brookings Institution, Center for Strategic and International Studies y the Council for Foreign Relations, se diferencian en cómo vender las ideas y cómo comprar las influencias, es decir, cómo se envía el mensaje y quien lo recibe. Finalmente Velasco explica dos factores que explican la importancia actual que éstas

movimiento conservador-, que finalmente se consolidó con el arribo de un presidente con características del propio movimiento: Ronald Reagan.

La segunda etapa se desarrolló como resultado directo de la implosión de la Unión Soviética y el advenimiento de nuevos escenarios en el equilibrio del poder mundial entre las naciones. Los neoconservadores temían que, desaparecida la amenaza del comunismo, Estados Unidos retrocediera a sus fronteras y dependiera de los mecanismos de seguridad colectiva para preservar la paz y estabilidad en el mundo. La post-guerra fría requeriría el liderazgo de Estados Unidos para enfrentar dictaduras e ideologías hostiles y promover los principios de la democracia liberal por medio de la fuerza militar si fuese necesario. Fue así que, la década de los noventa significó un periodo de gran activismo político de la nación conservadora en la promoción de doctrinas de seguridad y defensa representativas de la unipolaridad estadounidense en el sistema internacional.

Finalmente, la tercera etapa inició con los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. Las estrategias de disuasión y contención no serían suficientes para enfrentar a la nueva amenaza. Así, los neoconservadores renovaron los ejes de una política exterior construida con base a los principios de guerra preventiva, unilateralismo y hegemonismo.

Estudiar el neoconservadurismo requiere a su vez un repaso por el desarrollo del conservadurismo en Estados Unidos. Considero que, sólo así es posible entender el impacto de un discurso nacionalista y mesiánico en la sociedad estadounidense. Empero, ambos no son autónomos del liberalismo en Estados Unidos, entendido como el indisoluble y admirado discurso libertario de los derechos del individuo y los límites del poder del Estado. De este modo, la tradición liberal en Estados Unidos substituye los elementos feudales y aristocráticos propios del conservadurismo europeo, de modo que, la nación liberal, también integrada por think tanks, publicaciones, universidades y asociaciones civiles, cierra el círculo entre liberalismo y conservadurismo, y por consiguiente, la génesis del neoconservadurismo.

instituciones. La primera es un deterioro de los partidos políticos en cuanto a la organización de actividades colectivas y la subsiguiente coronación de los medios de comunicación como principales encargados de organizar la vida política. El segundo elemento que ilustra la creciente proliferación de éstos centros es la inmensa disposición de empresas y fundaciones conservadoras para financiar organizaciones del mismo ramo. Ver Jesús Velasco, "Vender ideas y comprar influencias: México y los think tanks estadounidenses en la promoción del TLCAN" en Rodolfo O. de la Garza y Jesús Velasco (Coord.) *México y su Interacción con el Sistema Político Estadounidense*, CIDE, México 2000. 219-254pp.

Karl von Clausewitz decía que si la guerra pertenece a la política, esta adquirirá naturalmente su carácter. Si la política es grande y poderosa, igualmente lo será la guerra.⁷ En el segundo capítulo estudio las fluctuaciones cíclicas ampliación-contracción de la política exterior de Estados Unidos identificando su origen en la política del poder y la identidad nacional estadounidense. Por tanto, la dicotomía intervención-aislacionismo es producto de la perenne lucha entre dos distintas pero complementarias percepciones ideológicas: la tradición del internacionalismo liberal progresista y la tradición nacionalista conservadora.⁸

De este modo, el realismo político, definido como la política del poder, es la afirmación de la hegemonía de Estados Unidos en el sistema internacional, puesto que, los conceptos del equilibrio de poder, moral y política, naturaleza humana y anarquía legitiman el uso de la fuerza en la política internacional. No obstante, el análisis de los ciclos de la política exterior de Estados Unidos advierte las diferencias entre una teoría sistémica, aquella que estudia las estructuras del sistema, y una teoría reduccionista, las que estudian los agentes internos de los Estados.

Así las cosas, el paradigma realista es una teoría sistémica de las relaciones internacionales, de modo que, las teorías de política exterior no lo son ya que sólo estudian el comportamiento de los Estados. Por tal razón, es necesario un vínculo entre dos percepciones del sistema internacional que aborden conceptos no sólo de la *realpolitik* y el equilibrio del poder, sino también los intereses y las ideas que condicionan la elaboración y ejecución de la política internacional de los Estados. Por ejemplo, la política de la contención fue una expresión materialista –definida en términos de capacidades militares– y social –ideológica– puesto que reflejó principalmente dos intereses del gobierno estadounidense: Contener la influencia de la Unión Soviética y el Comunismo, y promover los valores cívicos y democráticos de la identidad nacional estadounidense, principalmente.

En este sentido, el constructivismo es una teoría sistémica que retoma los elementos que rechaza el realismo político como son las intersubjetividades de los agentes internos del Estado. Por consiguiente, el poder y los intereses sólo adquieren importancia a través de las ideas. Por tanto, analizar la identidad nacional nos permitirá entender la estrategia de política exterior de Estados Unidos en un ambiente de cambios acelerados en el sistema internacional.

⁷ Karl von Clausewitz, *De la Guerra*, Colección Idea Universitaria. Barcelona España 1999. 29-30pp.

⁸ Ver Capítulo Primero

En síntesis, el sistema internacional no sólo influye en el comportamiento de los Estados, sino también forma sus intereses e identidades.⁹

No obstante, en las estrategias de política exterior de Estados Unidos existen dinámicas de elección y equilibrios. Así, la dicotomía ampliación-contracción de los intereses nacionales de la política internacional estadounidense responden a dos percepciones complementarias del sistema internacional: la realista y la constructivista. Así pues, el revisionismo neoconservador intenta acercar ambas teorías en función del mantenimiento y expansión del poder político, económico, militar estadounidense a inicios del siglo XXI.

Benito Pérez Galdos escribió que “las costumbres las ha hecho el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha hecho las montañas, y sólo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir. No se derriban montes a bayonetazos”.¹⁰ Así, en el tercer capítulo estudio los efectos del 11 de septiembre de 2001 y el impacto del neoconservadurismo en la política exterior de Estados Unidos, que como señala el sociólogo alemán Ulrich Beck, representa muchas cosas en la historia de la humanidad; entre otras, el fracaso, el silencio del lenguaje ante acontecimientos como ‘guerra’, ‘crimen’, ‘enemigo’, ‘victoria’ y ‘terrorismo’: “los conceptos se deshacen en la boca como hongos podridos.”¹¹

El sistema internacional se ha convertido en un lugar inestable. Estados Unidos enfrenta el gran dilema de su política internacional desde el fin de la guerra fría: ¿Cómo ejecutar una política exterior que derrote a un enemigo tan nebuloso y proteico sin desestabilizar el equilibrio de poder mundial? Indudablemente, el 9/11 fue el día en que cambió el mundo ya que aceleró los cambios sistémicos del orden internacional, a saber; a) la creciente unipolaridad de Estados Unidos; b) el conspicuo alejamiento entre los tradicionales aliados europeos y Estados Unidos; c) la evidente debilidad de los organismos internacionales para preservar la paz y seguridades en el mundo; y d) los inexorables efectos de la globalización y la revolución tecnológica en la consolidación de agentes no-estatales como actores del sistema internacional.

El ‘Fin de la Historia’ y el ‘Choque de Civilizaciones’, amabas resurrecciones neoconservadoras, han sido tan ilusorios como la victoria definitiva del ideal democrático y

⁹ Ver Alexander Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press 1999. 429pp.; Maja Zehfuss, *Constructivism in International Relations. The Politics of Reality*, Cambridge University Press, 2002. 289pp; y Jack Snyder, “One World, Rival Theories” en *Foreign Policy*, November/December 2004.

¹⁰ Enrique Krauze, *Op Cit.* 228p.

¹¹ Ulrich Beck, *Sobre el Terrorismo y la Guerra*, Paidós, España 2002. 9p.

liberal: tan pronto se hizo de lado el caparazón militar soviético, la realidad balcánica estalló en fanatismos de la identidad (nacional, étnica) y entre otros fanatismos aún más profundos y devastadores, los fanatismos religiosos. En este sentido, Enrique Krauze escribe que “para atenuar los odios teológicos se requieren profetas de paz, no de guerra. Escuchas que alcen la voz contra los errores de ambas partes. Testigos de la verdad, no de la propaganda.”¹²

Así, la percepción unipolar del sistema internacional descansa en la supremacía¹³ militar, económica y cultural de Estados *vis-à-vis* los otros grandes centros de poder mundial. En este sentido, el mantenimiento y la expansión de la supremacía estadounidense, y la promoción de los valores democráticos, generan las bases de la estrategia de política internacional de Estados Unidos en la periodo post 9/11, a saber, unilateralismo, hegemonismo, y guerra preventiva.

De modo que, el impacto de las ideas y el poder en el sistema internacional -principio de la teoría constructivista- se manifiesta en la elaboración de la doctrina del realismo democrático, es decir, donde la tradición idealista *wilsoniana* y la tradición del realismo político, convergen en la percepción de un orden internacional anárquico y peligroso. Por consiguiente, la teoría de la unipolaridad estadounidense está estrechamente vinculada con la doctrina neoconservadora de política exterior.

Así las cosas, la respuesta del presidente George W. Bush a los ataques terroristas del 9/11 fue a través de una doctrina neoconservadora de política internacional. Por tanto, con la creciente influencia del conservadurismo en el discurso político nacional estadounidense, la percepción de un sistema internacional material -poder duro y poder suave- y social -democracia y libre comercio- inmediatamente unificó a la nación conservadora al traducir las características de la identidad nacional en teoría de política internacional.

¹² Enrique Krauze, *Op Cit.* 309p.

¹³ José Luis Valdés-Ugalde define supremacía como el ejercicio solitario del poder, por lo cual la superioridad está garantizada puesto que la lucha de poder entre iguales no tiene lugar. Se desarrolla y explica a sí mismo en vista de una ausencia de competencia real para alcanzarlo. Contrario a esto, define hegemonía como también un ejercicio de poder, pero dentro de una competencia dinámica en la cual una lucha más amplia tiene lugar. Por tanto “dentro del contexto de la guerra fría y la bipolaridad, tanto la hegemonía como la supremacía fueron, efectivamente, un privilegio de Estados Unidos”. Ver José Luis Valdés-Ugalde, *Estados Unidos, Intervención y Poder Mesianico. La Guerra Fría en Guatemala, 1954*, CISAN-IIJ-UNAM, México 2004.

CAPÍTULO PRIMERO

¿NACIÓN LIBERAL O NACIÓN CONSERVADORA?: GÉNESIS DEL NEOCONSERVADURISMO EN ESTADOS UNIDOS 1945-2000.

La gran originalidad histórica de la nación norteamericana y, asimismo, la raíz de su contradicción, está inscrita en el acto mismo de su fundación. Los Estados Unidos fueron fundados para que sus ciudadanos viviesen entre ellos y consigo mismos, libres al fin del peso de la historia y de los fines metahistóricos que el Estado ha asignado a la sociedades del pasado. El culto del futuro se inserta con naturalidad en el proyecto norteamericano y es, por decirlo así, su condición y su resultado. La sociedad norteamericana se fundó por un acto de abolición del pasado. Así, la contradicción de la sociedad norteamericana contemporánea: ser un imperio y ser una democracia, es resultado de otra más honda: haber sido fundada contra la historia y ser ella misma historia.¹

I.I NACIÓN LIBERAL NACIÓN CONSERVADORA

En 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el liberalismo era la ideología más influyente en la política estadounidense. La idea del “gobierno grande” que influye en la vida de los estadounidenses fue comúnmente aceptada, aunado a la concepción de la planificación económica. Las ideas de responsabilidad fiscal, disminución del gasto público, y una reducción en las regulaciones del Estado sobre la economía, eran temas que sonaban descabellados. Sin embargo, la desestabilización de las políticas económicas, sociales y culturales en la década de los sesenta y setenta provocó que un amplio sector de la sociedad estadounidense desconfiara del liberalismo como ideología y política.² Así pues, ¿cuáles fueron los factores que facilitaron el receso del liberalismo como doctrina dominante, y producto de ello, un resurgimiento del conservadurismo en la política estadounidense?

Arthur M. Schlesinger Jr. menciona que los ciclos políticos en la historia de Estados Unidos son una continua lucha entre los valores conservadores como la santidad de la propiedad privada, la maximización del beneficio y el libre mercado, y los valores liberales como la igualdad, la libertad, la responsabilidad social, y las regulaciones públicas de la

¹ Octavio Paz, *Tiempo Nublado*, Ed. Seix Barral, México 2003. 39p.

² Charles W. Dunn y J. David Woodard, *The Conservative Tradition in America*, Rowman & Littlefield Publishers, Boston 1996. 12p.

propiedad. Schlesinger define el ciclo como un cambio continuo en el desarrollo nacional entre el fin público y el interés privado. “Si es un ciclo genuino”, explica el autor, “la explicación debe ser interna. Cada nueva fase debe fluir de las condiciones –y contradicciones- de la fase anterior y luego preparar ella misma el camino para la próxima repetición. En otras palabras, un verdadero ciclo es autoregenerador. No puede estar determinado, excepto a causa de una catástrofe, por sucesos externos. La guerra, las depresiones, las inflaciones, realzan o complican los modos, pero el ciclo sigue su curso, independiente, autosuficiente y autónomo”.³

Louis Hartz define liberal como aquel que cree en la libertad individual, en la igualdad y en el capitalismo, y que considera al mundo mercantil humano –donde una persona tiene éxito o fracasa debido a sus propios esfuerzos y a su propia capacidad- como el adecuado campo de pruebas para lograrlo. Hartz afirma que, Estados Unidos, desde su fundación, ha sido una sociedad liberal en la cual la tradición liberal ha sido uno de los más poderosos absolutismos de la historia.⁴

Hartz señala que éste dogmatismo liberal en Estados Unidos es la raíz secreta del origen de muchos de sus enigmáticos fenómenos culturales. “Históricamente”, continúa Hartz, “tenemos pocos precedentes del problema. Da lugar a la pregunta de si una nación puede compensar la uniformidad de su vida nacional mediante el contacto con culturas extranjeras, fuera de sus fronteras. Interroga si el liberalismo estadounidense puede adquirir, por medio de la experiencia externa, ese sentido de relatividad, esa pizca de filosofía que el liberalismo europeo adquirió gracias a una experiencia interna de diversidad y conflictos sociales.”⁵

Hartz atribuye esta excepción a que una de las características centrales de una sociedad no feudal es que carece de una genuina tradición revolucionaria y reaccionaria: si falta Robespierre, falta Marx. Sobre el tema, Friedrich Engels describió a Estados Unidos como un país puramente burgués, completamente sin pasado feudal y por lo tanto, orgulloso de su organización burguesa.⁶ Alexis de Tocqueville lo describiría de mejor forma: “la gran ventaja de los americanos es que han alcanzado un estado de democracia sin haber tenido que pasar por una revolución democrática; y han nacido iguales en lugar de llegar a serlo”.⁷

³ Arthur M Schlesinger, Jr., *Los Ciclos de la Historia Americana*, Alianza Editorial, Madrid 1986. 41-43pp.

⁴ Louis Hartz, *La Tradición Liberal en Estados Unidos*, FCE, México, 1994. 21p.

⁵ *Ibid.* 26p.

⁶ Sobre las distintos tipos de conservadurismo y sus diferencias con el estadounidense véase Peter Berkowitz (Edit), *Varieties of Conservatism in America*, Hoover Institution Press 2004. 166pp.

⁷ Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, FCE, México 2001. 241-253pp.

Hartz afirma que la tradición liberal tiene un lado oscuro. “El problema ético básico de una sociedad liberal no es el peligro de la mayoría, que ha sido su temor consciente, sino el peligro de la unanimidad, latente sin saberlo, detrás de aquél.” Esto es que, “cuando los estadounidenses se enfrentan a una presión militar e ideológica del exterior –como en la guerra contra el terrorismo- la respuesta nacional a una herejía amenazante es un instintivo cerrar filas que transforma la excentricidad en peligro de subversión y traición”.⁸

En este sentido, este aislacionismo ideológico de Estados Unidos, continúa Hartz, tiene una contraparte polar en el mesianismo del liberal estadounidense tradicional. Esta notable figura, única en la historia a causa de su historia, está impedida a tratar de reconstruir de acuerdo con el modo estadounidense. Hartz define al mesianismo virulento de la tradición liberal, como el americanismo, que cuando ve al exterior, representa sus oponentes como el mal, monstruos que hay que buscar y destruir, opuesto al viejo consejo del presidente John Adams.⁹

José Luis Valdés Ugalde sintetiza en que “a través del estudio de las peculiaridades como el excepcionalismo, el mesianismo y la ejemplaridad es posible comprender los primeros aspectos de la formación de una cultura política en Estados Unidos”. “El americanismo”, continúa Valdés Ugalde, “entendido como una ideología nacional y como un instrumento de afirmación interna y global, se ha desempeñado en el tiempo con el fin de asegurar un margen de maniobra pragmático y a la vez ideológico en la actuación internacional de Washington” Se define “americanismo-excepcionalismo-intervencionismo como la trilogía esencial de un proyecto geopolítico hegemónico” de Estados Unidos.¹⁰

Por el otro lado, Valdés Ugalde argumenta que el carácter mesiánico de la política exterior de Estados Unidos –el mesianismo virulento de la tradición liberal de Hartz- tiene sus orígenes en las concepciones y filosofías puritanas de los protestantes que venían de Europa. Es entonces que la búsqueda de la legitimidad histórica –de un pueblo bárbaro ahistórico como Octavio Paz se refería- dio inicio a su culto hacia el futuro. “Por tanto”, explica Valdés Ugalde, “Estados Unidos se concebía a sí mismo como una sociedad nacional como internacional, una concepción que provenía de sus primeras ideas puritanas... La idea misma de ser un pueblo elegido justifica el concepto de un mandato histórico para convertirse en la

⁸ Louis Hartz, *Op Cit*, 19-46pp.

⁹ Arthur M. Schlesinger, *Op Cit*. 135pp.

¹⁰ José Luis Valdés-Ugalde, *Estados Unidos, Intervención y Poder Mesiánico. La Guerra Fría en Guatemala, 1954*, CISAN-IIJ-UNAM, México 2004. 12-19pp.

nación elegida, comisionada por Dios para resolver cualquier necesidad que el mundo tuviera... esto tiene una explicación triple: la necesidad de obtener: a) una identidad particular, b) una serie de rasgos sociales uniformes, y (a pesar de esto) c) un carácter nacional excepcional dentro el concierto de las naciones”.¹¹

El conservadurismo tuvo una doble raíz histórica: una reacción aristocrático-clerical de la Revolución Francesa, y un rechazo al racionalismo de la Ilustración. De ahí su invariabilidad y metamorfosis, ruptura y *revuelta*¹², prudencia e insensatez. La doble raíz del conservadurismo se manifiesta en síntomas de su propia contradicción: xenofobia y excepcionalismo, americanismo y unilateralismo.

José Luis Orozco escribe que la matriz ideológica estadounidense se podría graficar en dos círculos mayores en cuya intersección ocurre la influencia capitalista básica y sus referentes económicos y geopolíticos. Al lado izquierdo se ubica el liberalismo ético-político; al derecho, se encuentra el conservadurismo tradicionalista-autoritario; ambos engranados para adecuarse a las circunstancias históricas y las modalidades de acumulación y reproducción de aquel centro común. De circunscribirse en esos elementos, el sistema se cerraría a la dinámica social más espontánea y fresca, y de aquí que a la izquierda del liberalismo y sus justos medios constitucionales y morales se extienda, más cercano a la política de masas, un radicalismo que, en los momentos de impulsión y movilización popular, de defensa e impugnación, esgrime los títulos de la soberanía popular, el derecho a la rebelión y a la mismísima revolución. Por otra parte, a la derecha del conservadurismo con su realismo y aristocratismo, se expresa una posición reaccionaria, cercana también a la otra cara de la política de masas: El populismo nativista, fundamentalista, racista y antiintelectual. Flanqueado por esos polos populares, el juego elitista del liberalismo y el conservadurismo corre a lo largo de éste esquema.¹³

Así las cosas, Orozco señala que de aquí, ni siquiera entonces, se forme en Estados Unidos una ideología simétrica, cosmopolita, legalista, y radical: Triunfa una articulación constitucional de intereses sectoriales, seccionales y federales que se contenta con trazar un mapa político general donde se dejan intactas las reservas conservadoras antiliberales del sistema. La razón de mercado de Benjamín Franklin y la razón de Estado de Alexander

¹¹ *Ibid.* 19-47pp.

¹² Utilizo el término *revuelta* de Octavio Paz que lo define no como sinónimo de rebelión, sino de regreso a los inicios. Ver Octavio Paz, *Sueño en libertad. Escritos Políticos*, Seix Barral, México 2001. 187-191pp.

¹³ José Luis Orozco, “El Pensamiento Político Estadounidense”, en Rafael Fernández de Castro y Claudia Franco Hijuelas (Comp.) *¿Qué son los Estados Unidos?*, McGraw-Hill, México 1996. 67-93pp.

Hamilton se sincronizan para conciliar el orden y la expansión territorial, determinar los niveles permisibles de la competencia y el conflicto, y alterar el pluralismo local y empresarial nacionales.¹⁴

Charles W. Dunn y David Woodard explican que no siempre las diferencias entre liberalismo y conservadurismo son tan transparentes como el agua. En suma, la cultura política en Estados Unidos, acertadamente afirman, es el acuerdo general de los medios para alcanzar los fines, siendo la ideología conservadora o liberal el marco de referencia. “La principal diferencia entre el liberalismo y el conservadurismo en Estados Unidos” escriben Dunn y Woodard, “es el énfasis que cada uno de ellos le otorga a elementos de la política estadounidense”.¹⁵

El debate entre conservadurismo y el liberalismo en Estados Unidos tienen sus orígenes desde la época de la Revolución Francesa con los debates entre de Jean Jacques Rousseau (1712-1778) y Edmund Burke (1729-1797), acerca de diferentes concepciones sobre Dios, el Estado y el hombre. Rousseau creía que la verdad era derivada de la razón humana, mientras que Burke fundaba su inspiración de las tradiciones y las Sagradas Escrituras. De acuerdo con Burke, las leyes y los derechos no se crean a partir de un estado de naturaleza, sino a través de la obra de Dios por medio de una tradición natural.¹⁶

Así pues, el conservadurismo lo entenderemos como la defensa del estatus quo político, económico, social y religioso de la fuerzas del cambio abrupto, el cual está basado en costumbres establecidas, leyes y tradiciones que permiten la continuidad y la estabilidad de la sociedad.¹⁷ En este sentido, George H. Nash clasifica los distintos tipos de conservadurismo en libertarios, tradicionalistas o sociales, y anticomunistas. Los libertarios defienden la libre empresa y se oponen a la intervención del Estado; los tradicionalistas buscan restaurar la vieja comunidad con sus valores y sus tradiciones; y finalmente los anticomunistas quienes resaltan la importancia de una defensa nacional frente amenazas externas.¹⁸

En este sentido, el conservadurismo en Estados Unidos es una casa con muchas ventanas. Los paleoconservadores lamentan el olvido de las tradiciones. Los libertarios

¹⁴ *Ibid.* 70p.

¹⁵ Charles W. Dunn y J. David Woodard, *Op Cit*, 21-22pp.

¹⁶ Russell Kirk, *The Conservative Mind*, Regnery Publishing, Washington, D.C. 1995. 12-70pp.

¹⁷ *Ibid.* 30p.

¹⁸ George H. Nash, *La Rebelión Conservadora en Estados Unidos*, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires 1987. 450pp. Ver también Lee Edwards, “The Origins of the Modern American” en *Heritage Lectures*, The Heritage Foundation, 21 de noviembre de 2003.

celebran la energía creativa del capitalismo. Los conservadores religiosos desean poner la fe en el centro de la política. Los neoconservadores creen que las masas, como la política, deben ser guiadas por una inteligencia elitista. Las coaliciones anti-impuestos argumentan a favor de una reducción de los programas sociales.¹⁹ Lo significativo en las divergencias entre los conservadores es que han representado, a partir de las tres etapas del proceso de asimilación y renovación, un práctico y flexible credo que se adapta en momentos de crisis.

Robert Nisbet define el conservadurismo como una ideología puesto que se compone de un cuerpo de ideas sociales, económicas, culturales y sociales. Nisbet creía que el conservadurismo es un programa político viable que podía ser traducido a específicas propuestas a consideración de los electores.²⁰ Así pues, se entiende que el conservadurismo como ideología es considerado un fenómeno de crisis: su auge ha siempre coincidido con los grandes cambios históricos como lo fueron la Revolución Francesa, la Revolución Bolchevique, y el keynesianismo. Todo ello bajo la apariencia filosófica del cuestionamiento a la razón y la postmodernidad.²¹

Dora Kanoussi explica que hasta antes del fin de la Segunda Guerra Mundial las diferencias entre las expresiones “nacionales” del conservadurismo eran bien marcadas, siendo el rasgo común que los unía el antiliberalismo y sus impulsos contra la razón de la Ilustración y las tendencias internacionales hacia la globalización. Así entonces, Kanoussi expone que el conservadurismo es tan viejo como la modernidad y en el curso de su devenir histórico ha cambiado muchas veces de piel, se ha enriquecido, sin nunca perder sus rasgos más esenciales.²²

Por el otro lado, Russell Kirk escribe que el conservadurismo a diferencia del liberalismo no ofrece una agenda utópica a la solución de los problemas sociales; además, el conservadurismo es más un estado mental acerca de la vida que un programa político. “El cambio”, escribe Kirk, “debe surgir de la experiencia, la historia y la tradición, en lugar de ser impuesta sobre la sociedad de manera anticipada”.²³

¹⁹ John Patrick Diggins, “La Fragilidad Liberal y la Influencia Conservadora: El Pasado y el Futuro de la Política Estadounidense” en Mónica Vereá y Silvia Nuñez, *Estados Unidos y Canadá. ¿Signos Conservadores hacia el siglo XXI?* UNAM-CISAN, México 1999. 76-88

²⁰ Robert Nisbet, *Conservatism: Dream and Reality*, Transaction Publishers, New York 2001. 27p.

²¹ Dora Kanoussi, *Ensayo sobre el Conservadurismo*, Plaza y Valdés Editores, México 1994. 20p.

²² *Ibid.* 7-11pp.

²³ Russell Kirk, *Op Cit.* 3-11pp.

El credo de Burke se resume en seis principios resumidos por Kirk: (1) la creencia de un orden trascendente o “ley natural” que regula a la sociedad. Así, los problemas políticos son en realidad religiosos y morales. Por ende, la razón no satisface a las necesidades humanas; (2) la preferencia por la variedad y el misterio de la existencia humana en oposición a la uniformidad, el igualitarismo y el utilitarismo; (3) la convicción de que la sociedad civilizada necesita jerarquías y clases, una búsqueda perenne del orden; (4) la libertad y la propiedad son estrechamente ligadas; (5) la fe como prescripción y desconfianza a los sofistas, calculadores y economistas; y (6) el reconocimiento que el cambio puede no ser una reforma saludable”.²⁴

John Micklethwait y Adrian Wooldridge, en su magnífico libro *The Right Nation*, resumen los principios de Burke en una profunda sospecha del poder del Estado; preferencia de la libertad sobre la igualdad; patriotismo; creencia en las instituciones establecidas y jerarquías; escepticismo acerca del progreso; y elitismo. El excepcionalismo de la nación conservadora consiste en la exageración de los tres primeros y la contradicción de los tres últimos por su enfoque liberal, elementos anteriormente mencionados.

Leo Strauss define a Estados Unidos “como el único país que fue fundado en contraposición a los principios maquiavélicos.”²⁵ Friedrich von Hayek, Russell Kirk, Peter Viereck, William F. Buckley Jr. y Robert Nisbet coinciden en diez cánones según los cuales se adhieren a la identidad originaria de Estados Unidos. Estos son: (1) continuidad, orden y cambio adecuado; (2) autoridad y los límites del Estado; (3) comunidad y descentralización de las instituciones sociales del Estado; (4) fe, hombre y moral; (5) deber, responsabilidades sobre derechos; (6) democracia y gobierno limitado; (7) propiedad y el rol de la economía; (8) libertad sobre igualdad; (9) meritocracia; y (10) impulso anticomunista –actualmente antiterroristas libertarios- como un compuesto de todos los demás cánones.²⁶

Para 1952, el conservadurismo era marginal en la sociedad estadounidense. Para el fin del siglo, sería una enciclopedia de ideas desde el activismo judicial hasta los Estados bribones. De este modo, no existe un mejor ejemplo de la metamorfosis del conservadurismo en Estados Unidos que la radical transformación del Partido Republicano –de aristócratas a populistas, de pragmáticos a ideológicos, y de dominar del noreste del país a desplazarse al centro y sur del país. ¿Cómo pudo cambiar tanto el Partido Republicano? Primero por la

²⁴ *Ibid.* 8-9pp.

²⁵ Leo Strauss, *Liberalism, Ancient and Modern*, Basic Books, 1968. 39p.

²⁶ Margaret Thatcher. *The Principles of Conservatism*, Ronald Reagan the Heritage Foundation Members. Para consulta www.heritage.org/research/Reagan_lecture_thatcher.cfm

llegada de un grupo de intelectuales, y segundo por la creciente impaciencia de los estados del Sur del país con el Partido Demócrata. Todas estas fuerzas concurrieron con Barry Goldwater.

Nelson Rockefeller, Henry Cabot Lodge y Prescott Bush –abuelo del actual presidente George W. Bush–, arquetipos del republicanismo de noreste del país, demandaron que el Partido Republicano estaba en un verdadero peligro de subversión por una radical, bien financiada y disciplinada minoría radical conservadora. Por su parte, Goldwater hizo más que ninguno por impulsar el republicanismo moderno al oponerse al crecimiento de la administración federal y la reducción de los programas sociales y las cargas impositivas. Su radicalismo se sintetizó en su discurso de aceptación de la candidatura presidencial en la Convención Nacional Republicana de 1964, al declarar que “extremismo en defensa de la libertad no era separable”.²⁷ Sin embargo la victoria de Lyndon B. Johnson, convirtió a los conservadores en parias.

La agonía del liberalismo en la década de los sesenta y setenta, además del desplazamiento del Partido Demócrata hacia posturas más radicales, significó un periodo de oportunidad para el conservadurismo. Entre 1964 y 1980 la nación conservadora consolidó espacios de poder en la escena política. Sus seguidores en el Norte y Sur del país se convirtieron en un ejército unificado. Los intelectuales fueron modificando la política pública y el Partido Republicano fue penetrando en los estados sureños. Estas fuerzas se integraron en 1980 con la Presidencia de Ronald Reagan, quien reconstruyó el desastre y dio un nuevo aire al conservadurismo en Estados Unidos. Así, la administración de Reagan se resume con la frase “el Estado es el problema, no la solución”.²⁸

El año de 1970 fue testigo del nacimiento de otra corriente muy fuerte al interior de la nación conservadora y del Partido Republicano. Los conservadores sociales –también llamada “la Nueva Derecha”– marcaron una división entre los intelectuales y los seguidores del conservadurismo. Ellos pertenecen a la clase media y tienen un nivel cultural promedio al de la sociedad estadounidense. Sus temas prioritarios son el aborto, el control de armas, acción afirmativa, más que escribir ensayos en *Commentary* o *Public Interest*. Ellos combinan fanatismo con un raro talento para la organización.²⁹

²⁷ Barry Goldwater, *Discurso frente a la 28 Convención Nacional Republicana*, San Francisco, Cal, 1964

²⁸ John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The Right Nation. Conservative Power in America*, The Penguin Press, New York 2004. 64p.

²⁹ Jon P. Alston, “Tendencias Religiosas en Estados Unidos: la Politización de la Derecha Religiosa” en Mónica Vereá y Silvia Núñez, *Op Cit*, 329-342pp.

La Nueva Derecha encontró a sus más entusiastas aliados en la llamada *derecha religiosa*. Hasta mediados de 1970 evangelistas cristianos tenían más relaciones con los Demócratas que con los Republicanos. Una mayoría de evangelistas votaron por James Carter en 1976, pero fue la tendencia izquierdista de los Demócratas que terminó el romance. Para 1979 la Nueva Derecha creó la *Moral Majority*, una asociación que emergió rápidamente como una voz de los cristianos de línea dura en temas de política interna como el aborto, la oración en las escuelas, los derechos de las mujeres y de los homosexuales. Así entonces, la Nueva Derecha se convirtió para los Republicanos en lo que los afroamericanos son para los Demócratas: las bases de apoyo que asisten a las reuniones y las que tocan puertas para reclutar ciudadanos y llevarlos a las urnas a ejercer su voto.³⁰

Así entonces, la ruta del conservadurismo a través de la transformación del Partido Republicano nos señala su historia y su devenir, su excepcionalidad y su insularidad. ¿Fue la historia contemporánea de la nación conservadora tan desastrosa como se especulaba? Los noventas finalizaron con un presidente conservador en el Casa Blanca y con el control Republicano en el Congreso. Más importante aun, el período fue demostrando los límites del liberalismo y de la izquierda estadounidense. Fue la nación conservadora quien finalmente logró establecer la agenda, no a la inversa. El receso del liberalismo significó el auge del neoconservadurismo como ideología y política.

Actualmente, el neoconservadurismo representa la mayor metamorfosis del conservadurismo en Estados Unidos al ofrecer una nueva visión de cómo ver al mundo y cómo hacer política. Hartz se preguntaba si Estados Unidos es una nación conservadora. Él mismo daba la respuesta: “la revolución conservadora desde Barry Goldwater hasta Ronald Reagan –y George W. Bush- es tan sólo una reafirmación virulenta, por no decir extrema, de la propia tradición liberal estadounidense.”³¹

I.II. GÉNESIS DEL NEOCONSERVADURISMO EN ESTADOS UNIDOS

¿Quién salvó la nación conservadora del desastre que representaron décadas anteriores y consolidarla a partir de la presidencia de Ronald Reagan? Los intelectuales estaban ganando

³⁰ Días después de la reelección del Presidente W. Bush, Jerry Falwell, fundador la Moral Majority, anunciaba la creación de The 21st Century Moral Majority, con el propósito de continuar su tarea iniciada 25 años antes. Véase Jerry Falwell, *The Faith and Values Coalition* en www.falwell.com/?a=p&content=1100033674

³¹ Louis Hartz, *Op Cit*, Prefacio.

mayor fuerza en el debate político. La gran mayoría provenía del Partido Demócrata. Muchos de ellos viven en Nueva York y Boston donde han desarrollado vida académica. Pero ellos no eran los tradicionales hombres de Harvard, Princeton y Yale de sangre azul. Muchos de ellos judíos e hijos de inmigrantes, acudieron al City College de Nueva York en la década de los treinta cuando ser pobre y hablar yiddish no eran los perfiles para ingresar a las universidades más prestigiadas. Muchos de ellos aceptaron el marxismo, pero conforme pasaban los años se adhirieron al viejo liberalismo de meritocracia, reverencia por la alta cultura y una dinámica economía mixta.

El neoconservadurismo dio un gran impulso al resurgimiento del conservadurismo. El neoconservadurismo es un movimiento que en palabras de Irving Kristol define como “liberales abrumados por la realidad”. Muchos de sus seguidores apoyaron el “Nuevo Trato” de Franklin D. Roosevelt. Algunos de ellos se definían como liberales hasta que reaccionaron contra los eventos de la década de los sesenta, asistidos por el movimiento de la contracultura y los derechos civiles. Aunado a mostrarse en contra de la acción afirmativa y otras políticas liberales, los neoconservadores tuvieron un nicho de mayor análisis y crítica: la política exterior de Estados Unidos frente a la amenaza de la Unión Soviética. Los neoconservadores criticaban severamente las actitudes de pasividad del liberalismo frente al comunismo y la nueva izquierda, así como la tendente “desviación” del Partido Demócrata.

El neoconservadurismo, ejemplo de las expresiones contemporáneas del conservadurismo en Estados Unidos, se manifiesta en oposición al conservadurismo tradicional, al permitir una visión más realista que retoma el discurso liberal que predomina en Estados Unidos. Una de las características del movimiento neoconservador ha sido su habilidad para construir una red de instituciones que han mantenido el mensaje conservador vivo dentro de un campo intelectual liberal.³² La figura central del neoconservadurismo – muchas veces llamado el padrino- es Irving Kristol. Asimismo, Norman Podhoretz, Jeane Kirkpatrick, Michael Novak, James Q. Wilson, Joshua Muravchik, Daniel Patrick Moynihan,

³² Jesús Velasco define a los neoconservadores como una “comunidad intelectual”, un grupo de personas que comparten, en términos generales, orígenes comunes, participación en similares organizaciones, escriben con perspectivas análogas sobre los mismos temas, participación en la publicación de distintos diarios para diseminar sus ideas, y comparten una ideología política. Véase Jesús Velasco, *Neoconservatism: Some Theoretical and Terminological Clarifications*. Colección de cuadernos de trabajo número 16. Centro de Investigación y Docencia Económica, México 1995. 28pp.

Nathan Glazer, Daniel Bell, Walter Lacquer, Elliot Abrams, Peter Berger, Seymour Martin Lipset, Nathan Sharasky entre otros más, se identifican con el grupo.³³

La travesía intelectual de los neoconservadores recorre el radicalismo trotskista, el liberalismo anticomunista, el neoconservadurismo, y el neo-neoconservadurismo o neocons de segunda generación a partir de la década de los noventa. Son deterministas ideológicos que juzgan a partir de la calidad de la mente del otro. William Kristol, Charles Krauthammer, Max Boot, Robert Keagan, Robert Kaplan, Richard Perle, Paul Wolfowitz, Michael Ledeen, entre otros, fueron los precursores de la segunda generación de neoconservadores. En 1996 fundaron *Weekly Standard* y el influyente y poderoso *The Project for the New American Century* (PNAC).³⁴ En ella participan académicos, periodistas y funcionarios de la actual administración.

El PNAC promueve en un extenso documento titulado *Rebuilding America's Defense* un aumento en el presupuesto de defensa, hacer frente a regímenes hostiles, promover la libertad y la democracia, y preservar y extender la *pax americana*.³⁵ El PNAC es identificado como la máxima expresión de la segunda generación del neoconservadurismo. Sin embargo, como miembro de la nación conservadora, su participación va más allá de este think tank. Su presencia no sólo en el *American Enterprise Institute*, sino también en el *Council de Foreign Relations*, *Carnegie Endowment for International Peace*, *Brookings Institution*, y publicaciones como el *Time*, *Foreign Policy*, *Newsweek* y *Foreign Affairs*, por citar algunos, demuestran dos fenómenos interrelacionados: la dispersión del movimiento neoconservador en el discurso político en Estados Unidos, y consecuentemente, su inmensa influencia para poner en marcha las nuevas doctrinas de seguridad y defensa.³⁶

Por consiguiente, atribuir el neoconservadurismo a un solo centro de investigación de política pública o medio de comunicación masiva, es desconocer sus principios originarios: su carácter heterogéneo y ecléctico resultado de un determinismo ideológico.

Así las cosas, el centro de planeación de la nación conservadora y neoconservadora son los think tanks. Los principales actores en la venta de ideas y la compra de influencias, en

³³ Mark Gerson, *The Neoconservative Vision, From the Cold War to the Culture Wars*, Madison Books, London, 1996. 4-30pp. Ver también Joshua Muravchik. "The Neoconservative Cabal" en *Commentary*. September 2003; Adam Wolfson. "Conservatives and Neoconservatives" en *Public Interest*, Winter 2004; y Robert Kagan y William Kristol, "National Interest and Global Responsibility" en Robert Kagan y William Kristol (Edit) *Present Dangers. Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*, Encounter Books, New York 2000.

³⁴ Ver Julie Kosterlitz, "The Neoconservative Moment" en *National Journal*, 17 de mayo de 2003 y Stefan Halper y Jonathan Clarke, "Neoconservatism Is Not Reaganism", en *The American Spectator*, abril de 2004.

³⁵ The Project of the New American Century. *Rebuilding America's Defense. Strategy, Forces and Resources for a New Century*. September 2000.

³⁶ John Lewis Gaddis, *Surprise, Security and the American Experience*. Harvard University Press. 2004. 150pp

palabras de Jesús Velasco, son *American Enterprise Institute, The Heritage Foundation The Project for a New American Century, Cato Institute, Center for Strategic and International Studies, Center for Security Policy, Ethics and Public Policy Center, The Committee on the Present Danger, The Hudson Institute* entre otros cincuenta. No solo radican en Washington sino en otras ciudades importantes como el *Hoover Institute* de la Universidad de Stanford en California y el *Manhattan Institute* en Nueva York. A ellos se suman académicos y periodistas que escriben en *The Wall Street Journal, Weekly Standard, National Review, Hoover Digest, National Interest, Public Interest, Commentary*, principalmente. Detrás de ellos se encuentran las fundaciones *Scaife, Coors, Koch, Bradley y Olin*. Finalmente, las asociaciones donde residen los seguidores del movimiento son *The Conservative Political Action Conference* –el más importante y poderoso foro del conservadurismo–, *American for Tax Reform, The National Rifle Association, The Christian Coalition, The Patrick Henry College*, y *The Home School Legal Association*, principalmente.³⁷ Si las ideas de la nación conservadora no fueran tan atractivas posiblemente George W. Bush no tendría un segundo periodo, el ejército estadounidense no permanecería en Irak, y ciertamente no existiría esta tesis.³⁸

¿Cuáles son las orientaciones ideológicas del neoconservadurismo? Seymour Martin Lipset señala que “El neoconservadurismo, como ideología y grupo político, es uno de los más incomprendidos conceptos del léxico político. La razón es simple. La palabra nunca se ha referido a un conjunto de doctrinas a las que un grupo se suscribe. Sin embargo, fue una etiqueta inventada para debilitar a oponentes políticos, muchos de los cuales se ha mostrado insatisfecho con la descripción.”³⁹

Irving Kristol, por su parte, define al neoconservadurismo más como un término descriptivo que preceptivo. “El neoconservadurismo”, escribe Kristol, “describe la erosión de la fe en el liberalismo entre un relativo pequeño pero talentoso y articulado grupo de

³⁷ John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *Op Cit*, 172-197pp. Ver también “Party Schools, GOP Style”, en *Los Angeles Times*, 20 de octubre de 2004.

³⁸ Los neoconservadores han tenido tres cosas a su favor: El apoyo a la guerra en Irak, y posteriormente, celebrar elecciones democráticas, tener una capacidad intelectual inacabada producto de su amplia heterogeneidad, y una capacidad para reinventarse sin rivalidades próximas. Véase Lexington, “Yesterday’s Men, and Tomorrow’s” en *The Economist*, 18 de septiembre de 2004; Max Boot, “Think Again: Neocons” en *Foreign Policy*, enero-febrero 2004; Elizabeth Drew, “The Neocons in Power” en *The New York Review of Books*. Volume 50, num 10; y Thomas Powers. “Tomorrow the World” en *The New York Review of Books*. Volume 51, Num 4.

³⁹ Seymour Martin Lipset, *El Excepcionalismo Norteamericano. Una Espada de Dos Filos*, FCE, México, 2000. 275p. Ver también Michael Lind, “The American Creed: Does It Matter? Should It Change?” en *Foreign Affairs*, marzo-abril 1996. Por su parte, Jesús Velasco menciona que el pensamiento neoconservador, concentrado en un discurso liberal en Estados Unidos, enfatiza la jerarquía, la autoridad, el estatus y la tradición, pero nunca correspondió ni estuvo de acuerdo con las raíces históricas de Estados Unidos. Entonces, el neoconservadurismo tiene sus principios en la tradición del individualismo pragmático, es decir, sus filosofía es más libertaria que conservadora. Ver Jesús Velasco, *Op Cit*. 7p.

académicos e intelectuales, hacia un punto de vista más conservador: conservador, pero diferentes en ciertos aspectos importantes del conservadurismo tradicionalista del Partido Republicano.”⁴⁰

Kanoussi explica que el renacimiento neoconservador en Estados Unidos en la década de los cincuenta y sesenta tuvo la peculiaridad de que no era un movimiento al estilo antiguo de conservadurismo, de combate, y enfrentamiento al *estatus quo*, sino de disidencia dentro del mar del liberalismo dominante. Por eso, explica Kanoussi, la tarea primordial de los esfuerzos teóricos de los neoconservadores fue establecer sus orígenes para enfrentar la opinión generalizada de que Estados Unidos siempre ha sido un país conservador.⁴¹

El neoconservadurismo ha logrado exitosamente dar contenido al movimiento a partir de las distintas percepciones del grupo. No obstante, el ingreso del neoconservadurismo a la política fue por la vía de la moral, otorgándoles un mayor margen de extensión intelectual y de posiciones políticas.⁴² El lema neoconservador es que las ideas importan en el mundo. El determinismo ideológico les permite buscar respuestas –en ocasiones errada otras no- a los fenómenos sociales. En otras palabras, ellos han traducido las ideas del conservadurismo en el lenguaje de ciencia social, capaz de penetrar y mantener el mensaje entre la sociedad estadounidense.

La identidad neoconservadores fue fortaleciéndose, en parte, gracias a la controvertida figura de William F. Buckley autor de *God and Man at Yale* y fundador y editor de la revista *National Review*. El llamado padre del conservadurismo moderno en Estados Unidos mezclaba ortodoxia católica, libre mercado y anticomunismo. Irving Kristol –que se definía como un neomarxista, un neotrotskyista, un neosocialista, un neoliberal, y finalmente un neoconservador- identificó las contradicciones de Buckley: ¿cómo adherirse a la ortodoxia religiosa y sancionar los cambios generados por el libre mercado?, ¿cómo apoyar un libre mercado cuando se

⁴⁰ Paz Consuelo Márquez-Padilla define a los neoconservadores como los liberales que tienen un origen radical y que han modificado sus posiciones a lo largo del tiempo hasta confundirse en ocasiones con los llamados libertarios. En otras palabras, constituyen un liberalismo social. Aunado a esto, la autora señala que los postulados neoconservadores coinciden con los del liberalismo en el individualismo, dividir lo público de lo privado, la democracia, la libertad de expresión y el Estado de Bienestar. Véase Paz Consuelo Márquez-Padilla, “Tendencias Conservadoras en E.U.” en Mónica Vereá y Silvia Núñez, *Estados Unidos y Canadá. ¿Signos Conservadores hacia el siglo XXI?* UNAM-CISAN, México 1999. 19-49pp. Ver también Irving Kristol, *Neoconservatism. The Autobiography of an Idea*, The Free Press, New York, 1996. Prefacio

⁴¹ Dora Kanoussi, *Op Cit*, 89p.

⁴² Irving Kristol menciona que el neoconservadurismo es la primera variante del conservadurismo en Estados Unidos. Ésta es más esperanzadora, no lúgubre; viendo hacia delante, no nostálgico; más entusiasta, menos pesimista. Irving Kristol, “The Neoconservative Persuasion” en *The Weekly Standard*, agosto 24 2004.

requieren extraordinarios gastos en defensa contra el comunismo? Kristol buscaría junto a sus amigos anticomunistas liberales una filosofía que tuviera mayor coherencia.⁴³

Los argumentos del neoconservadurismo fueron construyéndose sobre las bases de las batallas de las ideas de la década de los sesenta. Considerándose liberales anticomunistas, lamentaban la debilidad del liberalismo –excesiva tolerancia con la izquierda, incapacidad para hacer distinciones, creencia que todos comparten las mismas metas, principalmente- para enfrentar la radicalización de la contracultura y el movimiento antiguerra. Kristol y otros neoconservadores no lo permitirían, al menos por el momento.

La década de los sesenta fue la más combativa como agotante etapa del neoconservadurismo. En 1965 y 1966, *The New York Review of Books and Commentary*, altavoces de las divergentes posturas políticas, iniciaron una férrea disputa sobre distintos temas. La acción afirmativa fue uno de ellos. Los neoconservadores, partiendo de su esquema de que los individuos eran creados iguales y no haber diferentes estatus o “distinciones entre ciudadanos”, se opusieron al *melting pot* y a toda posibilidad de integración. Signos racistas, xenófobos y de intolerancia no son excepcionales en el neoconservadurismo.

Si en la década de los sesenta, los neoconservadores percibían que la amenaza al liberalismo venía de la izquierda, para los sesenta la identificarían en el movimiento antiguerra y de derechos civiles. La “Nueva Izquierda” se formó en universidades y colegios a mediados de la década de los sesenta con el objetivo de cambiar radicalmente a la sociedad. Los neoconservadores argumentaban que la “Nueva Izquierda” era más similar a la “Vieja Derecha”, con la diferencia de omitir el elemento religioso, y de ser entendido como un movimiento fundamentalista y nihilista que perturbaba a la sociedad estadounidense.⁴⁴

La guerra de Vietnam fue el tema que mayormente dividió a los sectores políticos en Estados Unidos. Los neoconservadores se opusieron a la guerra en el país asiático desde el principio. Muchos de ellos pedían el retiro inmediato de las tropas. En 1962, Hans Morgenthau, destacado pensador del realismo político en las relaciones entre las grandes potencias, argumentó en contra de la intervención armada en el país asiático ya que provocaría

⁴³ Para mayor referencia sobre la vida y obra de William Buckley así como su papel en la transformación del conservadurismo moderno ver William F. Buckley Jr, *Miles Gone By. A Literary Autobiography*, Regnery Publishing, Washington D.C. 2004. 594pp.

⁴⁴ Jon P. Alston, *Op Cit*, 332pp.

la desviación de recursos de la guerra contra el comunismo. Kristol fue el único que aprobó abiertamente la intervención armada en Vietnam.⁴⁵

Después de diez años de guerra en el Sudoeste Asiático, el trauma de Vietnam debía quedar atrás, y Estados Unidos debía tener fortaleza moral para defender los ideales que dieron origen en su fundación: el mundo no pertenecería a los soviéticos. Como deterministas sociales, los neoconservadores estaban confiados en la recuperación de Vietnam a través del debate y al aprendizaje de las ideas: ¿Estados Unidos estará listo para su próxima batalla, o permanecerá inseguro y dudando de su propia legitimidad? Una activa política exterior necesitaba una cultura patriótica y alejarse de la política de los buenos sentimientos. En este orden de ideas, la afirmación de este patriotismo supone la creencia en el destino moral de Estados Unidos y la confianza en su habilidad para ejercer su poder en el mundo.

Los sesenta fue la década que consolidó la identidad neoconservadora. Las críticas que hizo éste grupo al liberalismo no provocaron las respuestas esperadas. Su aislamiento en el Partido Demócrata finalmente provocó su adhesión rápida, sin inconvenientes y sin disculpas a la nación conservadora. El conservadurismo tendría ahora de su lado a un mejor aliado.

I.III UN RENOVADO ACTIVISMO

El debate neoconservador en la década de los setenta y ochenta abarcó dos grandes cuestiones. Primero, cómo promover una cultura de fortaleza y liderazgo en Estados Unidos en el exterior después del fracaso de la guerra en Vietnam. Segundo, cómo reconciliar la nación conservadora con el impulso que éstos intelectuales le concedieron, es decir, cómo transformar al Partido Republicano en un realineación del conservadurismo en Estados Unidos.

El debate de las ideas en la década de los setenta en Estados Unidos traspasaría fronteras. El auge del antisemitismo en el mundo y del “tercer mundo” consiguió que las disputas de los neoconservadores se comprometieran ahora en la arena internacional. Jeane J. Kirkpatrick, embajadora de Estados Unidos ante la Organización de Naciones Unidas (ONU), dirigió sus fuertes críticas a la organización al señalar que su fundación estaba basada sobre una falacia. La Carta de la ONU asumía que sus miembros debían aceptar y promover los principios democráticos, pero la participación del bloque soviético sólo hacía que Estados

⁴⁵ William Buckley, “Irving’s Whodunit” en *Weekly Standard*, 9 de octubre de 1995.

Unidos viviera en una mentira. Por su parte, Daniel Patrick Moynihan, senador Demócrata por Nueva York, escribió que Estados Unidos había sido complaciente con el antiamericanismo del bloque soviético y de las naciones árabes en la ONU. Moynihan y Kirkpatrick recurrían a la crítica central de los neoconservadores: la incapacidad del liberalismo para defenderse.⁴⁶

Todas las ideas del neoconservadurismo acerca de Naciones Unidas, el mal y la amenaza comunista culminaron en el ensayo de Jeane J. Kirkpatrick “Dictaduras y Dobles Estándares” publicado en noviembre de 1979 en la revista *Commentary*. Kirkpatrick escribe sobre la paradoja de la política exterior de Jimmy Carter de castigar a El Salvador, Nicaragua e Irán por abusos a los derechos humanos mientras se comerciaba y negociaba con la Unión Soviética y otros países comunistas. Kirkpatrick escribe que la política exterior de Estados Unidos debía diferenciar entre regímenes autoritarios y regímenes totalitarios. Los primeros tienden a proteger su propia estabilidad en el poder a tal caso de mantener intactas las instituciones cuyas estructuras definirían el futuro de la democracia. Los segundos, como lo dice su nombre, totalizan el poder hacia una sola persona aun y echando abajo el orden jurídico-institucional. Así pues, Kirkpatrick propuso una política exterior realista que promoviera los valores democráticos hasta que el tiempo y el clima internacional permitieran una transformación en gobiernos aliados y democráticos. Ejemplos de ésta política son las relaciones de Estados Unidos con España, Filipinas, Sudáfrica, Chile, entre otras más.⁴⁷

Irving Kristol preguntaba ¿por qué el pueblo estadounidense parece estar dispuesto a elegir a un presidente Republicano pero no un Congreso del mismo partido? Kristol daba la respuesta: “El ciudadano no vota por el Partido Republicano por que los conservadores no tienen ideas claras sobre el futuro de Estados Unidos”.⁴⁸ Los republicanos estaban frustrados porque su partido no había sido capaz de articular una idea o una estrategia que los llevara a la victoria en las elecciones.

La primera misión del neoconservadores fue construir un programa que retomara dos elementos básicos: reconciliar la nación conservadora con el Estado de Bienestar y formular un proyecto político nacional conservador. Segundo, por las raíces del Partido Republicano, debían pensar como empresarios y no como “estadista con mentalidad de contador”.⁴⁹ ¿Cómo debía balancearse el presupuesto?, ¿con mayores impuestos para más servicios del gobierno? o

⁴⁶ Jeane J. Kirkpatrick, *The Reagan Phenomenon and other Speeches on Foreign Policy*. AEI. 1983. 57p.

⁴⁷ *Ibid.* 68p.

⁴⁸ Irving Kristol, *Op Cit*, 345p.

⁴⁹ Richard John Neuhaus, “Defining Neoconservative” en *Monthly Journal* No 140, 27 de febrero de 2004.

¿con una reducción de impuestos y de partidas presupuestales innecesarias, e incentivos para fomentar la economía familiar?

John Stuart Mill comentaba que el partido conservador era el “partido estúpido”. Mill identificaba la estupidez del conservadurismo en la lealtad de las tradiciones, y en una aversión a la innovación basada en especulación teológica.⁵⁰ Los neoconservadores compartían la misma definición de la nación conservadora. Para deshacerse de su identidad anacrónica, debían de ampliar su base no sólo en la comunidad empresarial –pequeños y medianos fabricantes y distribuidores que se beneficiarían de los recortes de impuestos-, sino también en los suburbios de los Estados más conservadores, con granjeros, propietarios, educadores, entre otros. Para tal fin, las ideas políticas tendrían que ser más atractivas y que incorporasen los intereses de los grupos que deseaban captar.

Los neoconservadores han sido uno de los movimientos intelectuales más prolíficos en la historia de Estados Unidos. Para la década de los ochenta el pensamiento neoconservador abarcaba una serie de temas como el anticomunismo, la acción afirmativa, el feminismo, los derechos civiles, y el sionismo, y la pornografía. Sin embargo, la economía escapaba de sus consideraciones hasta la década de 1980, cuando desarrollaron una filosofía económica, una de sus mayores contribuciones en la administración de Reagan.

Seymour Martin Lipset señala que el capitalismo era una potente arma contra el totalitarismo, argumentando en dos direcciones. Primero, cuando la sociedad esta comprometida con los beneficios de una producción de bienes, ellos no desean desviar sus energías a la guerra. Es decir, la población se muestra más preocupada por el bienestar de su familia, su trabajo y estilo de vida. Por el otro lado, Lipset indica que el capitalismo es a su vez un sistema moral, por sus capacidades de incrementar las virtudes y las oportunidades de desarrollo.⁵¹

Kristol indicaba que es responsabilidad de un Estado democrático regular o censurar los desequilibrios producidos por el capitalismo. Estos incluían prostitución, pornografía, música rap, entre otras. Kristol preguntaba ¿qué relación existía entre los elementos antes mencionados y la economía de libre mercado? El mismo daba la respuesta. “El capitalismo

⁵⁰ Jeane J. Kirkpatrick, “Neoconservatism as a Response to the Counter-Culture” en Irwin Stelzer (Edit), *The Neocon Reader*, Grove Press, New York 2004.

⁵¹ Seymour Martin Lipset, *Op Cit*, 93-100pp.

depende de los valores burgueses. Sin el sustento de los valores tradicionales, el capitalismo no podría sobrevivir por mucho tiempo.”⁵²

Los neoconservadores consideraron el anticapitalismo de la izquierda como una variante del antiamericanismo. Al criticar la estructura económica de la sociedad, según los neoconservadores, la izquierda por extensión estaría reprobando la forma de vida de los estadounidenses. Los neoconservadores argumentaron que el capitalismo satisfacía las metas del liberalismo al proporcionar un amplio margen de opciones para que el individuo alcance sus metas. En una economía de libre mercado, la producción de los bienes no estaba determinada por una noción *a priori* de lo que debía ser consumido. Estaba determinada por las necesidades de la sociedad.⁵³ En este orden de ideas, capitalismo y democracia, desde la perspectiva neoconservadora, responden directamente a los deseos y mandatos de la sociedad.

La presidencia de Ronald Reagan fue la oportunidad que los neoconservadores estuvieron esperando. Ellos creían que Reagan también era un determinista ideológico. Kristol, Novak, Podhoretz entre otros, apoyaron los recortes de impuestos de Reagan, pero lamentaron su poca atención a los valores morales. Sin embargo, eso no significó un alejamiento de los neoconservadores. La elaboración de una política exterior asertiva contra la Unión Soviética e incrementar el presupuesto en defensa fueron sus dos prioridades más grandes.⁵⁴

Con el arribo de Ronald Reagan, la nación conservadora se extendió hacia una compleja y organizada red de think tanks, intelectuales y publicaciones. Reagan significó un arquetipo conservador del Oeste. El ex-gobernador de California creía en la reducción del Estado y perseguir al comunismo donde quiera que se encontrara. Fue él quien construyó los cimientos de un nuevo *establishment* conservador, con el epicentro en el Partido Republicano con una tendencia más religiosa y moralista, aunado a un amplio grupo de partidarios en todo el país.

⁵² Irving Kristol, “A Conservative Welfare State” en Irwin Stelzer (Edit), *The Neocon Reader*, Grove Press, New York 2004. 145-148pp.

⁵³ Mark Gerson, *Op Cit*, 213p.

⁵⁴ La defensa de la línea dura en la guerra fría y de las políticas antisoviéticas ayudó a los neoconservadores a ser aceptados por el sistema político durante los ochenta. Reagan reconoció su credo anticomunista como ventajoso para sus políticas en materia de seguridad nacional y relaciones exteriores, así que les concedió poder en su administración. Avital H. Bloch, “El Neoconervadurismo en Estados Unidos” en Mónica Vereá y Silvia Núñez (Coord.) *El Conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendencia y perspectivas hacia el fin del milenio*. UNAM-CISAN, México 1997. 49-73pp

John Micklethwait y Adrian Wooldridge caracterizan los doce años entre George H. W. Bush y el actual presidente como un musical de Broadway: cuatro años de conservadurismo inalcanzado en la presidencia de George H. W. Bush; dos años de liberalismo sobrepasado con los dos primeros años de William F. Clinton; dos años de conservadurismo excedido con la revolución de Newt Gingrich; y finalmente dos años de liberalismo restringido en los dos últimos años de Clinton.

Durante la campaña presidencial, George H. W. Bush buscó asiduamente el apoyo de la nación conservadora, prometiendo una reducción de impuestos y hablar abiertamente sobre sus creencias religiosas. Con la elección ganada, Bush olvidó todo compromiso. La separación era más que evidente. Bush fue un presidente que prefirió el pragmatismo sobre el determinismo ideológico de los neoconservadores. En política exterior fue duramente criticado por los neoconservadores por no acelerar la caída del bloque soviético. Su relación con el Congreso en manos de los Demócratas fue bastante afable. A pesar de ganar abrumadoramente la guerra del golfo, la debilidad de la economía y la candidatura independiente de Ross Perot, alejaron a Bush de continuar con un segundo periodo. Aunado a esto, sus oportunidades de reelegirse fueron arruinadas por dos nuevos actores políticos: una rebelión de los sectores más radicales de los conservadores, y el arribo de los “nuevos Demócratas”, encabezados por William J. Clinton.

Newt Gingrich, Presidente de la Cámara de Representantes 1995-99, simbolizó un agresivo periodo de partidismo no definido por etiquetas políticas, sino por ideologías. Gingrich expresó alguna vez que “El presidente William Clinton debe decidirse si desea cooperar con la creciente mayoría populista, o quiere pasar a la historia como el último hombre que defendió el viejo orden.” Así entonces, continúa Gingrich, “nuestro principal objetivo en política exterior es muy fácil: Nuestra intención será sobrevivir sin importar el nivel del caos en el resto del planeta.”⁵⁵

Patrick J. Buchanan glorificó una regresión al paleoconservadurismo -la rama más tradicionalista y aislacionista del conservadurismo-, con declaraciones controvertidas como expulsar a la Organización de Naciones Unidas de Nueva York, desmantelar varias secretarías de Estado, oponerse al libre mercado y a la firma de acuerdos económicos con otras naciones, además de fomentar la defensa de la identidad WASP frente a la inmigración ilegal y la acción afirmativa. Buchanan contendió en 1992 y 1996 por la candidatura presidencial del Partido

⁵⁵ Geoff Rodkey (Comp), *Newtisms. The Wit and Wisdom of Newt Gingrich*, Pocket Books, New York 1995. 30p.

Republicano. En el 2000 fundó un nuevo partido para competir en las elecciones obteniendo el 0.4% de voto popular. Actualmente, desde la revista, *The American Conservative*, acusa a la actual administración de secuestrar la revolución conservadora de Reagan y someterla a un proyecto imperialista.⁵⁶

William J. Clinton fue uno de los mayores retos del conservadurismo en los noventas. Clinton no ejemplificó el viejo liberalismo de mediados de siglo. Él no deseó extender el Estado de Bienestar, sino cambiarlo. Apoyó fervientemente el libre comercio, una doctrina de ‘nación indispensable’ en política exterior, y el establecimiento la pena de muerte. Clinton representó un nuevo Demócrata que ganó mucho apoyo de las clases medias y las minorías. No obstante, la realidad se posó sobre lo ideal: Demócratas y Republicanos dieron cuenta que Estados Unidos era una nación cincuenta-cincuenta, es decir, divida entre sectores progresistas y tradicionalistas. El primero encabezado por el presidente, el segundo por el Congreso.

La nación conservadora tomó un discurso de enfrentamiento contra cualquier propuesta elaborada desde la administración Clinton. El proceso de *impeachment* reforzó la idea de que los republicanos se habían convertido en un grupo intolerante, al explotar de sobremanera los valores de la América profunda, rural y religiosa. Newt Gingrich fue su representante, y los think tanks se encargaron del elaborar y difundir las políticas.

Así las cosas, el Estados Unidos de Franklin D. Roosevelt es tan solo un recuerdo. La transformación ha sido abrumadora. Los conservadores representan, en palabras de Burke, la más importante de todas las revoluciones... una revolución en sentimientos, maneras y opiniones morales.⁵⁷ Irving Kristol profetizaba la era del conservadurismo al integrar dos elementos explosivos: religiosidad y nacionalismo; dos elementos que la nación conservadora mantiene como sus dos más grandes estrategias de sobrevivencia y razón de ser. Analicemos sus consecuencias.

I.IV UN PAÍS, DOS NACIONES

Desde 1952, escribe Stanley B. Greenberg, cuando Dwight Eisenhower fue electo el primer presidente después de la Segunda Guerra Mundial, ningún partido político ha dominado las

⁵⁶ Patrick J. Buchanan, *Where the Right Went Wrong. How Neoconservatives Subverted the Reagan Revolution and Hijacked the Bush Presidency*, Thomas Dunne Books, New York 2004. 37-59pp.

⁵⁷ Russell Kirk, *Op Cit*, 491-502pp.

ideas de la época. Greenberg asegura que vivimos en un periodo de ausencia de partido hegemónico que pueda determinar el sentido, la identidad y el propósito de la sociedad estadounidense. La sociedad 50-50 se manifiesta en dos vertientes. La primera es que el país está dividido políticamente, y cada vez más, culturalmente con distinciones y contraposiciones acerca del rol del gobierno, los valores, la familia, su futuro como nación demócrata, y su presencia en el escenario internacional.

Segundo, las nuevas condiciones del escenario político nacional incrementan los partidismos en la sociedad a saber, por el lado Republicano: protestantes, evangelistas y pentecostés; Estados sureños como Alabama, Arkansas, Florida, Georgia, Louisiana, Mississippi, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Texas y Virginia; los condados periféricos en las grandes ciudades y en las áreas suburbanas y rurales; y activistas sociales de más de cincuenta años que en su mayoría no poseen un grado académico.

Por el lado Demócrata: Afroamericanos y latinos de primera y segunda generación de residencia en el país; militantes que poseen más de un grado académico; electores que rara vez o nunca atienden servicios religiosos y se manifiestan en contra de la posesión de armas de fuego; radican principalmente en el noroeste y costas del país como Massachussets, Vermont, Nueva York, Nueva Jersey y California; finalmente, al menos un miembro de la familia tiene vínculos o está asociado a un sindicato de trabajadores.⁵⁸

La hegemonía de los partidos políticos se asocia con las direcciones del país en momentos coyuntura nacional e internacional. Greenberg define tres grandes periodos de hegemonismo partidista en Estados Unidos. El primero es cuando un partido gana abrumadoramente la mayoría en las elecciones, es decir obtiene la presidencia y controla el Congreso. Segundo, el partido dominante es asociado con un conjunto de ideas, posiciones, y orientaciones políticas, económicas, sociales y culturales de la nación. Sin embargo, es posible que no ganen las elecciones por éstas propuestas, pero al final del día los electores los eligen por muchas razones –falta de credibilidad en el proceso organizacional, desconfianza en los poderes federales, momentos de crisis nacional, entre otro más. Finalmente, un partido hegemónico puede ser sustituido por otro cuando los conflictos y las divisiones rebasan la

⁵⁸ Stanley B. Greenberg, *The Two Americas. Our Current Deadlock and How to break It*, Thomas Dunne Books, New York 2004. 91-136pp.

entidad política.⁵⁹ Así las cosas, ¿apreciamos actualmente el dominio del Partido Republicano en la política nacional de Estados Unidos?

Thomas Frank, en su libro *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, intenta dar respuesta. “Lo que estamos observando”, escribe Frank, “es un movimiento populista que ha hecho daños irreversibles a los intereses materiales de la gente común. Es un movimiento anti-establecimiento que impulsa una nueva aristocracia de banqueros, corredores de bolsa y ladrones corporativos”. Para explicar esta paradoja, Frank define lo que él llama “el gran contragolpe”, es decir, un conservadurismo reaccionario que emergió a partir de las agitaciones sociales y culturales de la década de los sesenta.

“El gran contragolpe” promueve desde los sectores empresariales conservadores debates sociales explosivos como la prohibición el aborto, la negativa el matrimonio entre personas del mismo sexo, la permanencia de monumentos alusivos a los Diez Mandamientos en edificios del Gobierno, entre otros más. Así las cosas, se constituye un matrimonio por conveniencia y entre desiguales. Por un lado se favorece la agenda económica de reducción de impuestos, alza en las cuotas de importación e incentivos para la producción de bienes y servicios nacionales. Por el otro lado, se oponen a una amnistía a la inmigración ilegal, la acción afirmativa, y la participación política y social de las minorías.⁶⁰

El debate actual sobre el futuro del liberalismo y del Partido Demócrata encuentra su mayor promotor en Peter Beinart, editor de *The New Republic*, quien en un polémico artículo escribe que “cuando los liberales hablan acerca de Estados Unidos, la discusión es prolongadamente negativa –en desacuerdo con los medios con que se enfrenta la guerra contra el terrorismo, en oposición a las restricciones de las libertades civiles, en disconformidad con el incremento del antiamericanismo en el mundo. En contraste con la guerra fría, el liberalismo post 11/09 sólo ha producido líderes e instituciones como Michael Moore y *MoveOn*.” Como resultado, señala Beinart, “el Partido Demócrata presume de un establecimiento de política exterior asertiva y un cuadro de políticos y estrategias deseosos de mostrarse duros. Pero,

⁵⁹ *Ibid.* 7-31pp.

⁶⁰ Thomas Frank, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Metropolitan Books, New York 2004. 306pp. Ver también Thomas Frank, “Lie Down for America. How Republican Party Sows ruin on the Great Plains” en *Harper's Magazine*, abril 2004. Por su parte Lewis H. Lapham narra en un magnífico artículo de Harper's la historia de la maquina de propaganda del Partido Republicano, reportando 2 mil millones de dólares en fundaciones, 33 millones de dólares en presupuesto de Heritage Foundation, y 25 millones de dólares de AEI y el Hoover Institute, respectivamente en el 2004. Asimismo, para el mismo año, lo nación conservadora gastó 300 millones de dólares en televisión, radio, casas editoriales, diarios y sitios en red. Véase, Lewis H. Lapham, “The Tentacles of Rage. The Republican Propaganda Mill, A Brief History”, en *Harper's Magazine*, septiembre 2004.

debajo de eso, y con la derrota en elecciones nacionales en el 2000 y 2004, el liberalismo estadounidense continúa en la espera de una renovación al estilo de la segunda posguerra mundial.”⁶¹

El centro de discusión del liberalismo en Estados Unidos se sitúa en que el islamismo totalitarista –como lo fue anteriormente el totalitarismo soviético- amenaza los principios liberales estadounidenses y del mundo. Mientras el peligro sea permanente, derrotarlo deberá ser la guía del liberalismo. No obstante, el déficit en la seguridad nacional es evidente en el actual discurso del Partido Demócrata. Si bien el debate acerca de la defensa de los derechos de los homosexuales o la seguridad social reclaman un idealismo liberal, también lo exige la defensa de la seguridad nacional y la difusión de la democracia en el mundo islámico. Así pues, el propósito y la claridad moral de ésta nueva generación será más similar a aquella de los inicios de la guerra fría.⁶²

La renovación del liberalismo desde la nación liberal –con Richard Holbrooke, Hillary R. Clinton, John Edwards, Bill Richardson, las revistas *The New Republic*, y *The Nation*, y los Think Tanks *The Democratic Leadership Council* y *The Coalition for a Realistic Foreign Policy*- es equivalente a lo que Irving Kristol, Norman Podhoretz, William Buckley, Jeane Kirkpatrick, las páginas de *Public Interest*, *National Review*, y las discusiones en *The American Enterprise Institute* y *The Heritage Foundation*, hicieron por el conservadurismo y el Partido Republicano.

Así las cosas, señala la revista Británica *The Economist*, el creciente conservadurismo en la actual administración no sólo ha proporcionado mayor seguridad y esperanza al electorado al mirar hacia el futuro, sino que ha retenido una capacidad re-inventiva producto de los intelectuales neoconservadores.⁶³

Empero, el impacto del neoconservadurismo no se refleja únicamente en el pesimismo del Partido Demócrata y la nostalgia por el internacionalismo de Woodrow Wilson y George F. Kennan. También ha provocado fuertes diferencias entre los conservadores y los republicanos por los efectos de la estrategia de seguridad nacional post 11/09; ha deshecho una gran parte la corriente aislacionista característica del partido de medidos del siglo XIX y XX; ha incrementado

⁶¹ Peter Beinart, “A Fighting Fait: An Argument for a New Liberalism” en *The New Republic*, 13 de diciembre de 2004. Ver también Jeffrey Goldberg, “The Unbranding” en *The New Yorker*, 14 de marzo de 2004.

⁶² John Judis, profesor visitante en Carnegie Endowment for International Peace, pregunta que si es actualmente posible promover un programa liberal como Franklin D. Roosevelt y sus sucesores lo hicieron. Si un Demócrata es electo en 2008 con una plataforma liberal, ¿podría al menos ponerla en práctica? Véase John Judis, “Structural Flaw: How Liberalism came to the US” en *The New Republic*, 28 de febrero de 2005 y Perter Beinart, “More than Words” en *The New Republic*, 28 de febrero de 2005

⁶³ Lexington, “The Fear Myth” en *The Economist*, 18 de noviembre de 2004.

la presencia del cabildeo judío en la elaboración y ejecución de la política exterior; y finalmente, ha tensado las relaciones entre la política doméstica y la política internacional que por un lado, busca ajustar el liberalismo económico en temas como la seguridad social, y por el otro, impulsa una reforma democrática en Medio Oriente. De ésta última se desprende una posibilidad para que los demócratas intenten relanzar un plan de trabajo distinto al de la nación conservadora.⁶⁴

I.V AMÉRICA LA DIFERENTE

¿Por qué Estados Unidos se diferencia cada vez más del resto del mundo? Alexis de Tocqueville escribió que “a primera vista parece que todas las mentes de los estadounidenses estuvieran formadas bajo el mismo patrón, de modo que seguramente tomarían la misma ruta... Si le digo a un estadounidense que el país donde vive es un buen país replicaría: “si, no hay otro como él en el mundo”. Si aplaudo la libertad que disfrutan sus habitantes, me contestaría “la libertad es algo muy bueno, pero pocas naciones se lo merecen”. Si destaco la pureza de los valores que distinguen a Estados Unidos, declara: “me puedo imaginar perfectamente que un extranjero que ha visto la corrupción que prevalece en otras naciones se sorprenda con la diferencia”. Al final, lo dejo contemplándose a sí mismo, pero él regresa a la carga y no cesa hasta haberme hecho repetir todo lo que le estado diciendo. Es imposible concebir un patriotismo tan burdo y molesto.”⁶⁵

Los efectos del neoconservadurismo en el excepcionalismo estadounidense se refleja en las diferencias entre Estados Unidos y sus aliados en las estrategias de seguridad nacional y política exterior, la administración económica y los programas sociales, el aborto, la religión, el control de armas y el presupuesto militar, por citar algunos. Los contrastes no son solo cuestiones de políticas públicas. Las raíces del excepcionalismo estadounidense están basadas en la combinación de dos elementos explosivos: Los diferentes valores fundamentales de la

⁶⁴ Ver Martin Peretz, “Not Much Left. Losing Our Delusions”, en *The New Republic*, 28 de febrero de 2005; George Will, “Redefining Liberalism” en *The Washington Post*, 12 de diciembre de 2004; Howard Fineman, “What to Make of the ‘New’ Middle East” en *Newsweek*, 2 de marzo de 2005; John Judis “Purpuse Driven” en *The New Republic*, 8 de diciembre de 2004; Peter Beinart, “Can the Democrats Fight?” en *The Washington Post*, 9 de diciembre de 2004; y Lawrence F. Kaplan, “Springtime for Realism” en *The New Republic*, 21 de junio de 2004.

⁶⁵ Alexis de Tocqueville tomado de José Luis Valdés Ugalde, *Op Cit*, 37p.

nación -muchos de ellos desde los inicios de la República con Adams, Jefferson, Madison y Hamilton- y la maquinación política del movimiento conservador.⁶⁶

El Presidente George W. Bush tiene el timón y los neoconservadores la brújula. Ambos dirigen a la nación estadounidense en tiempos de crisis y de unipolaridad bajo una fuerte dosis de poder –militar y económico- y patriotismo. John Micklethwait y Adrian Wooldridge mencionan que la nación conservadora ha absorbido tres características de la identidad americana: el optimismo, el individualismo, y la fe en el libre mercado. A su vez, continúan Micklethwait y Wooldridge, la nación conservadora ha desechado algunos de sus principios originarios: el escepticismo, el pesimismo y la creencia en la jerarquía social.⁶⁷

Anatol Lieven, investigador de *Carnegie Endowment for International Peace*, examina en *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism* las raíces y tendencias del nacionalismo en Estados Unidos bajo fuerzas del protestantismo fundamentalista e ideologías tradicionalistas. “El credo americano”, escribe Lieven, “tiene su antítesis en un nacionalismo herido y vengativo, con odio irracional, incluso miedo al mundo exterior, combinado con una obsesiva creencia en la traición de las elites e intelectuales estadounidenses, y un menosprecio por el principio tradicional del pueblo con una misión especial para ayudar a otras naciones.” Desde el punto de vista de Lieven, ésta retórica no sólo alimenta a la extrema derecha sino al nacionalismo extremista, lo que a distraído a Estados Unidos de las medidas necesarias para una campaña exitosa contra el terrorismo, y una posible pacificación en Medio Oriente.⁶⁸

Así entonces, el excepcionalismo, concebido como ideología de reafirmación interna y de búsqueda de legitimidad histórica, fomenta, en palabras de Louis Hartz, un poderoso absolutismo virulento de una tradición liberal justificada en un americanismo que intenta encontrarse a través del juicio moral. Como pueblo lanzado hacia el futuro, las respuestas las encuentra al mirar atrás, al *otro*, en el diálogo entre su moral y su historia. El resultado: la revuelta a los valores de la antigua comunidad. La soledad de Estados Unidos en los laberintos de la historia, refleja su más pura contradicción en ser un símbolo de éxito, oportunidad y progreso, y a su vez, de intolerancia, injusticia y desigualdad.

⁶⁶ Irwin Stelzer, “Neoconservatives and their Critics: An Introduction” en Irwin Stelzer (Edit), *The Neocon Reader*, Grove Press, New York 2004, 3-27pp.

⁶⁷ John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *Op Cit*, 291-313pp. Ver también John Micklethwait y Adrian Wooldridge, “For Conservatives, Mission Accomplished” en *The New York Times*, 18 de mayo de 2004.

⁶⁸ Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford University Press 2004, 274pp. Ver también Brian Urquhart, “Extreme Makeover” en *The New York Review of Books*, vol. 52, num. 3, 24 de febrero de 2004.

CAPÍTULO SEGUNDO

PODER E IDENTIDAD: LOS CICLOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS 1945-2000

Si pudiesen, los norteamericanos se encerrarían en su país y le darían la espalda al mundo, salvo para comerciar con él y visitarlo. La utopía norteamericana –en la que abundan, como en todas las utopías, muchos rasgos monstruosos– es la mezcla de tres sueños: el del asceta, el del mercader y del explorador. Tres individualistas. De ahí su desgano que muestran cuando tienen que enfrentarse al mundo exterior, su incapacidad para comprenderlo y su impericia para manejarlo. Son un imperio, están rodeados de naciones que son sus aliados y de otras que quieren destruirlos, pero ellos quisieran estar solos: el mundo exterior es el mal, la historia es la perdición.¹

III.1 LOS PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

“La política exterior no exige el uso de casi ninguna de las cualidades que son propias a la democracia y, al contrario, reclama el desarrollo de casi todas las que le faltan”, escribe Alexis de Tocqueville.² Así entonces, la política exterior es el rostro de una nación que presenta al mundo. El objetivo es el mismo para todos los Estados: la protección y la integridad y los intereses nacionales. Pero la manera como un Estado concibe y conduce su política exterior está condicionada en gran medida a sus particularidades nacionales. El carácter de Estados Unidos está lleno de contradicciones y paradojas. Como consecuencia de ello, lo mismo ocurre con la política exterior. Así las cosas, la conducción de la política internacional estadounidense está sujeta a fluctuaciones cíclicas de expansión y contracción de sus intereses nacionales, es decir, entre la intervención y el aislacionismo.

Arthur M. Schlesinger, Jr. escribe que las concepciones de la política exterior de Estados Unidos responden a la vieja disputa entre experimento y destino, entre el Estados Unidos considerado como una nación entre muchas, sujeta a impulsos angélicos y ansias depredatorias; y el Estados Unidos concebidos como una nación elegida, designada por la providencia para redimir al mundo caído. Cada concepción engendra su propia disposición de espíritu. La primera deriva de la historia y los problemas del enfoque empírico de los asuntos

¹ Octavio Paz, *Tiempo Nublado*, Ed. Seix Barral, México 2003. 43p.

² Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, FCE, México 2001. 237-240pp.

mundiales. La segunda deriva de la teología y los problemas de la secularización de la teología que es ideología. El conflicto entre estos dos enfoques expresa el cisma en el alma estadounidense entre la adhesión al experimento y la predisposición al dogma.”³

Con el sentido más profundo del resultado final de la experiencia estadounidense, escribe Louis Hartz, “durante el siglo XX Estados Unidos resultó catapultado de pronto hasta la entraña de la política mundial y debió surgir como la primera potencia nacional en la lucha contra las revoluciones. Ninguna insularidad en el Oeste, ni siquiera la inglesa, ha sido tan extrema como la estadounidense. Pero hay el peligro de que el simple contraste entre aislamiento e intervención, notable como lo es, esconda los más graves problemas.”

George F. Kennan, afamado diplomático estadounidense, escribe que Estados Unidos parece oscilar entre huir del resto del mundo o abrazarlo con pasión ardiente. Se estimula una moralidad nacional absoluta, tanto para retirarse de las cosas “ajenas” como para transformarlas: no puede vivir tranquilo constantemente a su lado.⁴ Empero, cuando finalmente los estadounidenses desarrollaron una filosofía distintiva, fue por supuesto, el pragmatismo de William James. El pragmatismo descubrió un universo pluralista donde la gente puede descubrir verdades parciales limitadas, verdades que para ellos funcionan, pero nadie puede alcanzar la captación absoluta de la verdad suprema.⁵

El pragmatismo es una de las perspectivas filosóficas más representativas del pensamiento estadounidense en el siglo XX y XXI. Es un método de análisis del significado de las proposiciones a partir de sus consecuencias prácticas y trata de interpretar cada noción trazando sus respectivos efectos. Asimismo, el conocimiento pragmático está basado en la experiencia y supone una renovación del empirismo en el siglo XX. Finalmente, esta filosofía presenta dos niveles: El nivel de la teoría del conocimiento, que propone claramente declarar que la verdad y el significado de un concepto o de una teoría se encuentra en relación con sus consecuencias prácticas; y el nivel de las actitudes, los hábitos de acción, el sistema de creencias, en lo que se presenta una sobre valoración de la experiencia y la utilidad como criterio de verdad y bondad.⁶

³ Arthur M Schlesinger, Jr., *Los Ciclos de la Historia Americana*, Alianza Editorial, Madrid 1986. 67p.

⁴ George F. Kennan, *Al Final de un Siglo. Reflexiones, 1982-1995*, FCE, México 1998. 239p.

⁵ Arthur M Schlesinger, Jr., *Op Cit.* 68p.

⁶ Elsa Martínez Ortiz, *Pragmatismo y American Way of Life*, Editorial Torres Asociados, México 2003. 15p. Ver también William James, *Pragmatismo*, Aguilar, Argentina, 1975.

José Luis Valdés Ugalde define los cuatro grandes principios de la política exterior de Estados Unidos, a saber: excepcionalismo definido como la nación originaria; mesianismo o principio de la nación escogida; ejemplaridad o nación a seguir, y americanismo descrito como la ideología nacional e instrumento de reafirmación interna y global. Así las cosas, “la dinámica internacional”, escribe Valdés Ugalde, “enfrenta una verdad dominante: la necesidad de proteger y preservar el estatus del concierto mundial. El sistema internacional no escapa a esta circunstancia geopolítica. Además, las intervenciones son también el instrumento por el cual se da un cierto tipo de organización del sistema político internacional.”⁷

La búsqueda de la supremacía de Estados Unidos, escribe Valdés Ugalde, “requería la asociación estratégica entre : a) una posición geopolítica de relevancia, b) la gran trascendencia del “americanismo” como tradición innovadora en el proceso de construcción de política exterior, c) la existencia de revoluciones como el principal argumento para la vigilancia, y d) el uso del intervencionismo como un instrumento disuasivo contra las revoluciones o cambios sociopolíticos que ocurrieran en otros países que consideraban como la principal amenaza a la seguridad nacional.”⁸

Hartz escribe por su parte que “el americanismo tiene una doble vida, lo cual ha confundido a muchos observadores. Ante todo, desde la época de Thomas Jefferson, se ha caracterizado por un fuerte impulso aislacionista: sentir que el placer liberal mismo de Estados Unidos consiste en escapar de un Viejo Mundo decadente que sólo podría infectarlos con sus propias enfermedades.”⁹

No obstante, Hartz escribe que “en el siglo XX, el americanismo ha andado también de cruzada por el extranjero de un forma wilsoniana, proyectándose sin pensarlo sobre sociedades extrañas o antiguas en Europa, Asia y América Latina. La explicación no es realidad difícil de encontrar. Al encarar un *ethos* moral absoluto al americanismo, una vez empujado por los acontecimientos a la escena mundial, algo lo alienta quierase o no a reconstruir precisamente las cosas ajenas que trata de evitar. Su mesianismo es la contraparte de su aislacionismo.” Así pues, la herencia psíquica de una nación de “nacidos iguales” es un colosal absolutismo liberal, la muerte por atrofia del impulso filosófico.¹⁰

⁷ José Luis Valdés Ugalde, “Conferencia El Poder Nacional de Estados Unidos: Una Dimensión Regional e Internacional” en *El Colegio de la Defensa Nacional*, 30 de mayo de 2005. Sin publicar.

⁸ José Luis Valdés-Ugalde, *Estados Unidos, Intervención y Poder Mesianico. La Guerra Fría en Guatemala, 1954*, CISAN-IIJ-UNAM, México, 2004. 101p.

⁹ Louis Hartz, *La Tradición Liberal en Estados Unidos*, FCE, México, 1994. 270p.

¹⁰ *Ídem.*

Por lo tanto, el americanismo, como credo político, se ha convertido en un componente ideológico esencial de la conciencia política estadounidense. El americanismo ha sido la columna vertebral en la que se sostiene el proyecto de su política exterior. En consecuencia, representa un rasgo esencial de la definición de interés nacional.¹¹ Seymour Martin Lipset escribe que el americanismo es un “ismo” o una ideología del modo que lo son el comunismo, el fascismo o el liberalismo. Estados Unidos es la única nación del mundo que está fundada sobre un credo. La ideología de la nación se describe en cinco palabras: libertad, igualitarismo, individualismo, populismo y *laissez-faire*.¹² Indudablemente, el excepcionalismo estadounidense reside en que ninguna de las naciones occidentales haya retomado de su ideología la construcción de un modelo de identidad nacional, el cual encuentra su espacio de expresión en la política exterior.

Por consiguiente, las amenazas a la seguridad y al comercio, y las relaciones con Reino Unido, han llevado a Estados Unidos a desarrollar estrategias de política exterior globales. Así pues, cuando los estadounidenses se incorporaron al gran juego de las grandes potencias en el siglo XX, lo hicieron con la exaltada convicción de su destino como nación ejemplar. Con el tiempo, ha tenido que desarrollar nuevas formas de intervención y asociación entre los Estados, de modo que sobresale por encima de todas el concepto de poder.

Joseph S. Nye, Jr. define poder como la capacidad de obtener los resultados que uno quiere, y en caso necesario, de cambiar el comportamiento de otros para que suceda. Esta cualidad de los Estados se relaciona con la posesión de ciertos recursos como población, territorio, recursos naturales, capacidad económica, poderío militar y estabilidad política. “El poder en este sentido”, escribe Nye, “significa tener las mejores cartas en un juego de póquer internacional”.¹³

Nye define dos tipos de poder. El poder duro, cuyos ejemplos son el poder militar y el poder económico, es la capacidad de mando que puede emplearse para inducir a terceros a cambiar de postura. Este poder puede basarse en incentivos (zanahorias) o amenazas (palos). No obstante, escribe Nye, “también hay una forma indirecta de ejercer el poder. Un país puede obtener los resultados que desea en política mundial porque otros países quieran seguir su

¹¹ José Luis Valdés Ugalde, *Op Cit*, 112p.

¹² Ver Seymour Martin Lipset, *El Excepcionalismo Norteamericano. Una Espada de Dos Filos*, FCE, México, 2000. 443pp.

¹³ Joseph S. Nye, Jr. *La Paradoja del Poder Americano*, Piados, Argentina, 2003. 25p. Ver también Niall Ferguson “Power” en *Foreign Policy*, January/February 2003.

estela, admirando sus valores, emulando su ejemplo, aspirando a su nivel de prosperidad y apertura. Este aspecto del poder –lograr que otros ambicionen lo que uno ambiciona– es lo que yo llamo poder blando... si yo consigo que tú *quieras* hacer lo que yo quiero, entonces no tengo que obligarte a hacer lo que tú *no quieres*”.¹⁴

En su libro *Soft Power: The Means to Success In World Politics*, Nye elabora aún más su concepto de poder blando analizando la cultura; los ideales libertarios, las políticas públicas, y la ejecución de una política exterior con sustancia y estilo. “El poder blando”, escribe Nye, “no es controlado ni producido desde el Estado, sino que en él participan organismos no gubernamentales, universidades, think tanks, fundaciones, empresas transnacionales, entre otros”. Por tanto, Nye advierte los riesgos del predominio del poder duro sobre el poder blando, puesto que este socava el equilibrio necesario entre el poder militar y el poder de atracción en el marco de una gran estrategia de política exterior de Estados Unidos.¹⁵

Walter Russell Mead, cátedra Henry Kissinger en el *Council on Foreign Relations*, identifica cuatro tipos de poder a partir de análisis de Nye. Mead define el poder militar como el poder filoso: si tratas de resistir sentirás una filosa punta de bayoneta que te empujará en la dirección en la que debes ir. El poder económico es el poder pegajoso; te seduce hasta que no poder separarte de él. El concepto de poder blando lo divide en dos elementos: el poder dulce de los valores, la cultura y la política estadounidense, y lo que Antonio Gramsci define como poder hegemónico. El poder hegemónico se distingue del poder dulce porque es más coercitivo que el poder de las ideas, y porque, al menos en el caso de Estados Unidos, surge de la interacción entre los poderes duro, pegajoso y dulce.¹⁶

Por consiguiente, señala Mead, “el poder filoso funciona como sólido fundamento del sistema estadounidense. El poder pegajoso –el conjunto de instituciones financieras internacionales como el Bretton Woods y las políticas de libre mercado– atrae a otros a nuestro sistema económico y hace difícil para ellos abandonarlo por sus beneficios financieros y comerciales. El poder dulce –los valores, las ideas, y las políticas inherentes a nuestro sistema– los mantiene felices, y el poder hegemónico hace que el sistema internacional a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial luzca natural, deseable, inevitable, y permanente”.¹⁷

¹⁴ *Ídem*. 30p. Cursivas en el original.

¹⁵ Joseph S. Nye Jr., *Soft Power. The means to success in world politic.*, Public Affairs, New York 2004. 30-32pp.

¹⁶ Walter Russell Mead, *Power, Terror, Peace, and War. America's Grand Strategy in a World at Risk*, Alfred A. Knopf, New York 2004. 24-25pp.

¹⁷ *Ibid*. 25p.

Así las cosas, la política exterior de Estados Unidos refleja un amplio mosaico de impulsos, intereses, convicciones y tendencias de un gran número de personas. “Es un gran centro comercial, no una boutique –una gran conglomeración de vendedores que ofrecen una gran variedad de productos a un grupo de consumidores de todos los tipos de razas y clases. La política exterior estadounidense es sólo una parte de una empresa mucho mayor: la influencia empresarios, medios de comunicación, sindicatos, organizaciones de beneficencia, cámaras de comercio, iglesias, sinagogas, empresas multinacionales y transnacionales, grupos defensores de derechos humanos, asociaciones ambientalistas, sociedades de ayuda humanitaria, entre otras más. Si bien el mundo es un lugar complicado y Estados Unidos es una sociedad compleja, ciertamente el país requiere una política exterior enrevesada; de hecho aún tenemos una.”¹⁸

II.II EL REALISMO POLÍTICO Y LA AFIRMACIÓN DE LA HEGEMONÍA

Si hubiera que resumir cuál ha sido la situación de la teoría de las relaciones internacionales desde el siglo XVII hasta fecha reciente, el resultado sería que el paradigma tradicional o realista ha dominado decisivamente y hegemónicamente el campo de estudio. No obstante desde la década de los setenta han aparecido nuevos o remozados paradigmas, nuevas concepciones e imágenes del mundo que, enfrentándose críticamente con el paradigma realista, tratan de ser reflejo adoptado y adecuado de los cambios experimentados por la sociedad internacional y tratan de ofrecer respuestas apropiadas a los nuevos problemas. De esta forma, las relaciones internacionales se encuentran sumidas en pleno debate paradigmático.¹⁹

K. J. Holsti señala que el paradigma realista y los demás han girado y giran alrededor de tres cuestiones claves, a saber: las causas de la guerra, la naturaleza del poder y las condiciones de la paz-seguridad-orden; los actores esenciales y/o las unidades de análisis; y, las imágenes del mundo-sistema-sociedad de los Estados. En este sentido, Thomas S. Kuhn escribe sobre el problema del cambio en donde se buscan nuevos paradigmas capaces de interpretar la nueva realidad. Por consiguiente, el paradigma realista y los demás están condicionados por la propia

¹⁸ *Ibid.* 19-20pp.

¹⁹ Celestino del Arenal, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Editorial Tecnos, Madrid 2000. 25p. Sobre los paradigmas en las relaciones internacionales ver Thomas S. Kuhn, *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, FCE, México 2001. 319pp.

realidad internacional y, claro está, por la percepción que de esa realidad tenga el estudioso, que determina sus prioridades de estudio.²⁰

El realismo político tiene una larga tradición que parte desde Tucídides, Maquiavelo y Hobbes, hasta llegar al siglo XXI. El realismo surge de la necesidad de estudiar al sistema internacional desde la perspectiva del mundo tal como es y no como debería ser. De manera que, los autores realistas contemporáneos justifican un acercamiento a la política internacional de la posguerra, marcada por el enfrentamiento entre dos bloques, a partir de una explicación de la propia política de Estados Unidos que busca asegurar su hegemonía y *statu quo* que favorece a sus intereses. Por consiguiente, el realismo ha ejercido una inexorable influencia en la academia y la política estadounidense a pesar de otras innovaciones teóricas-metodológicas.

El trabajo de Raymond Aron, filósofo y politólogo francés, es consistente en demostrar algunas de las principales diferencias entre su enfoque de estudio de las relaciones internacionales y el de la mayoría de los realistas estadounidenses. Las influencias de Hobbes y de Clausewitz en el trabajo de Aron lo llevaron a compartir el axioma realista de la diferencia fundamental entre las relaciones de política interna con las de carácter externo. “La política exterior”, escribe Aron, “está constituida por el comportamiento diplomático-estratégico; por el otro lado, las relaciones internacionales toman su lugar en la sombra de la guerra”.²¹

Mientras que Aron estuvo de acuerdo con Hans J. Morgenthau en que las relaciones internacionales eran una lucha por el poder entre los Estados, acusó de ambiguo el concepto de poder puesto que éste intentaba ser la ecuación perfecta para la comprensión del orden internacional. Por el otro lado, Aron suscribió junto con Kenneth N. Waltz que el sistema internacional era una única estructura, empero, rechazó que éste determinara los objetivos del Estado. De hecho, escribió Aron, “los objetivos del Estado no pueden ser reducidos a una simple fórmula. Seguridad, poder, gloria e ideas son esencialmente objetivos heterogéneos y sólo pueden ser reducidos a un único término si se distorsiona el significado humano de la acción diplomático-estratégico. Si la rivalidad entre los Estados es comparable a un juego, ‘lo que está en riesgo’ no puede ser diseñado exclusivamente por un concepto válido para todas las civilizaciones de todos los tiempos”.²²

Por lo tanto, de acuerdo con Aron, en la ausencia de una simple fórmula que pronostique los objetivos del Estado, lo mejor que un analista, un diplomático o un estratega

²⁰ *Ibid.*, 28p.

²¹ Martin Griffiths, *Fifty Key Thinkers in International Relation*, Routledge, London 1994. 4p.

²² *Ibid.* 5p.

pueden hacer es intentar comprender los intereses del Estado y sus motivos como la mejor evidencia disponible. Así pues, a partir de sus estudios sobre los peligros de la era nuclear de la guerra fría, Aron creía firmemente en la prudencia como la más apropiada ética del estratega. “El ser prudente”, escribe el filósofo francés, “es actuar de acuerdo a una situación particular con la información concreta, no a través de un sistema u obediencia cualquiera a una norma... la prudencia es establecer objetivos precisos y accesibles no ilimitados o quizá sin sentido como ‘hacer del mundo un lugar seguro para la democracia’ o un mundo donde la política del poder desaparezca.”²³

En resumen, el trabajo de Aron es recordado por su sobrio realismo y pluralismo liberal como estudiante de las relaciones internacionales y como crítico de los excesos de la guerra fría. Asimismo, algunas de sus mayores aportaciones fueron, a saber: a) alertarnos sobre los límites que podemos esperar de una teoría; b) basar obligatoriamente nuestras generalizaciones en una amplia comprensión de la historia; y c) evitar un cinismo permanente que pueda exacerbar la persecución de las más grandes utopías que trascienden la realidad internacional.

Fue así que, Edgard H. Carr, autor británico de “*The Twenty Years’ War*” de 1945, estableció los términos de la discusión sobre la teoría de relaciones internacionales del siglo XX representándola con el debate entre los realistas y los idealista utópicos. Lo que Carr hizo fue demostrar como dos concepciones contrastantes de los progresos históricos se manifiestan en la práctica y el pensamiento internacional. Carr argumentaba que la fe y el optimismo concerniente a la seguridad colectiva, tal como la Sociedad de Naciones buscó implementarla, estaba basada en una errónea generalización de que las grandes potencias estaban satisfechas por el *statu quo* territorial y político. Así pues, Carr expone, “el conflicto entre los Estados no es meramente una consecuencia del deficiente entendimiento entre las potencias, sino es un resultado inevitable de la incompatibilidad de las aspiraciones políticas y morales”.²⁴

Por tanto, Carr explica que “el fracaso en reconocer que el poder es un elemento esencial de la política ha viciado hasta el momento todos los intentos de establecer formas de gobierno internacional y confundido todo ensayo de discusión del tema”. Del mismo modo, Carr divide el poder político en tres categorías: poder militar, poder económico y poder sobre la opinión. Por ende, el autor británico señala que el poder militar es el más importante puesto

²³ Raymond Aron, *Paz y Guerra entre las Naciones*, Alianza, Madrid 1985. 17p.

²⁴ Edgar H. Carr, *The twenty years crisis, 1919-1939: An Introduction. to the Study of International Relations*, Macmillan, London 1946. 36p.

que “la guerra potencial se transforma en el factor dominante de la política internacional y la fuerza militar en el criterio reconocido de los valores definitivos. Así, el poder militar, al ser un elemento esencial en la vida del Estado, se transforma no sólo en un instrumento, sino en un fin de sí mismo”.²⁵

Reinhold Niebhur inicia la larga tradición del realismo político estadounidenses, particularmente en el estudio de la política exterior de Estados Unidos y su papel en el mundo. Toda vida, escribe Niebhur, “es una lucha de poder y la guerra y los conflictos internacionales no son más que una revelación del carácter general de la existencia humana y de la perversidad del hombre”. En este sentido, Niebhur sugiere que el realismo debe estar atemperado con la moralidad, que “tanto los hombres como las naciones debe emplear su poder con el propósito de hacer de él un instrumento de la justicia al servicio más de los intereses ajenos que de los propios. Es este instrumento, recurso organizativo de la convivencia del orden internacional, el equilibrio de poder”.²⁶

Niebhur critica lo que considera ha sido la actitud histórica de Estados Unidos respecto de la política internacional, la lucha por el poder mundial, y su aislacionismo tradicional que ha caracterizado su política exterior. “Nuestra política exterior”, escribe Neibhur, “revela de modo más claro las contradicciones entre nuestras viejas ilusiones de inocencia y las ásperas realidades del presente. Hemos vivido durante un siglo, no sólo en la ilusión, sino también en la realidad de la inocencia con relación a nuestros asuntos internacionales. No nos hemos dado cuenta de que todo poder implica la culpa de su uso... hemos prendido, durante cierto tiempo, mantenernos en la inocencia, desatendiendo las responsabilidades del poder”.²⁷

Niebhur proporcionó las bases ideológicas del realismo político estadounidense. No obstante el representante más importante y el que lo transformó en la concepción decisiva y hegemónica en Estados Unidos es Hans J. Morgenthau. Entre Carr y Kennan, Morgenthau es recordado como uno de los promotores del desarrollo comprensivo de la teoría de la política del poder a partir de los principios filosóficos del realismo como la naturaleza humana, la esencia de la política, el balance de poder, y el papel de la ética en la política exterior. Así pues, Morgenthau distingue tres dimensiones de la naturaleza humana, a saber: biológica, racional y

²⁵ *Ibid.* 39p.

²⁶ Celestino del Arenal, *Op Cit.* 132-133pp.

²⁷ *Ibid.* 133p.

espiritual. Sin embargo, Morgenthau enfoca su estudio en el ‘deseo por el poder’ de los Estados siendo esta la característica definitoria de la política”.²⁸

El realismo político, escribe Morgenthau, “se fundamenta en una concepción pluralista de la naturaleza humana. El ser humano real es una mezcla del ‘hombre económico’, del ‘hombre político’, del ‘hombre moral’, del ‘hombre religioso’, etc. El hombre que fuera exclusivamente un ‘ser político’ equivaldría a una bestia, ya que carecería absolutamente de toda restricción moral. El hombre que sólo fuera un ‘ser moral’ sería un insensato, ya que carecería totalmente de prudencia. El hombre que se concretara a personificar a un ‘ser religioso’ sería un santo, ya que no acariciaría ningún deseo mundano en absoluto”.²⁹

La teoría realista de Hans J. Morgenthau descansa en seis principios fundamentales. En primer lugar, el realismo político cree que la política, como la sociedad, es gobernada por leyes objetivas que tienen sus raíces en la naturaleza humana. A fin de mejorar la sociedad es necesario, previamente, entender las leyes de acuerdo con las cuales la sociedad vive. Segundo, la directiva principal que ayuda al realismo político a encontrar su ruta a través del horizonte de la política internacional es el concepto del interés definido en función del poder. En este principio aparecen dos nociones claves del realismo político: el poder y el interés nacional.³⁰

Morgenthau define poder como el control que ejerce el hombre sobre la mente y los actos de los otros. Por poder político se entienden las relaciones mutuas de control que se registran entre los individuos que ostentan la autoridad pública, pero también entre estos últimos y la población en general. Por tanto, señala Morgenthau, “el poder político es una relación psicológica entre aquellos que lo ejercen y aquellos sobre los cuales se ejerce. Dicha influencia emana de tres fuentes: la expectativa de beneficios, el temor a las desventajas, el respeto o el amor por los hombres o por las instituciones; y se puede materializar a través de mandatos, amenazas, la persuasión, la autoridad o el carisma de un hombre o de un organismo gubernamental, o mediante una ágil combinación de varios de estos elementos”³¹

Por el otro lado, Morgenthau define el concepto de interés nacional como la guía real de la política exterior, al escribir “toda política exterior que opera bajo la normatividad del interés nacional debe comportar cierta relación con la entidad física, política y cultural que

²⁸ Martin Griffiths, *Op Cit.* 37p.

²⁹ Hans J. Morgenthau, “Teoría Realista de la Política Internacional” en John A. Vasquez, *Las Relaciones Internacionales. El Pensamiento de los Clásicos*, Limusa, México 1994, 57p.

³⁰ Celestino del Arenal, *Op Cit.*, 135p

³¹ *Ídem.*

conocemos con el nombre de nación... las políticas exteriores de todas las naciones, por necesidad, deben referirse a su supervivencia como requisito mínimo. Así, toda nación protege su identidad física, política y cultural contra la invasión de cualquier otra nación”.³²

No obstante, el concepto de interés nacional no excusa ni un mundo pacífico y armónico por naturaleza, ni la incertidumbre de la guerra como consecuencia directa de la lucha de cada nación por el interés nacional. Por el contrario, señala Morgenthau, este concepto presupone un estado continuo de conflicto y amenaza de guerra, que es factible disminuir mediante una concertación perenne de intereses contrarios por la vía diplomática. Por consiguiente, “la primera empresa que debe acometer una política exterior que procura la defensa de su interés nacional valiéndose de medios pacíficos es la reducción de los riesgos a su mínima expresión. Su segunda empresa se refiere a la defensa del interés nacional, definido de manera restrictiva y racional, contra los intereses de la misma índole de otras naciones, que podrían o no definirlos bajo los mismo términos.”³³

El tercer principio de la teoría realista de Morgenthau es que el realismo no otorga a su concepción central –el interés definido como poder– un significado inmutable. La idea de interés es, indudablemente, la esencia de la política y no se altera por las circunstancias debidas al tiempo o al espacio. Cuarto, el realismo político tiene conciencia del significado moral de la acción política. Tiene también conciencia de la inevitable tensión entre la disposición moral y las exigencias de una acción política que tanga éxito. En este sentido, el realismo mantiene que los principios morales universales no pueden ser aplicados a los actos estatales en su formulación universal y abstracta; cree, en cambio, que han de ser filtrados a través de las concretas circunstancias del tiempo y del espacio”.³⁴

Así las cosas, Morgenthau señala que no es factible la moral política si se carece de prudencia; es decir, “si no se ponderan adecuadamente las consecuencias políticas de un acto de apariencia moral”. Por tanto, el realismo considera que la prudencia –la justa ponderación de las consecuencias que pueden desencadenar acciones políticas encontradas– es la virtud suprema de la política. La ética abstracta juzga a la acción por su apego a la ley moral; la ética política juzga la acción por sus consecuencias políticas.³⁵

³² Hans J. Morgenthau, *Op Cit*, 168p. Ver también Joseph S. Nye Jr., “Redefining the National Interest” en *Foreign Affairs*, July/August 1999.

³³ *Ibid.* 170p.

³⁴ *Ibid.* 23p.

³⁵ *Ibid.* 56p.

Quinto, el realismo político se niega a identificar las aspiraciones morales de una nación en particular, con las leyes morales que gobiernan al universo. Y ello porque es exactamente el concepto de interés definido en términos de poder el que nos salva de esos excesos morales y de esa locura política. “Disfrazar las aspiraciones y procedimientos de una nación bajo el amparo de los propósitos morales del universo”, escribe Morgenthau, “es pretender saber con total certidumbre aquello que es bueno o malo. Existe un mundo de diferencia entre la creencia de que todas las naciones están supeditadas al juicio divino, inescrutable a la mente humana, y la convicción por demás blasfema de que Dios está eternamente de nuestro lado, y que lo que uno desea también lo quiere Dios”.³⁶

Finalmente, la diferencia entre realismo político y otras escuelas de pensamiento es real y profunda. En lo intelectual, el realista político mantiene la autonomía política ya que piensa en términos de interés definido como poder y es desde esta óptica y desde sus resultados que debe enfrentarse a los problemas de la política. El política realista no ignora la existencia y aplicabilidad de normas de pensamiento distintas a las políticas, pero no puede subordinarse a otras normas que no sean políticas”.³⁷

En este sentido, Morgenthau señala que la lucha constante y perpetua por el poder que caracteriza la política puede materializarse a través de tres tipos de política internacional, según se busque conservar el poder, incrementar el poder, o demostrar el poder. Estos son: la política del *statu quo*, la política imperialista y la política de prestigio.³⁸

En el caso de la política exterior de Estados Unidos, Morgenthau creía que estaba plagada de cuatro debilidades, a saber: legalismo, utopismo, sentimentalismo y aislacionismo. En particular, él siempre argumentó en contra de la diplomacia moralista de Woodrow Wilson al insistir en un retorno a la diplomacia realista de Alexander Hamilton. Si bien Morgenthau estableció el realismo como el paradigma dominante, los vínculos entre la teoría y la práctica fueron hacia direcciones opuestas. Así pues, junto con Kennan, Morgenthau se convirtió en uno de los más feroces críticos de la política exterior estadounidense en la guerra fría, principalmente en el caso de la guerra de Vietnam.

La relación entre moral y política exterior de Estados Unidos fue indudablemente un tema constante de George F. Kennan al escribir que “la falla más grave del esquema de nuestra política exterior estriba en algo que podría denominar el enfoque legalista-moralista en torno a

³⁶ *Ibid.* 57p.

³⁷ Celestino del Arenal, *Op Cit.* 137p.

³⁸ Hans J. Morgenthau, *Op Cit.* 58-59pp.

los problemas internacionales. Tal enfoque de desliza como una madeja roja a lo largo de nuestra política exterior de los últimos cincuenta años”. La función de un sistema de relaciones internacionales, señala Kennan, “no es la de restringir ese proceso de cambio confinándolo a una camisa de fuerza legal sino, por el contrario, propiciarlo para facilitar sus transiciones, para limar las asperezas que suele producir, para aislar y moderar los conflictos que frecuentemente conlleva, para procurar que estos conflictos no alcancen dimensiones que pueden perturbar la vida internacional en general.”³⁹

La conducción de la diplomacia, señala Kennan es responsabilidad de los gobiernos. Por razones puramente prácticas, esto es inevitable e inalterable. Por tanto, reconociendo las funciones, los compromisos y las obligaciones morales de los gobiernos no son los mismos que los del individuo. El gobierno es un mandatario, no un mandante. Su obligación primaria es con los intereses de la sociedad nacional que representa, no con los impulsos morales que pueden experimentar algunos elementos de esa sociedad.⁴⁰

Por consiguiente, cuando Kennan menciona la aplicación de normas morales a la política exterior, no está hablando de acuerdo a un cierto código internacional de conducta claro y generalmente aceptado: “Las políticas y las acciones del gobierno de Estados Unidos han de conformarse según normas morales estadounidenses, fundadas en los principios de justicia y propiedad tradicionales. Lo que no podemos hacer es suponer que nuestras normas morales son también las suyas, y apelar a tales normas como la fuente de nuestros agravios.”⁴¹

Las intervenciones por principios morales, desde la perspectiva de Kennan, pueden ser formalmente defendibles sólo si las prácticas contra las que se dirigen son gravemente nocivas para los intereses de Estados Unidos. En algunas partes del mundo, el requisito principal de la seguridad de Estados Unidos no es la imitación del modelo estadounidense, sólo la estabilidad. Al enfrentar esta cuestión, escribe Kennan, “los estadounidenses deben superar su tendencia hacia la generalización y aprender a examinar cada uno de los casos por sus propios méritos. La democracia, tal como la entendemos, no es necesariamente el futuro de toda la humanidad, ni es el deber de este gobierno asegurar que así venga a ser”⁴².

³⁹ George F. Kennan, “La Diplomacia en el Mundo Moderno” en John A. Vasquez, *Las Relaciones Internacionales. El Pensamiento de los Clásicos*, Limusa, México 1994. 58pp. Ver también Scott McConnell “The Good Strategist” en *The American Conservative*, June 6, 2005; y John C. Hulsam y Anatol Lieven, “The Ethics of Realism” en *The National Interest*, Summer 2005.

⁴⁰ *Ibid.* 61p.

⁴¹ George F. Kennan, *Al Final de un Siglo...* 307pp.

⁴² *Ibid.* 311p.

George F. Kennan será recordado como uno de los críticos más persistentes e influyentes de la historia de política exterior de Estados Unidos. No obstante, es con la política de la contención donde estriba su importancia como académico y diplomático. Cuando Kennan publicó su extenso telegrama “The Sources of Soviet Conduct” en *Foreign Affairs* bajo el seudónimo de “X”, aseguró que la Unión Soviética no parecía, de ninguna manera, una amenaza militar contra Estados Unidos.

En 1946 Kennan utilizó la palabra contención para evitar la creciente amenaza militar que Estados Unidos enfrentó a finales de la segunda guerra mundial. “Lo que creía ver”, señala Kennan, “era lo que podría denominarse una amenaza ideológica-política. Grandes porciones del hemisferio norte –especialmente Europa Occidental y Japón– acababan de resultar seriamente desestabilizadas en lo social, espiritual y político por las experiencias de la guerra reciente. El movimiento comunista mundial era en ese momento un movimiento unificado, disciplinado, bajo total control del régimen de Stalin, desde Moscú. No sólo eso, sino que la Unión Soviética había emergido de la guerra con prestigio debido a su inmenso y exitoso esfuerzo bélico. Por este y otros motivos, el Kremlin estaba en condiciones de manipular muy eficientemente a estos partidos comunistas extranjeros en favor de sus propios intereses.”⁴³

La idea de la contención, incorporado al debate del paradigma realista de la política exterior de Estados Unidos, no adquirió sólo una vida propia, sino varias más, conforme distintas administraciones. John Lewis Gaddis, académico de la Universidad de Yale, resume estas discusiones al cuestionarse ¿qué es lo que se supone que debe defender una estrategia de contención? El término sugiere más defensa que ofensa, y eso también implica cierta concepción de lo que está en juego en primer lugar. De modo que, el interés fundamental de Estados Unidos durante el siglo XX fue el de evitar que los centros de capacidad militar-industrial cayeran bajo un poder hostil.⁴⁴

Una segunda área de desacuerdo con respecto a la contención, señala Gaddis, involucra al tema de quién y qué debe ser contenido. Kennan fue muy preciso al plantear que una amenaza significativa a los intereses de Estados Unidos debía cumplir una combinación de hostilidad y capacidad enemiga. Si bien la Unión Soviética estaba en esas condiciones, la contención a un país en específico, o una ideología, o simplemente a esquemas de conducta,

⁴³ John Lewis Gaddis y Terry L. Deibel, *La Contención: Concepto y Política*, Grupo Editor Latinoamericano, Argentina 1992. 28p.

⁴⁴ *Ibid.* 10p.

indudablemente han producido una discusión sobre los alcances y límites de las estrategias de política exterior de Estados Unidos.

La tercera área de desacuerdo a la contención está referida a los medios: tras haber identificado los intereses que deben defenderse y las amenazas que deben ser contenidas, ¿cuáles métodos deben elegirse para implementar la contención? “Una estrategia originalmente ideada para contener una amenaza no militar”, escribe Gaddis, “se tornó pesadamente en militar, no porque Washington esperara en realidad que los rusos invadieran Europa Occidental, sino porque los mismos europeos demandaban seguridad, incluso ante la posibilidad de amenazas poco probables”.⁴⁵

Otra área de desacuerdo acerca de la contención ha sido su costo: ¿Debemos permitir que las demandas de la contención determinen los gastos, o debemos considerar primero cuánto podemos gastar y establecer después a quién o qué debemos contener? Paul H. Nitze sugirió el enfoque alternativo a la política de contención con la NSC-68. “Una de nuestras primeras preocupaciones”, escribe Nitze en sus memorias, “fue la seguridad de Europa, donde nuestros aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) tenían urgente necesidad de que se les asegurara que el equilibrio de poder no estaba inclinándose a favor de la Unión Soviética una vez que ésta había adquirido capacidad nuclear”.⁴⁶

Por tanto, el mayor cambio recomendado fue reforzar la capacidad militar ante el significativo aumento de la capacidad soviética. “No pensaba que bajo la acumulación propuesta”, escribe Nitze, “Estados Unidos y sus aliados pudieran o debieran equiparar uno por uno los soldados o los tanques soviéticos; tampoco consideraba que una política de rearme implicara necesariamente la futilidad de las negociaciones o la posibilidad inminente de una guerra abierta. Más bien, veía la política recomendada como la propuesta lógica a un peligro evidente que no era probable que pronto desapareciera y que sólo podía empeorar cuanto más se lo ignorara”.

El enfoque de la política exterior de Estados Unidos en cada nueva administración tiende a estar determinado no por una evaluación serena y racional de los intereses y las

⁴⁵ *Ibid.* 13p.

⁴⁶ El debate fundamental de la NSC-68 era la seguridad nacional: ¿Cómo llegamos desde donde estamos hasta donde queremos llegar, sin que nos ocurra un desastre en el camino? La estrategia trazaba una clara distinción entre las metas de Estados Unidos como proteger y preservar las instituciones de una sociedad libre, y por el otro lado, la Unión Soviética que se centraba en resguardar la hegemonía del Partido Comunista y extender sus dominios. Ver Paul H. Nitze, *De Hiroshima a la Glasnost. Memorias*, Grupo Editor Latinoamericano, Argentina 1991. 105p.

amenazas, sino más bien por una desesperada resolución de hacer algo nuevo, algo que evite la asociación con las políticas desacreditadas de la administración anterior. De manera que, el “New Look” de la administración de Dwight Eisenhower se elaboró inicialmente como reacción a la percepción de debilidad a consecuencia de la “no victoria” de la guerra de Corea. La estrategia de la “respuesta flexible” de John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson se originó a partir de las críticas hechas por los demócratas hacia la posición de Eisenhower con relación a las armas nucleares. La Doctrina Nixon reflejaba la convicción de que Estados Unidos se había comprometido excesivamente en Vietnam. La Campaña de Derechos Humanos de James Carter fue una abierta reacción contra la “amoralidad” de Henry Kissinger. Finalmente, la política de intervención y reacomodo de capacidades militares frente la amenaza comunista de Ronald Reagan, fue un medio para cerrar la “ventana de vulnerabilidad” que Carter había abierto.”⁴⁷

Así las cosas, ¿cuál es el resultado que debió producir la contención? La contención nunca significó la eliminación completa del poder soviético. Aun cuando fuera posible derrotar a la Unión Soviética, ¿cómo haría Estados Unidos para ocuparla? ¿Por qué otra clase de régimen la remplazaría? Es evidente que la contención pretendió una modificación de la conducta soviética por medio de una combinación de disuasiones y recompensas, es decir, de matices en el carácter de la política exterior de Estados Unidos entre el intervencionismo y el aislacionismo.

Kennan estableció tres objetivos totalmente claros para la contención. El primero de ellos fue restaurar el equilibrio de poder internacional evitando que la Unión Soviética explotara los vacíos de poder dejados por Alemania y Japón. Gaddis escribe que el primer objetivo fue más que cumplido puesto que la posibilidad de dominio soviético de otros centros de poder industrial-militar nunca se concretó. El segundo objetivo fue reducir la capacidad de la Unión Soviética para proyectar su influencia más allá de sus fronteras mediante el movimiento comunista internacional. El triunfo de la contención fue notorio ya que el comunismo fue perdiendo capacidad de influencia en el exterior tanto que el movimiento comunista fue diverso y carente de significado como demuestran los casos de Cuba, China y Corea del Norte.⁴⁸

⁴⁷ John Lewis Gaddis, *Op Cit.* 15-16pp.

⁴⁸ *Ibid.* 453-454pp.

El tercer objetivo de Kennan fue lograr a través de la combinación de disuasiones y recompensas la modificación de la conducta soviética hacia el mundo exterior. Si bien se redujo gradualmente la tendencia de la Unión Soviética a correr riesgos, la invasión a Afganistán en 1979 demostró que este tipo de expansiones del poder nacional arriesgó una confrontación directa con Estados Unidos. Por último, la contención fomentó en Moscú la voluntad de establecer las diferencias con Washington sobre las bases de las negociaciones, que si bien no siempre fueron satisfactorias para ambos, produjeron resultados duraderos y beneficiosos.⁴⁹

Fue así que, a partir de la década de los setenta, la ejecución de un enfoque realista de la política exterior de Estados Unidos es ilustrada por el arquetipo del diplomático estadounidense del siglo XX, Henry Kissinger. Así, Kissinger también rechazó lo que percibió como el carácter tradicional de la política exterior estadounidense. La cosmovisión de Kissinger estaba basada en la diplomacia europea del siglo XVII y XIX, referida como la *realpolitik*. Dos ideas se desprenden de esta perspectiva, a saber: a) la *raison d'état* o razón de Estado justifica el uso de todos los medios para alcanzar los objetivos de política exterior; y b) el estadista debe manipular el balance del poder en orden de mantener el equilibrio del sistema internacional donde ningún Estado domine.⁵⁰

Como diplomático, Kissinger fue influenciado por los pasos del Cardenal Richelieu, Federico el Grande, Klemens von Metternich y Otto von Bismarck. Como académico, escribió en la tradición realista de Max Weber, Hans J. Morgenthau y George W. Kennan. Finalmente, como Secretario de Estado y Asesor de Seguridad Nacional en la administración de Richard M. Nixon, desarrolló la estrategia de la *détente* –política de acercamiento y relajamiento de las tensiones internacionales entre Estados Unidos y la Unión Soviética–, reinició las relaciones con China y lanzó los procesos de paz de Medio Oriente.

El enfoque de la política exterior de Nixon, señala Kissinger, iba en contra del excepcionalismo estadounidense y su imperativo de que la política se base en la afirmación de los valores trascendentes. “El desafío de Nixon”, escribe Kissinger, “consistió en adaptar estas verdades tradicionales al nuevo ámbito internacional. Ese mundo requería una política exterior encaminada a apuntalar el poder tanto como la salvación. Los valores tradicionales seguían

⁴⁹ *Ibid.* 456-457pp.

⁵⁰ Martin Griffiths, *Op Cit.* 26p.

siendo tan importantes como siempre. Pero, en contraste con la época de Woodrow Wilson, ya no se les podía convertir en una agenda para obtener resultados inmediatos”.⁵¹

Por tanto, Nixon y Kissinger no vieron ninguna contradicción en tratar al mundo comunista como colaborador en lugar de adversario. Liberales y conservadores se opusieron a la nueva política de acercamiento con la Unión Soviética: Los primeros porque consideraban amoral el nuevo hincapié en el interés nacional; los segundos porque estaban más comprometidos en la competencia ideológica contra Moscú que en la geopolítica. A los conservadores se les fueron uniendo los demócratas liberales anticomunistas, los neoconservadores. Nixon, escribe Kissinger, “consideraba la *détente* como una táctica en una prolongada lucha geopolítica; los adversarios reflejaron la tradición del excepcionalismo estadounidense al insistir que Estados Unidos se fijara el objetivo de remodelar la sociedad soviética. Era inevitable y necesario el gran debate nacional entre los partidarios de la política exterior como estrategia y lo de la política exterior como cruzada; entre quienes creían que el curso más sabio era disciplinar a la superpotencia rival y lo que insistían en castigar el mal.”⁵²

Para mediados de los setenta, la *détente* era un concepto desprestigiado en la política estadounidense. Podemos enumerar sus tres principales fracasos, que además, ilustran algunas de las dificultades que el realismo político enfrentó al momento de elaborar y ejecutar la política exterior de Estados Unidos. El primer gran problema fue que la Unión Soviética no entendió –o al menos disimuló– las reglas del balance de poder de Kissinger. Para los soviéticos la *détente* sería posible una vez que se consolidaran los éxitos de la carrera armamentista y Estados Unidos le diera el nivel de superpotencia a su rival ideológico. Así pues, por citar un ejemplo, Moscú no presionó a Vietnam del Norte a dar concesiones para una salida honrosa a los estadounidenses en las negociaciones de paz en París.

El segundo problema que dificultó la aplicación exitosa de la *détente* fue la participación de terceros actores, a saber: a) el rápido proceso de reunificación de Alemania y sus implicaciones en las relaciones Este-Oeste; b) la Vietnamización –reducción de tropas estadounidenses y traspaso de responsabilidades a autoridades de Vietnam del Sur– del conflicto armado en el sudeste asiático; y b) la ingenua creencia de un movimiento comunista mundial unificado entre la Unión Soviética, Vietnam del Norte, Cuba y América Latina. Finalmente, el tercer gran problema fue el fracaso en persuadir a la sociedad estadounidense

⁵¹ Henry Kissinger, *La Diplomacia*, FCE, México 2000. 736p.

⁵² *Ibid.* 740p.

que la *détente* era parte del interés nacional. Así pues, con la derrota en la guerra de Vietnam y el escándalo del Watergate sobre la administración del presidente Nixon, ambos terminaron por sepultar la política de acercamiento entre Estados Unidos y el bloque comunista.⁵³

Kissinger aún considera que la política exterior de Estados Unidos durante la guerra fría fue excesivamente moralista e ineficientemente adecuadas a las realidades del balance de poder.⁵⁴ A diferencia de Kennan, Kissinger considera que la amenaza de la Unión Soviética fue geopolítica no ideológica. Por tanto, estas dos visiones contrastantes dentro del paradigma realista de la política exterior de Estados Unidos nos demuestran dos hechos, a saber: a) la gran diversidad de opiniones dentro de una misma escuela de pensamiento; y b) la consolidación del realismo como teoría de reafirmación hegemónica de Estados Unidos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta tiempos contemporáneos.

A finales de la década de los setenta e inicios de los ochenta, Kenneth N. Waltz, indiscutible sucesor de Hans J. Morgenthau, presenta nuevos elementos teóricos y metodológicos respecto del realismo tradicional. Por consiguiente, Waltz pone un mayor énfasis en la estructura del sistema internacional para explicar las relaciones internacionales a través de sus influencias y condiciones sobre la política internacional. Para tal fin, la concepción estratocéntrica continúa siendo el eje de sus planteamientos, aunado al concepto de poder, la relación entre principios morales y política exterior, y la distinción entre el orden interno y el orden internacional. Así pues, Waltz dedica una parte importante de su estudio al análisis de los órdenes anárquicos y los equilibrios de poder.

Waltz escribe que a menudo el Estado conduce sus asuntos a la sombra de la violencia: “Algunos Estados pueden utilizar el uso de la fuerza en cualquier momento, por tanto, todos los Estados deben estar preparados para hacer lo mismo o vivir a merced de sus vecinos más vigorosos en el aspecto militar. Entre los Estados, el estado natural es la guerra. Entre los hombres, al igual que entre los Estados, la anarquía o ausencia de gobierno está asociada al violencia. Empero, si el uso posible y real de la fuerza caracteriza tanto al orden nacional como al internacional no puede establecerse ninguna distinción duradera entre ambos reinos.” Así pues, desde la perspectiva de Waltz, la distinción del dominio nacional e internacional, en

⁵³ Henry Kissinger, *Does America Need a Foreign Policy. Toward a Diplomacy for the 21st Century*, Touchstone Book, New York 2005. 27-28pp.

⁵⁴ *Ibid.* 32p.

política, no se basa en el uso de la fuerza sino en la diferencia de estructuras, en los modos de organización.⁵⁵

Las diferencias entre la estructura nacional y la internacional se reflejan en las modalidades con que las unidades de cada sistema definen sus fines y desarrollan sus medios para lograrlos. “En los reinos anárquicos”, escribe Waltz, “las unidades semejantes co-actúan. En los reinos jerárquicos las unidades disímiles interactúan. En los reinos anárquicos las unidades son funcionalmente semejantes y tienden a permanecer así. Las unidades semejantes trabajan para mantener un cierto grado de independencia e incluso pueden llegar a luchar por la autarquía. En los reinos jerárquicos, las unidades son diferenciadas, y tiende a aumentar sus grados de especialización. Las unidades diferenciadas se tornan muy interdependientes, cada vez más a medida que aumentan su especialización. A causa de la diferencia de las estructuras, la interdependencia dentro de las naciones y la interdependencia dentro de ellas son dos conceptos distintos.”⁵⁶

Por tal razón, la política nacional es el dominio de la autoridad, de la administración y de la ley. La política internacional es el dominio del poder, de la lucha y de la conciliación. El dominio internacional es primordialmente político. El nacional ha sido descrito como jerárquico, vertical, centralizado, heterogéneo, y dirigido; el dominio internacional, como anárquico, horizontal, descentralizado, homogéneo, no dirigido y mutuamente adaptable.⁵⁷

Una teoría del equilibrio del poder, escribe Waltz, “comienza por establecer presupuestos acerca de los Estados: son actores unitarios que, como mínimo, procuran su auto-preservación, y, como máximo, tienden al dominio universal. Los Estados, o aquellos que actúan en su lugar, trata de usar, de maneras más o menos sensatas, los medios disponibles con el objetivo de lograr los fines que se han propuesto. Esos medios pertenecen a dos categorías: esfuerzos internos (movimientos destinados a incrementar la capacidad económica, la fuerza militar, o a desarrollar estrategias inteligentes), y esfuerzos externos (movimientos destinados a aumentar la propia alianza, o a debilitar la alianza antagónica).⁵⁸

De modo que, la creación y el mantenimiento de un equilibrio puede ser el propósito de uno o más Estados, pero también puede no serlo. Según Waltz, los equilibrios de poder

⁵⁵ Kenneth N Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, Grupo Editor Latinoamericano, Argentina 1998 152-153pp.

⁵⁶ *Ibid.* 154p.

⁵⁷ Ver Stephen M. Waltz, “International Relations: One World, Many Theories” en *Foreign Policy*, Spring 1998; y Vicente Palacio de Oteyza “La Imagen Imperial del Nuevo Orden Internacional: ¿Es esto Realismo Político?” en *Revista Cidob d’ Afers Internacionals*, No. 64, diciembre-enero 2005.

⁵⁸ Kenneth N. Waltz, *Op Cit*, 173-174pp.

tienden a formarse en el caso de que algunos Estados pretendan establecerlo y conservarlo, y también en el caso de que otros Estados aspiren al dominio universal. De manera que, el objetivo del equilibrio es mantener la estabilidad del sistema sin destruir la multiplicidad de los elementos que lo componen. Por consiguiente, la política del equilibrio del poder prevalece siempre que se cumplan dos principios, a saber: a) que el orden sea anárquico, y b) que esté poblado por unidades que deseen sobrevivir.”⁵⁹

La teoría produce muchas expectativas acerca de la conducta y los resultados. A partir de ella, señala Waltz, podemos predecir que los Estados se abocarán a un conducta de equilibrio, sea o no el fin de sus acciones. No obstante, la expectativa no es que el equilibrio, una vez conseguido, se mantenga, sino que un equilibrio, una vez alterado, será restaurado de una u otra manera. Por ende, los equilibrios de poder se constituyen de manera recurrente a partir de la anarquía y el deseo de lucha por el poder.

En síntesis, hasta ahora se han abordado dos tipos de realismo político. El primero fue el realismo de la naturaleza humana o clásico representado por los trabajos de Hans J. Morgenthau. Este realismo se fundamenta en que los Estados poseen instintos humanos de deseos de poder, por tal razón, las relaciones internacionales entre las grandes potencias se limitan a una lucha por el poder. El segundo tipo de realismo, llamado estructural o defensivo, es personificado por Kenneth N. Waltz. Al contrario de Morgenthau, Waltz no asume que el origen del comportamiento de las grandes potencias sea por el deseo de poder, sino por la sobrevivencia y la seguridad. Así pues, el sistema internacional no sólo influye en la conducta de los Estados, además, determina el interés de los Estados hacia el equilibrio de poder, puesto que la anarquía, a diferencia de la naturaleza humana de Morgenthau, es lo que crea la lucha por el poder.

John J. Mearsheimer, académico de la Universidad de Chicago, elabora una tercera teoría del realismo político. La teoría del realismo ofensivo señala que el objetivo más importante del Estado es maximizar su poder a expensas de otros siendo su última meta la búsqueda de la hegemonía. Por tanto, el Estado defenderá el equilibrio de poder cuando los cambios en el sistema internacional beneficien a otros Estados. Por el otro lado, el Estado debilitará el equilibrio cuando la dirección de los cambios le sea favorable. Por consiguiente, las tres características del sistema internacional son: a) la ausencia de una autoridad central; b) las capacidades militares ofensivas; y c) los deseos de poder y búsqueda de la hegemonía de otros

⁵⁹ *Ibid.* 177-178

Estados. De modo que, las grandes potencias perseguirán cuatro metas, las cuales son: a) la hegemonía regional o global; b) el control y abastecimiento de fuentes energéticas; c) el dominio del poder militar terrestre, aéreo y naval; y d) la superioridad en armamento nuclear.⁶⁰

Así las cosas, las tres grandes teorías del realismo político responden dos pertinentes preguntas: ¿Qué provoca la lucha por el poder entre los Estados? y ¿cuánto poder desean los Estados? Para el realismo defensivo y el realismo ofensivo es la estructura del sistema internacional lo que estimula la lucha por el poder. Para el caso del realismo clásico, el conflicto surge a partir del deseo de poder inherente de los Estados. Por el otro lado, el principal objetivo de esta lucha es para el realismo clásico y el realismo ofensivo la hegemonía, mientras que para el realismo defensivo es el balance de poder.

II.III EL CONSTRUCTIVISMO Y EL VALOR DE LA IDENTIDAD NACIONAL

¿Qué convierte a los Estados en grandes potencias? ¿Por qué los Estados cuando acumulan poder económico buscan influir en el sistema internacional? ¿Qué factores aceleran o retardan la transformación de recursos materiales e ideológicos en intereses políticos en el exterior? En la historia de las relaciones internacionales, la concatenación entre un acelerado crecimiento económico y la expansión de los intereses políticos en el exterior han sido el denominador de las grandes potencias.⁶¹ Entonces, ¿Qué relación causal existe entre la dinámica del sistema internacional y los elementos reduccionistas de los Estados? ¿Son las variables domésticas como la política exterior un elemento de análisis en el marco de una teoría sistémica? ¿Qué importancia tienen las percepciones ideológicas y culturales en la elaboración de la política exterior de las grandes potencias, particularmente en Estados Unidos? ¿Puede el realismo político incorporar estas variables en el estudio del sistema internacional?

Kenneth N. Waltz señala que las teorías de política internacional, sean sistémicas o reduccionistas, se ocupan de los acontecimientos en todos los niveles, desde el substancial

⁶⁰ John J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*. W. W. Norton & Company. New York 2001. 134-136pp. Ver también John J. Mearsheimer, "The False Promise of International Institutions" en *International Security* Vol. 19, No. 3 Winter 94/95; John Gerard Ruggie, "The False Promise of Realism" en *International Security* Vol. 20, No. 1 Summer 1995; y Fareed Zakaria, *From Wealth to Power. The Unusual Origins of America's World Order*, Princeton University Press, 1998. 199pp.

⁶¹ Ver Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Vintage, New York 1989. 709pp. Sobre el tema del declive de Estados Unidos véase Joseph S. Nye Jr, *Bound to Lead*, Basic Books, New York 1990. 307pp.; y Charles A. Kupchan, "El Debate sobre la Declinación en Retrospectiva" en Rosa Cuminsky (editora) *Mito y Realidad de la Declinación de EEUU*, UNAM-CISEUA, México 1992. 143-163pp.

hasta el supranacional. Las teorías no son reduccionistas o sistémicas según el tema del que se ocupen, sino según el modo en que disponen sus materiales. Por tanto, las teorías reduccionistas explican los acontecimientos por medio de elementos y combinaciones de elementos situados en los niveles nacionales o subnacionales. “Esas teorías afirman que”, escribe Waltz, “las fuerzas internas producen los resultados externos”.⁶²

Así pues, una teoría reduccionista es una teoría acerca de la conducta de las partes. No obstante, Waltz escribe que “no se puede inferir el estado de la política internacional a partir de la composición interna de los Estados, ni tampoco se puede llegar a ningún entendimiento de la política internacional sumando las políticas exteriores y las conductas externas de los Estados”. Por consiguiente, “no es posible comprender la política mundial por medio de una simple observación del interior de los Estados. Si los propósitos, políticas y acciones de los Estados se convierten en un exclusivo centro de atención estamos forzados a retroceder al nivel descriptivo.; y a partir de simples descripciones no se pueden extraer generalizaciones válidas. Podemos decir qué vemos, pero no podemos saber qué significa”.⁶³

Una teoría sistémica explica los cambios entre sistemas, no dentro de ellos. Ella se ocupa de las fuerzas en juego a nivel internacional, no nacional. Aunque, si hay en juego fuerzas a nivel de la unidad como a nivel sistémico, ¿cómo es posible construir una teoría de política internacional sin construir simultáneamente una teoría de política exterior? Una teoría general de política internacional, escribe Waltz, se basa necesariamente en los grandes poderes. Esta teoría se ocupa de las políticas exteriores de las naciones pero afirma explicar solamente ciertos aspectos de ellas. Puede decirnos con qué condiciones internacionales deberán enfrentarse las políticas nacionales. Creer que una teoría de política internacional está en condiciones de decir de qué modo se producirá ese enfrentamiento es lo opuesto del error reduccionista.⁶⁴

Al final de la década de los ochenta y principios de los noventa las principales teorías de relaciones internacionales tuvieron dificultad para explicar los cambios sistémicos como el fin de la guerra fría. Por tanto, el sistema internacional ha sido un caso de estudio para elementos sociales y constructivistas. En la parte social, mientras que las normas y las leyes gobiernan la mayoría de las políticas internas, el interés nacional de las naciones y la coerción lo hacen para la política internacional. El derecho internacional y los organismos internacionales

⁶² Kenneth N. Waltz, *Op Cit.* 91p.

⁶³ *Ibid.* 98p.

⁶⁴ *Ibid.* 109p.

existen, pero la habilidad de estas superestructuras es limitada. Por tanto, estos elementos sugieren que el sistema internacional no es un lugar muy “sociable” y fomenta la tendencia hacia el dominio materialista del sistema internacional –lucha por el poder, equilibrio de poder, disuasión nuclear, poder militar sobre poder económico, entre otras.

Alexander Wendt, uno de los principales estudiosos del tema, escribe que el constructivismo social estudia cómo la política internacional está “socialmente construida”. Por tanto, este objetivo de estudio surge de dos premisas, a saber: a) las estructuras fundamentales de la política internacional son sociales en lugar de ser estrictamente materiales; y b) estas estructuras crean y condicionan las identidades e intereses de los actores en lugar de sólo el comportamiento. Por consiguiente, el constructivismo social comparte los cinco principios del realismo político, las cuales son: 1) el sistema internacional es anárquico; 2) el Estado posee capacidades militares ofensivas; 3) el Estado actúa a partir de las percepciones de los otros Estado; 4) el objetivo principal de los Estados es la sobrevivencia; y 5) los Estados son actores racionales.⁶⁵

Los constructivistas son estructuralistas sociales ya que critican al neorrealismo – también llamado realismo ofensivo– por restringir los efectos del sistema internacional sólo al comportamiento de los Estados puesto que, ignoran que éste puede constituir las identidades y los intereses de los Estados. Los constructivistas consideran que los intereses del Estado son contruidos mayoritariamente por las estructuras del sistema; por tanto, esto lleva a un estructuralismo sociológico no materialista ni individualista –el Estado como único actor en el sistema internacional. Por consiguiente, la diferencia entre el estructuralismo neorrealista y el estructuralismo constructivista es acerca de qué tipo de estructura tiene el sistema internacional. Los neorrealistas consideran que el sistema está constituido por la distribución de capacidades materiales –equilibrio de poder–, mientras que los constructivistas argumentan que está construido por las relaciones sociales.⁶⁶

Las estructuras sociales tienen tres elementos. El primero es el conocimiento compartido el cual constituye al actor en la naturaleza de sus relaciones cooperativas y/o conflictivas. Por tanto, la dependencia de las estructuras sociales en las ideas proporciona al

⁶⁵ Alexander Wendt, “Constructing International Politics” en *International Security* Vol. 20, No. 1 Summer 1995. 72p.

⁶⁶ *Ibid.* 73p.

constructivismo un carácter idealista. Así pues, lo que crea a las ideas –y por tanto también al sistema– “social” es la cualidad intersubjetiva o el conocimiento social mutuo, no material.⁶⁷

El segundo elemento de las estructuras sociales es que, en contraste con los neorrealistas, los constructivistas argumentan que los recursos materiales únicamente adquieren significado para la acción humana a través de las estructuras del conocimiento compartido. Por ejemplo, Reino Unido posee quinientas armas nucleares y no significa una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos. Por el otro lado, Corea del Norte asume que tiene capacidad nuclear de entre cinco y quince misiles balísticos, de modo que, el conocimiento mutuo entre Estados Unidos y Reino Unido es de amistad, mientras que, con Corea del Norte es de desconfianza y enemistad.⁶⁸

Finalmente, las estructuras sociales existen no en los actores ni en las capacidades materiales, sino en la práctica. Las estructuras sociales sólo existen en el proceso. Por ejemplo, la guerra fría fue una estructura de conocimiento compartido que gobernó las relaciones entre los grandes poderes por cuarenta años, pero una vez que dejaron de actuar con base a éste sistema, el conflicto terminó.⁶⁹

En este sentido, Wendt elabora sucintamente tres críticas al neorrealismo de Waltz. La primera es que el neorrealismo no puede explicar los cambios estructurales, ya que el neorrealismo sólo considera el cambio en el sentido de una transición de una distribución de poder a otra. Por tanto, Waltz no considera el fin de la guerra fría, la integración europea y la paz entre las naciones democráticas como cambios sistémicos ya que no modificaron la distribución de poder. La segunda crítica es sobre el balance de poder puesto que, virtualmente toda política exterior puede estar construida como evidencia del equilibrio de poder entre las naciones. Asimismo, con el arribo de nuevos actores y desarrollos tecnológicos la política del “balanceo” pierde funcionalidad. Finalmente, Wendt pone en duda la lógica de la anarquía de Waltz puesto que los intereses egoístas de los Estados nunca han sido históricamente perennes.⁷⁰

Por ende, Wendt escribe que los elementos materialistas e individualistas llevaron a concluir a Waltz que la anarquía es lo que hace al sistema internacional conflicto y de “auto-

⁶⁷ Anthony D. Lott, *Creating Insecurity. Realism, Constructivism, and US Security Policy*, Ashgate, London 2004. 46-48pp.

⁶⁸ Peter Katzenstein, *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, Columbia University Press 1996. 12p.

⁶⁹ *Ibid* 14p.

⁷⁰ Alexander Wendt, *Social Theory...* 17-18pp.

ayuda”. Por el otro lado, los elementos idealistas y estructuralistas llevan a Wendt a concluir que la anarquía en lo que el Estado crea. “El Estado”, señala Wendt, “es la principal unidad de análisis en la política internacional. El Estado es el principal medio por el que los efectos de otros actores son canalizados al sistema internacional. Si bien los actores no-estatales son importantes protagonistas en la política internacional, siempre los cambios sistémicos se realizan a través del Estado.”⁷¹

Wendt afirma que una de las principales tesis del constructivismo es que el significado del poder y el contenido de los intereses están completamente en función a las ideas. “El significado de la distribución de poder en la política internacional”, escribe Wendt, “está constituido en una parte importante por la distribución de intereses, que a la vez se construyen a partir de las ideas. Esto no significa que las ideas sean ni más importantes ni autónomas del poder y los intereses. El punto es que el poder y los intereses tienen los efectos que desean en virtud a las ideas que los crearon. Por tal razón, las ideas, el poder y los intereses pertenecen a un mismo sistema social, no son exógenos.”⁷²

Así las cosas, el estudio de la construcción social de la política internacional analiza cómo los procesos de interacción producen y reproducen las estructuras sociales –cooperativas o conflictivas– que influyen en las identidades y los intereses de los actores en el contexto material. Por tanto, se opone a dos principios, a saber: a) que las fuerzas materiales determinan *per se* la vida internacional; y b) que la interacción entre los actores del sistema internacional no cambian las identidades y los intereses de los Estados.

En síntesis, actualmente existen dos grandes conceptos que dominan el debate de la política internacional de Estados Unidos. Ambos no son ni incorrectos pero tampoco completos. El primero de ellos es el interés nacional el cual, es calculado por elementos físicos y geopolíticos. El segundo es el equilibrio de poder que se define a través del sentido de independencia y sobrevivencia de los Estados. Si bien ambos conceptos han sido ampliamente abordados con los trabajos de Morgenthau y de Waltz, es necesario vincular estos principios con el constructivismo de Wendt. Por tanto, el estudio del sistema internacional requiere no sólo del análisis de elementos materialistas, sino también demanda incorporar nuevos conceptos sociales como es el caso de la identidad nacional.

⁷¹ *Ibid.* 12p.

⁷² *Ibid.* 135pp.

¿Cómo se define una identidad nacional? Henry R. Nau, académico de George Washington University, escribe que la identidad nacional se define en términos no materiales, siendo éste el principal factor de motivación para el uso del poder nacional legítimo. Por consiguiente, Nau señala que la identidad nacional puede dividirse en dos categorías, a saber: a) la identidad interna, la cual define las reglas para el uso legítimo de la fuerza en la política nacional; y b) la identidad externa la cual enfrenta cómo los Estados evalúan las identidades étnicas, ideológicas o religiosas en sus relaciones con otros.⁷³

La incorporación de la variable identidad nacional nos aproxima no sólo a los propósitos políticos del uso legítimo de la fuerza, sino también a los intereses y las ideas que formaron políticas cualesquiera. De ser así, ¿es posible elaborar y ejecutar una política exterior que por un lado retome la *realpolitik*, y por el otro una política de cambio y alineamiento de las identidades nacionales? Por consiguiente, ¿habría un mayor acercamiento entre los Estados con afinidades políticas, sociales y culturales? ¿Podría ser una estrategia confiable y exitosa para la política exterior de Estados Unidos?

La identidad nacional es el sentimiento de ‘yo’ de un individuo o de un grupo. Es un producto de la autoconciencia de que ‘yo’ poseo cualidades diferenciadas como ente distinto del otro. Las identidades son importantes porque influyen en la conducta de las personas. Las identidades son, en su inmensa mayoría, construidas a partir de su interacción con las otras: son estas personalidades imaginarias, es decir lo que creemos que somos y lo que queremos ser. Existen distintos tipos de identidades como adscriptiva, territorial, económica, cultural, política, social y nacionales.⁷⁴

Samuel P. Huntington, afamado académico de la Universidad de Harvard y arquetipo del conservadurismo chovinista, escribe en *¿Quiénes Somos? Los Desafíos de la Identidad Nacional Estadounidense* un decálogo de letanías nativitas al señalar que los estadounidenses han definido a lo largo de los siglos la sustancia de su identidad en términos de raza, etnia, ideología y cultura, en grados diversos. “El credo americano”, subraya Huntington, “está ampliamente considerado como el elemento definitorio crucial de la identidad estadounidense. Dicho credo, sin embargo, fue el producto de la cultura angloprotestante característica de los colonos

⁷³ Henry R. Nau, *At Home Abroad. Identity and Power in Foreign Policy*, A Century Foundation Book and Cornell University Press, Ithaca, 2004. 21-23pp.

⁷⁴ Samuel P. Huntington, “One Nations, Out of Many” en *The American Enterprise Magazine*, September 2004. Ver también Enrique Krauze, “Identity Fanaticism. In Defense of Mexican-Americans” en *The New Republic*, June 21, 2005.

fundadores de Estados Unidos en los siglos XVII y XVIII. Los elementos claves de dicha cultura son: la lengua inglesa; el cristianismo; la convicción religiosa; los conceptos ingleses del imperio de la ley, la responsabilidad de los gobernantes y los derechos del individuo, y los valores de los protestantes disidentes (el individualismo, la ética del trabajo y la creencia en que los seres humanos tienen la capacidad y la obligación de crear un paraíso en la tierra –una ciudad sobre una colina”).⁷⁵

A finales del siglo XX, escribe Huntington, “tanto la prominencia como la sustancia de la cultura y del Credo estadounidense se enfrentaron al desafío planteado por una nueva oleada de inmigrantes procedentes de América Latina y Asia, por la popularidad que en los círculos intelectuales y políticos han adquirido las doctrinas del multiculturalismo y la diversidad, por la difusión del español como segunda lengua estadounidense y las tendencias a la *hispanización* de la sociedad estadounidenses. Por tal razón, Estados Unidos debe renovar su compromiso con la cultura, las tradiciones y los valores angloprotestantes a los que todas las razas, etnias y religiones se han adherido durante tres siglos y medio, y que han supuesto la fuente de su libertad, su unidad, su poder, su prosperidad y su liderazgo moral como fuerza de bien en el mundo”.⁷⁶

Luego que, “nosotros los americanos”, escribe el profesor de la Universidad de Harvard con irónica gallardía, “nos enfrentamos a un problema sustantivo de identidad nacional personificado en esa misma expresión. ¿Somos un ‘nosotros’, un pueblo o varios? Si somos un ‘nosotros’, ¿qué nos distingue de los diversos ‘ellos’ que no son ‘nosotros’? ¿La raza, la religión, la etnia, los valores, la cultura, la riqueza, la política o qué? ¿Es Estados Unidos una ‘nación universal’ basada en valores comunes a toda la humanidad e integradora, en principio, de todos los pueblos? ¿O somos una nación occidental y nuestra identidad está definida por nuestra herencia e instituciones europeas? ¿O acaso somos únicos, con una civilización característica propia tal como los proponentes del ‘excepcionalismo americano’ han argumentado a lo largo de la historia? ¿Somos multiculturales, biculturales o uniculturales, un mosaico o un crisol? ¿Tenemos alguna identidad significativa como nación que trasciende nuestras identidades subnacionales étnicas, religiosas y raciales?”⁷⁷

⁷⁵ Samuel P. Huntington, *¿Quiénes Somos? Los Desafíos a la Identidad Nacional Estadounidense*, Paidós Estado y Sociedad, México 2004. 19-20pp.

⁷⁶ *Ibid.* 20-21pp.

⁷⁷ *Ibid.* 32p

Desde el fin de la guerra fría, la identidad nacional de Estados Unidos enfrenta cuatro desafíos desde la óptica de Huntington, a saber: 1) la disolución de la Unión Soviética eliminó una gran y evidente amenaza a la seguridad estadounidense y, por tanto, redujo la notoriedad de la identidad nacional en comparación con las identidades subnacionales, transnacionales, binacionales y de otras nacionalidades; 2) las ideologías del multiculturalismo y la diversidad minaron la legitimidad de los restantes elementos centrales de la identidad estadounidense: tanto su núcleo central como el Credo americano; 3) la gran oleada migratoria iniciada desde la década de los sesenta trajo a Estados Unidos personas procedentes predominantemente de América Latina y Asia, y 4) el español como único idioma que hablan los inmigrantes.⁷⁸

Irving Kristol escribe que “el patriotismo aparece como un amor hacia el pasado de la nación; el nacionalismo surge de la esperanza de su futuro, de su distintiva grandeza. Por ende, el interés nacional de una gran potencia está definido por el sentido del destino nacional”. El patriotismo es esencialmente conservador, es el deseo de defensa de un país; mientras que, el nacionalismo es la devoción por un ideal abstracto con la creencia de la misión nacional hacia la humanidad. En otras palabras, el nacionalismo siempre ha tenido un sentido revolucionario comprometido con una perspectiva mesiánica y de deber en el mundo.⁷⁹

Herman Melville escribe que “nosotros los americanos somos el pueblo peculiar, elegido, el Israel de nuestro tiempo; llevamos el arca de las libertades del mundo. Dios ha predestinado, y la humanidad espera, grandes cosas de nuestra raza; y grandes cosas sentimos en nuestras almas. El resto de las naciones pronto debe estar tras nosotros. Durante largo tiempo hemos sido escépticos con respecto a nosotros, y hemos dudado de si, en verdad, el Mesías político había llegado. Pero ha llegado, en nosotros”.⁸⁰

Por el otro lado, “la tesis americana”, escribe Anatol Lieven, “es el llamado Credo americano y la ideología estadounidense. Es un conjunto de propósitos acerca de los rasgos que presenta Estados Unidos hacia él mismo y hacia el exterior. Americanos de todos los orígenes, clases, religiones, Credos y colores tienen algo en común: un carácter social, un Credo político”. Por tanto, los principios de la tesis americana son racionalistas y universales puesto que, son aplicables a todos los pueblos y sociedades de todos los tiempos. Por consiguiente, señala Lieven, “la tesis americana es, en precepto y realidad, el fundamento del ‘poder blando’

⁷⁸ *Ibid.* 42-43pp.

⁷⁹ Irving Kristol. “The Neoconservative Persuasion” en Irwin Stelzer (coord.), *The Neocon Reader*, Grove Press, New York 2004. 31p.

⁸⁰ Herman Melville tomado de Arthur M Schlesinger, Jr., *Op Cit.* 33p.

estadounidense en el mundo y su papel como agente civilizatorio. Ambos han influido profundamente en la conducta de la política exterior de Estados Unidos”.⁸¹

Del mismo modo, la identidad nacional estadounidense posee actualmente dos características que le proporcionan un carácter excepcional, a saber: a) la pasión absoluta con la que se mantienen los principios del Credo en los sectores más conservadores de la sociedad; y b) el grado en que se están integrado al nacionalismo estadounidense. Por tal razón, los principios del Credo americano son también creadores del mito de la inocencia, la nación ‘sin pecado original’. Schlesinger escribe que esta es una amable expresión retórica, cuando no una perniciosa ilusión. Ninguna nación fundada en la invasión, la conquista y la matanza fue inocente. Ningún pueblo que sistemáticamente esclavizó a los negros y mató a los pieles rojas fue inocente. Ningún Estado creado por una revolución y luego destrozado por la guerra civil fue inocente. La constitución no supuso la inocencia del hombre.⁸²

Por tanto, el nacionalismo estadounidense, señala Lieven, puede ser explicado a través de dos hechos, a saber: a) contrario a los nacionalismos europeos del siglo XX, el estadounidense tiene su origen en sus clases sociales, grupos, e individuos, es decir, tiene raíz interna; y b) tiene un deseo por el retorno a un pasado idealizado, étnicamente y culturalmente puro, estable, religioso, tradicionalista y con un culto al trabajo.⁸³

II.IV LAS DINÁMICAS DE ELECCIÓN Y LOS BALANCES DE LA ESTRATEGIA DE POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

Actualmente, Estados Unidos es el arquetipo no sólo de la sociedad más tradicionalista a causa del creciente conservadurismo, sino también el más progresista de los países desarrollados debido en parte a la herencia liberal del siglo XVI. De tal modo, es la combinación, no la oposición, de estos distintos grupos lo que determina tanto la naturaleza de la identidad nacional como la política exterior de Estados Unidos. Así, dos tendencias han competido por el control de la política exterior: una empírica, la otra dogmática; una que ve las relaciones internacionales en la perspectiva de la historia, la otra en la perspectiva de la ideología.; una que parte de la suposición de que Estados Unidos comparte imperfecciones, debilidades y males

⁸¹ Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford University Press 2004. 5p.

⁸² Arthur M Schlesinger, Jr., *Op Cit.* 28p.

⁸³ Anatol Lieven, *Op Cit.* 70p.

propios de todas las sociedades, la otra que considera a Estados Unidos como el dichoso imperio de la perfecta sabiduría y la dotada virtud.⁸⁴

Bruce W. Jentleson, académico de la Universidad de Duke, desarrolla cuatro tipologías de las dinámicas de elección en la estrategia de política exterior de Estados Unidos. La primera es cuando el poder es el principal objetivo del interés nacional. Esta estrategia se fundamenta en el realismo político, su concepción del sistema internacional es una lucha por el poder, por tanto, sus políticas son de carácter coercitivo. La segunda tipología es cuando la paz es el máximo objetivo del interés nacional. El marco teórico de esta estrategia es el internacionalismo institucional, su concepción del sistema internacional es el orden mundial, por ende, sus políticas tienen un carácter diplomático.⁸⁵

La tercera tipología es la prosperidad como el principal objetivo del interés nacional. Esta estrategia se basa en el liberalismo económico, su concepción del sistema internacional es el capitalismo mundial, por tanto, sus políticas tienen un carácter económico. Finalmente, la tercera tipología es cuando los principios dan forma al interés nacional. Su marco teórico es el idealismo democrático, su concepción del sistema internacional es una democracia global, de modo que, sus políticas tienen un perfil estrictamente político.⁸⁶

Por su parte, Walter Russell Mead escribe que a lo largo de la historia de Estados Unidos han existido cuatro escuelas que, a su vez, expresan enfoques complementarios no sólo de la política internacional, sino también de la política nacional. La política exterior *Hamiltoniana* o nacionalista mantiene y refuerza la alianza entre el gobierno y los grandes corporativos industriales, favorece la estabilidad interna y la acción coercitiva en el exterior, y siempre ha buscado la integración de la economía estadounidense en el mercado global. La política exterior *Jeffersoniana* o aislacionista mantiene que Estados Unidos debe mostrar menor interés en la promoción de la democracia en el sistema internacional, de modo que, debe prestar mayor atención de salvaguardarla al interior del país. Esta política ha sido

⁸⁴ Arthur M Schlesinger, Jr., Op Cit. 70p.

⁸⁵ Bruce W. Jentleson, *American Foreign Policy. The Dynamics of Choice in the 21st Century*, W.W. Norton & Company, New York 2004. 22p. Ver también Peter Trubowitz, *Structure and Choice in Foreign Policy*, Colección de cuadernos de trabajo número 79, Centro de Investigación y Docencia Económica, México 2001. 17pp.

⁸⁶ *Ídem*.

históricamente escéptica de las políticas *Hamiltonianas* que comprometen a los estadounidenses con aliados infames en el exterior que sólo incrementan el riesgo de confrontación armada.⁸⁷

La política exterior *Jacksoniana* o nacionalista populista argumenta que el objetivo más importante en la política exterior y la política interna de Estados Unidos son la seguridad nacional y el bienestar económico de los estadounidenses. Los *Jacksonianos* no consideran que el país deba buscar conflictos, pero cuando otra nación inicia la guerra, ‘no existe sustituto para la victoria’. Finalmente, la política exterior *Wilsoniana* o neoconservadora considera que Estados Unidos tiene no sólo una obligación moral, sino también un interés nacional en promover los valores cívicos democráticos alrededor del mundo, creando una pacífica comunidad internacional que acepta la supremacía estadounidense.⁸⁸

Actualmente, la escuela *Wilsoniana* o neoconservadora está renaciendo. Los principios del protestantismo que dieron forma a esta tradición del internacionalismo progresista estadounidense, han perdido fuerza frente a los dogmas evangelistas y fundamentalistas. Por tanto, las coaliciones de cristianos y judíos conservadores simpatizantes del Partido Republicano han desarrollado una nueva versión de la agenda *Wilsoniana* en la política internacional.

Así las cosas, la actual influencia de la escuela *Wilsoniana* de política exterior se enfoca en tres ideas principales, a saber: a) el vínculo entre la seguridad nacional de Estados Unidos y la determinada persecución de los valores estadounidenses a través de su política exterior; b) la capacidad autónoma de acción y uso de la fuerza estadounidense en un ambiente de creciente y decisiva presencia de los organismos internacionales en el sistema internacional; y c) la expresión en términos no seculares de los principios del protestantismo estadounidense en la política exterior. Por consiguiente, los neoconservadores consideran que los valores de la identidad nacional de Estados Unidos son convincentes, superiores y mundialmente aceptados tanto que, pueden rehacer el mundo.⁸⁹

De este modo, la principal característica del impacto del neoconservadurismo en la política exterior de Estados Unidos en las últimas décadas es la alianza entre la *realpolitik* o política del poder y los valores de la identidad nacional estadounidense. Por consiguiente, este

⁸⁷ Walter Russell Mead, *Special Providence. American Foreign Policy and How It Changed the World*, Routledge, New York 2002. XVIIp. Ver también Walter Russell Mead, “The Jacksonian Tradition” en *The National Interest*, Winter 1999/2000.

⁸⁸ *Ídem*.

⁸⁹ Walter Russell Mead, *Power, Terror...* 89p.

revisiónismo histórico tiene tres consecuencias en la política internacional estadounidense, a saber: a) un creciente activismo e intervencionismo de la política exterior a pesar de tendencias aislacionistas en la sociedad estadounidense; b) una ascendente influencia de grupos religiosos en la elaboración y ejecución de la estrategia de política internacional; y c) un arriesgado manejo discursivo del nacionalismo estadounidense y defensa de la identidad nacional.⁹⁰

Así las cosas, las dinámicas de elección y los equilibrios de la estrategia de política exterior de Estados Unidos oscilan principalmente entre dos percepciones de la política internacional: la realista –el sistema internacional es la lucha por el poder, por tanto, posee capacidades materiales- y la constructivista –el sistema internacional es social y este influye en la formación de las identidades e intereses de los Estados, por ende, las ideas y el poder son las que giran entorno al sistema. Por consiguiente, los ciclos de expansión y contracción de la política exterior responden a las decisiones y los balances de la estrategia de política internacional estadounidense, es decir, si el objetivo del interés nacional es una política *Jacksoniana* (poder), *Jeffersoniana* (paz), *Hamiltoniana* (prosperidad), o *Wilsoniana* (principios).

¿Es posible equilibrar una política exterior entre las dos percepciones del sistema internacional? ¿En realidad es compatible el poder y la identidad nacional en la elaboración y ejecución de la política internacional de Estados Unidos? ¿Puede una estrategia de política exterior manipular y cambiar las identidades nacionales de otros Estados complementariamente a una política de guerra preventiva? La influencia del neoconservadurismo en la administración de George W. Bush nos aporta algunas respuestas a estas interrogantes.

⁹⁰ Ver Charles Krauthammer, “In Defense of Democratic Realism” en *The National Interest*, Fall 2004; Francis Fukuyama “The Neoconservative Moment” en *The National Interest*, Summer 2004; William Kristol y Robert Kagan, “Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy” en *Foreign Affairs*, July/August 1996; Henry R. Nau, “No Enemies on the Right” en *The National Interest*, Winter 2004/2005; y Richard Lowry, “Reaganism v. Neo-Reaganism” en *The National Interest*, Spring 2005; Tod Lindberg “Neoconservatism’s Liberal Legacy” en *Varieties of Conservatism in America*, Hoover Institution Press 2004. 129-157pp.

CAPÍTULO TERCERO

UNIPOLARIDAD Y REALISMO DEMOCRÁTICO: EL IMPACTO DEL NEOCONSERVADURISMO EN LA POLÍTICA EXTERIOR DEL PRESIDENTE GEORGE W. BUSH 2000-2004

El verdadero mal de las sociedades capitalistas liberales no está en ellos sino en el nihilismo predominante. Es un nihilismo de signo opuesto al de Nietzsche: no estamos frente a una negación crítica de los valores establecidos sino frente a su disolución en una indiferencia pasiva. Más que de nihilismo habría que hablar de hedonismo... El panorama espiritual de occidente es desolador: chabacanería, frivolidad, renacimiento de las supersticiones, degradación del erotismo, placer al servicio del comercio y la libertad convertida en la alcahueta de los medios de comunicación. Pero el terrorismo no es una crítica de esta situación: es uno de sus síntomas.¹

III.I UNIPOLARIDAD Y NUEVO SIGLO AMERICANO

“El sistema internacional del siglo XXI”, escribe Henry Kissinger, “quedará señalado por una aparente contradicción: por una parte, fragmentación; por la otra, creciente globalización”.² ¿Con base en qué principios deberá fundamentar Estados Unidos su política exterior en el siglo XXI? ¿Qué percepción del sistema internacional debe tomar en cuenta? ¿Cómo elaborar y articular esta nueva política internacional? En el verano de 1989, Francis Fukuyama escribió un artículo titulado *¿El Fin de la Historia?* en el que argumentó principalmente acerca del notable consenso respecto a la legitimidad de la democracia liberal como sistema de gobierno al vencer ideologías rivales como el fascismo y el comunismo.

Fukuyama escribió que “la democracia liberal podría constituir el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, y la forma final de gobierno, y que como tal marcaría el final de la historia”. No obstante, Fukuyama no sugirió que “la sucesión de acontecimientos habían llegado a su fin, sino ‘la historia’, es decir, la historia entendida como un proceso único, evolutivo y coherente.”³ Así pues, tomando en cuenta los trabajos de Friedrich Hegel, Karl Marx, y Friedrich Nietzsche, Fukuyama argumenta que la evolución de las sociedades no era

¹ Octavio Paz, *Tiempo Nublado*, Ed. Seix Barral, México 2003. 20-21pp.

² Henry Kissinger, *La Diplomacia*, FCE, México 2000. 18p.

³ Francis Fukuyama, *El Fin de la Historia y el Último Hombre*, Plantea, México 2002. 12p.

infinita, sino que acabaría cuando la sociedad hubiese alcanzado una forma de sociedad que satisficiera sus anhelos más profundos y fundamentales.

Hegel postulaba el fin de la historia como el Estado liberal; Marx como la sociedad comunista. Esto no significaba que los procesos históricos se detuvieran, sino que no habría nuevos progresos en el desarrollo de los principios e instituciones subyacentes puesto que, todos los problemas cruciales habían sido resueltos. Por consiguiente, Fukuyama afirma que “un mundo compuesto por democracias liberales ofrecerán menos incentivos para la guerra, puesto que todas la naciones se reconocerían recíprocamente su legitimidad”.

Samuel P. Huntington escribe en su polémico libro *El Choque de Civilizaciones* que la cultura y las identidades nacionales son en su nivel más amplio identidades civilizacionales que están configurando las pautas de la cohesión, desintegración, y conflicto en el mundo de la posguerra fría. Por primera vez en la historia, escribe Huntington, la política global es a la vez multipolar y multicivilizacional. “El equilibrio de poder entre civilizaciones está cambiando: Occidente va perdiendo influencia relativa, las civilizaciones asiáticas están aumentando su fuerza económica, militar y política, el Islam experimenta una explosión demográfica de consecuencias desestabilizadoras para los países musulmanes y sus vecinos.”⁴

Así, desde la perspectiva del profesor de la Universidad de Harvard, está surgiendo un orden mundial basado en la civilización. Por consiguiente, las pretensiones universalistas de Occidente le hacen entrar cada vez más en conflicto con otras civilizaciones, de forma más grave con el Islam y China. En conclusión, Huntington escribe que “la supervivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y acepten su civilización como única y no universal. En este sentido, la política local es la política de la etnicidad; la política global es la política de las civilizaciones. La rivalidad de las superpotencias queda sustituida por el choque de las civilizaciones.”⁵

Así, a lo largo de la década de los noventa, prestigiados escritores e intelectuales neoconservadores elaboraron una serie de doctrinas de política exterior que tuvieron en común tres características, a saber: a) mantener y promover la unipolaridad militar, económica y

⁴ Samuel P. Huntington, *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Internacional*, Paidós, México 1998. 20p. Ver también del mismo autor *¿Quiénes Somos? Los Desafíos a la Identidad Nacional Estadounidense*, Paidós Estado y Sociedad, México 2004, y Emad El-Din Aysha, “Samuel Huntington and the Geopolitics of American Identity: The Function of Foreign Policy in America’s Clash of Civilizations” en *International Studies Perspective*, Vo. 4., Issue 2., may 2003.

⁵ *Ibid.* 22p.

cultural estadounidense; b) incrementar el presupuesto para la defensa nacional; y c) promover los valores democráticos a través del poder suave y el poder militar.

Charles Krauthammer, destacado columnista neoconservador, escribió en el invierno de 1991 un artículo para la revista *Foreign Affairs* titulado *The Unipolar Moment*. Krauthammer argumenta que las características de la posguerra fría son, a saber: a) la unipolaridad de Estados Unidos en el sistema internacional; b) un creciente debate interno sobre el nuevo internacionalismo estadounidense *vis-à-vis* el progresivo aislacionismo en el discurso político nacional; y b) la proliferación de las Armas de Destrucción Masiva (ADM) como una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos.⁶

Por su parte, para 1996 William Kristol y Robert Kagan escribieron que “en política exterior, los conservadores están a la deriva. En síntesis, han existido pocos intentos para desarrollar los principios de un enfoque conservador de la política internacional de Estados Unidos y su papel en el sistema internacional.” Así pues, una política exterior que retome la fuerza y consistencia de pasadas administraciones Republicanas es positiva para los conservadores. “Los presidentes Republicanos más sobresalientes de este siglo, Theodore Roosevelt y Ronald Reagan, inspiraron a los estadounidenses a asumir las responsabilidades del sistema internacional al incrementar el poder y la influencia de Washington en los asuntos internacionales. Ambos celebraron el excepcionalismo estadounidense e hicieron que el país se sintiera orgulloso al liderar el orden internacional. Haciendo un llamado al patriotismo y al honor nacional, los conservadores podrán gobernar este país.”⁷

Actualmente, escriben Kristol y Kagan, existe un peligro presente. “No tiene nombre. No está en ninguno de los adversarios estratégicos. No es el terrorismo internacional ni los “Estados bribones” ni en los conflictos étnicos. De hecho, la ubicua pregunta de la post guerra fría ¿dónde está la amenaza? es errónea. En realidad el peligro presente es sí Estados Unidos reducirá sus responsabilidades -por abstinencia, indiferencia o tacañería- y el orden internacional que construyó y mantuvo se colapse. La amenaza presente es el declive en el poder militar y la confusión acerca de nuestro rol en el mundo. Si esto es negado, es probable

⁶ Charles Krauthammer, “The Unipolar Moment” en *Foreign Affairs*, Winter 1990/1991.

⁷ William Kristol y Robert Kagan, “Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy” en *Foreign Affairs*, Jul/Ago 1996. Condoleezza Rice escribió durante la campaña presidencial del año 2000, que el interés nacional de Estados Unidos tendría cuatro objetivos, a saber: a) asegurar la supremacía militar estadounidense; b) promover el libre mercado; c) renovar las alianzas internacionales; c) concentrar las energías de Estados Unidos en mejorar las relaciones con Rusia y China; y d) enfrentar decisivamente a los Estados bribones que promuevan el terrorismo y deseen desarrollar armas de destrucción masiva. Ver Condoleezza Rice, “Promoting the National Interest” en *Foreign Affairs*, Jan/Feb 2000.

que aparezcan verdaderos peligros que nos amenacen de manera en que lo hizo la Unión Soviética durante las pasadas cuatro décadas.”⁸

Paul Wolfowitz, ex subsecretario de Defensa y actualmente presidente del Banco Mundial, escribe que existen tres lecciones de la guerra fría que servirán para la elaboración de la política exterior post guerra fría, a saber: a) la disuasión militar y nuclear con el establecimiento de zonas de seguridad y alianzas militares como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); b) la creación de coaliciones que demostraron el liderazgo de Estados Unidos; y c) la importancia de los principios morales como fuerza política y característica democrática.⁹

Wolfowitz escribe que Estados Unidos debe aprender de las lecciones del pasado para evitar otras confrontaciones similares a la guerra fría en el futuro e impedir el auge de otras potencias, a razón de: 1) fortalecer el consenso de la democracia liberal y el libre mercado, con el objetivo de crear un *statu quo* atractivo para la mayoría; 2) mantener y fortalecer las alianzas de los Estados democráticos, incluyendo la OTAN y las alianzas bilaterales en todo el mundo; 3) enfrentar con eficacia los “Estados bribones” y los disturbios menores que puedan alterar el orden internacional; y, 4) mantener el liderazgo estadounidense, incluyendo su preeminencia militar. Así entonces, “la administración de los asuntos internacionales de Estados Unidos requerirá visión moral y claridad en los objetivos del interés nacional”.¹⁰

En el mismo sentido, Kagan y Kristol argumentan que “el objetivo de Estados Unidos a inicios de la década de los noventa debe ser la prolongación de este momento que guarda el sistema internacional. Esto significa la preservación y el reforzamiento de la hegemonía estadounidense en el nuevo orden mundial”. Por consiguiente, “la pregunta no es si Estados Unidos deba intervenir en cualquier lugar, sino los medios que utilizará para preservar su hegemonía. De hecho, esta estrategia no sólo requerirá un mayor compromiso estadounidense con sus aliados, sino además tener los medios económicos y militares que alcancen los objetivos estratégicos.”¹¹

⁸ Robert Kagan y William Kristol (edit), *Present Dangers. Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*, Encounter Books, San Francisco, Cal, 2000. 4p.

⁹ Paul Wolfowitz, “Statesmanship in the New Century” en *Present Danger. Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*, Encounter Books, San Francisco, Cal, 2000. 321-323pp. Ver también de Norman Podhoretz, “World War IV: How It Started, What It Means, and Why We Have to Win” en *Commentary*, September. 2004, y “The War Against World War IV” en *Commentary*, February. 2005.

¹⁰ *Ibid.* 333-335pp.

¹¹ Robert Kagan y William Kristol, *Op Cit.* 66p.

Indudablemente, las doctrinas de política exterior y defensa elaboradas por Fukuyama, Huntington, Kagan, Kristol, Krauthammer, Wolfowitz, principalmente, permiten entender el neoconservadurismo de segunda generación anterior al arribo a la administración George W. Bush. Desde esta perspectiva, con el suficiente poder militar, las alianzas estratégicas, y un adecuado sistema de seguridad antimisiles, Estados Unidos podría desarrollar acciones armadas preventivamente contra gobiernos tiránicos. Así pues, la estrategia de cambio de régimen se convirtió en la principal herramienta de política exterior de la post guerra fría. Estados Unidos deberá buscar la transformación, no la coexistencia. Debió llegar el 9/11 para adecuar la estrategia hacia la guerra contra el terrorismo.

III.II GEORGE W. BUSH Y EL 9/11

Como cualquier otro candidato presidencial desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, George W. Bush argumentó que Estados Unidos debía tener un papel activo en los asuntos internacionales. De modo que, Bush rechazó la corriente nacionalista del Partido Republicano y criticó la elaboración y ejecución de una política exterior aislacionista. Por consiguiente, el enfoque de política internacional del presidente Bush ha sido el realismo democrático o neoconservador, el cual descansa en cinco principios.

El primero es que Estados Unidos habita en un mundo peligroso, más cercano al estado de naturaleza de Thomas Hobbes que a la paz perpetua de Immanuel Kant. El segundo principio es que los Estados son los principales actores en el sistema internacional. De este modo, Bush y sus asesores, a diferencia del comercio, difícilmente discutieron el fenómeno de la globalización como un tema de política exterior estadounidense. De hecho nunca existió una estrategia contra el terrorismo hasta después del 9/11. Por consiguiente, la administración asumió que el terrorismo era un problema estatal, y como tal, debía aproximarse desde un enfoque realista característico de la guerra fría.¹²

El tercer principio de política exterior del presidente Bush ha sido la importancia del poder militar como un elemento de reafirmación hegemónica y unipolar. Además, a este punto se agrega la importancia de las alianzas y las coaliciones basadas únicamente en el interés

¹² Ivo H. Daalder and James M. Lindsay, *America Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy*, Brookings Institution Press, Washington, D.C. 2003. 42p. Ver también de los mismos autores "Nasty, Brutish, and Long: America's War on Terrorism" en *Current History*, December 2001.

nacional de Estados Unidos. El cuarto principio descansa en que los acuerdos internacionales y los organismos multilaterales no son ni esenciales ni necesarios. Para tal fin, las coaliciones *ad hoc* y las acciones preventivas e unilaterales forman parte de la nueva estrategia. Finalmente, el enfoque de política internacional de Bush es que Estados Unidos es la única superpotencia en el mundo, y lo demás deben aceptar las nuevas condiciones balance de poder en el nuevo orden internacional.¹³

Así entonces, en la campaña presidencial de 1999 y 2000, buscando evitar los cuestionamientos acerca de su falta de experiencia en política exterior, George W. Bush explicaba que él tenía a su lado un eminente grupo de asesores, incluso, algunos con mayor experiencia que los Demócratas. Muchos de estos asesores habían trabajado en los más altos niveles del gobierno durante la administración de su padre, en los días de la implosión de la Unión Soviética y en la Primera Guerra del Golfo. Todos habían servido en la administración de Reagan, y otros más habían trabajado con Richard Nixon y Gerald Ford.

James Mann escribe en su libro *The Rise of the Vulcans* que el equipo de política exterior del presidente Bush captura la imagen del Dios Romano Vulcano, en el sentido de poder, fortaleza, resistencia y durabilidad. Ellos son: Donald Rumsfeld Secretario de Defensa, trabajó con Richard Cheney en la administración de Nixon; Cheney vicepresidente, fue Secretario de Defensa con George H. W. Bush y nombró a Colin Powell Jefe del Estado Mayor Conjunto; Richard Armitage Subsecretario de Estado, colaboró con Powell en el Pentágono y en Consejo de Seguridad Nacional en el periodo de Reagan; Paul Wolfowitz Subsecretario de Defensa, embajador de Indonesia en la presidencia de Reagan y asesor de Cheney en el Pentágono.¹⁴

Todos tienen una larga historia y comparten una memoria colectiva. Los dos miembros más jóvenes del equipo, el presidente Bush y su Asesora de Seguridad Nacional Condoleezza Rice, también tienen su propio legado. El padre de Bush fue presidente de Estados Unidos, vicepresidente y director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas inglés). Por el otro lado, Rice fue la coordinadora de la política estadounidense hacia la Unión Soviética en la primera administración Bush y protegida de Brent Scowcroft, Asesor de Seguridad Nacional de Bush padre. Así pues, los *Vulcans* son la generación que reúne los dos periodos de la historia moderna más importante de la política internacional estadounidenses: la guerra fría y la posguerra fría.

¹³ *Ibid.* 44-45pp.

¹⁴ James Mann, *The Rise of The Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, Viking Penguin, New York 2004. 57p.

En los primeros ocho meses de la administración Bush, la forma en que se abordó algunos de los temas internacionales más importantes permitió entrever el perfil de la nueva estrategia de política internacional. Ejemplo de ello son: el incremento del presupuesto militar y la creación de un escudo antimisiles; el retiro del Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM por sus siglas en inglés); la revisión de la política hacia Corea del Norte y en conflicto entre Israel y Palestina; el retiro de tropas estadounidenses en la región de los Balcanes; la reforma migratoria estadounidense y la inmigración ilegal mexicana; el mejoramiento de las relaciones con los países vecinos, Canadá y México; la promoción del acuerdo de libre comercio en América; el cambio de régimen en Irak y la democratización de Medio Oriente; el rechazo total al Protocolo de Kyoto y la Corte Penal Internacional; y el impulso hacia una reforma de la Organización de Naciones Unidas.

Por consiguiente, en lugar de revelar nuevas iniciativas globales, la nueva estrategia de política exterior se enfocó en retirar a Estados Unidos de los convenios y tratados existentes. El principal objetivo de la administración Bush fue poner en práctica los nuevos principios del internacionalismo estadounidense, es decir, una política hegemónica y unilateralista. No obstante, los ataques terroristas del 11/09 desvió la estrategia hacia un solo el objetivo: lanzar una ofensiva global contra el terrorismo y derrocar gobiernos tiránicos que promueven la proliferación de ADM y albergan terroristas.¹⁵

El 10 de septiembre de 2001, los vientos políticos en Washington soplaban en contra del presidente George W. Bush. La recesión económica, el escándalo del corporativo Enron, el estancamiento de la reforma educativa y la reducción de impuestos, así como la aprobación del trabajo del presidente en 51%, nublaban el panorama político de Bush. Todo cambió al día siguiente. El 9/11 reafirmó el rechazo del aislacionismo “suave” de la política exterior de Estados Unidos y transformó la percepción que tenía la administración acerca del nuevo orden internacional de la post guerra fría.¹⁶

La misión que el presidente Bush imaginó fue más allá de los intereses nacionales. Fue fundamentalmente una guerra entre el bien y el mal. Bob Woodward escribe que “el enfoque de Bush incluye claramente una ambiciosa reorganización mundial a través de acciones

¹⁵ Ver José Luis Valdés-Ugalde y Diego Valadés (Coord), *Globalidad y Conflicto. Estados Unidos y la Crisis de Septiembre*, 2ª Edición, UNAM-IIJ 2005, 319pp, y Mark Hertsgaard, *La Sombra del Águila*, Paidós, España 2003. 253pp.

¹⁶ Para mayor información sobre los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y las recomendaciones sobre políticas de seguridad y defensa ver The 9/11 Commission Report, *The Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States*, W.W. Norton & Company, New York 2004. 567p

preventivas y unilaterales que disminuyan el sufrimiento y traigan paz. Se hace así evidente que el papel de Bush como político, presidente y comandante en jefe, está regido por una fe religiosa de sus propias conclusiones y opiniones espontáneas. Sus instintos son prácticamente su segunda religión, son la lógica que desean considerarlo un libertador”.¹⁷

La respuesta de Bush al 9/11 fue excepcionalmente ambigua y radical; en particular fue notablemente neoconservadora. Así, después de los ataques terroristas, la política exterior tuvo la máxima prioridad. Sin embargo ¿cuáles serían los objetivos?, ¿cómo debían alcanzarse?, ¿qué seguiría después? Bush y los neoconservadores sostuvieron que el objetivo sería atacar a las redes internacionales de terrorismo, empezando con Osama Bin Laden y Al Qaeda. Por tal razón, el poder militar fue el principal instrumento de la nueva política.

Existen tres teorías acerca del impacto del neoconservadurismo en la política exterior del presidente Bush. La primera es que la administración fue secuestrada por una cábala neoconservadora.¹⁸ La segunda es que los neoconservadores previeron la amenaza del terrorismo y supieron adecuar la estrategia.¹⁹ Empero, la tercer teoría tiene mayor validez: Después del 9/11, el discurso neoconservador atrajo y convenció a la nación conservadora. Por tanto, la política exterior neoconservadora se convirtió en un enfoque conservador de la política internacional post 9/11.

Por su trayectoria al interior del Partido Republicano y formar parte de la nación conservadora, los neoconservadores han tenido una fuerte influencia en think tanks, fundaciones y medios de comunicación. De modo que, a partir del 9/11 la percepción neoconservadora del sistema internacional encontró partidistas no sólo en toda la nación conservadora, sino también en el discurso político nacional. Por tanto, el diagnóstico pesimista del orden internacional requirió de un llamado nacionalista para rescatar, defender y promover la identidad nacional estadounidense frente a la amenaza del terrorismo islámico.

Así pues, Anatol Lieven escribe que “la reacción de los estadounidenses al 9/11 fue una regresión a viejos patrones de conducta y comportamiento. Dentro de estas se encuentra el nacionalismo estadounidense. Este nacionalismo representa dos elementos característicos de la

¹⁷ Bob Woodward, *Bush en Guerra*, Península Atalaya, España 2002. 371p.

¹⁸ Ver Patrick J. Buchanan, *Where the Right Went Wrong. How Neoconservatives Subverted the Reagan Revolution and Hijacked the Bush Presidency*, Thomas Dunne Books, New York 2004. 264pp., y Stefan Halper y Jonathan Clarke, *America Alone. The Neoconservative and the Global Order*, Cambridge University Press 2004. 369pp.

¹⁹ Ver Niall Ferguson, *Colossus. The Price of America's Empire*, The Penguin Press, New York 2004. 384pp., y Charles Kupchan, *The End of the American Era. U.S. Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-Century*, Alfred A. Knopf, New York 2002. 391pp.

identidad estadounidense: el primero son las ideas y los valores representativos de Estados Unidos y el mundo; el segundo son los rasgos nativistas y mesiánicos de la tradición conservadora y liberal del siglo XVII. Por consiguiente, estos aspectos del nacionalismo estadounidense arriesgan no sólo el liderazgo internacional de Washington, sino también el éxito de la guerra contra el terrorismo.”²⁰

El 7 de octubre del 2001, tropas estadounidenses, británicas y de más de veinte países iniciaron la invasión armada a Afganistán y el derrocamiento del régimen Taliban. Las operaciones militares fueron un éxito ya que demostró las enormes capacidades del poder militar estadounidense al derrotar un régimen al otro lado del mundo. La moderna tecnología militar, la tenacidad de las fuerzas especiales, y la experiencia de los servicios de inteligencia, comprobaron ser una combinación invencible. No obstante, el derrocamiento del régimen Taliban no incluyó una estrategia para la posguerra. Por consiguiente, el periodo de pacificación fue un fracaso: Osama Bin Laden, líder de Al Qaeda, y sus subalternos siguieron libres; parte de la reconstrucción nacional quedó en manos de jeques y terratenientes; y aún más importante, la estructura de las células terroristas en el mundo no se desarticuló como el gobierno estadounidense había pensado.²¹

Como resultado de la campaña en Afganistán, surgieron expectativas acerca de los nuevos objetivos de Washington en la guerra contra el terrorismo y si cambiaría de un enfoque militar a uno de reforzamiento y aplicación del derecho internacional. No obstante, el presidente Bush declaró que “nuestra guerra contra el terrorismo inició con Al Qaeda pero no terminará allí. No terminará hasta que cada grupo terroristas sea derrotado.” Así pues, bajo el pretexto de ser un país vinculado con el 9/11 y Al Qaeda, Irak fue el siguiente blanco de la administración.²²

Si bien con el 9/11 Bush obtuvo un inmenso capital político en los asuntos internacionales, en la política interna no fue la excepción. Así, legisladores de ambos partidos se unieron alrededor del presidente sin manifestar oposición en distintos temas como la remoción de sanciones económicas a Pakistán, el retiro de Estados Unidos en diciembre de 2001 del ABM, el otorgamiento de atribuciones a la CIA para desarrollar operaciones

²⁰ Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford University Press 2004, 12p.

²¹ Ver Clyde Prestowitz, *Rogue Nation. American Unilateralism and the Failure of Good Intentions*, Basic Books, New York 2003. 328pp., y Emmanuel Todd, *After the Empire. The Breakdown of the American Order*, Columbia University Press 2002. 233pp.

²² Ron Suskind, *The Price of Loyalty. George W. Bush, The White House, and the Education of Paul O'Neil*, Simon & Schuster, New York 2004. 265-267pp

encubiertas, ni con la aprobación del Acta Patriótica. -legislación que endurece las restricciones federales en la vigilancia electrónica y las libertades políticas de los estadounidenses-, ni con la creación del Departamento de Seguridad Interna.²³

Por el otro lado, la falta de credibilidad del Partido Demócrata impulsó las posiciones políticas del presidente Bush. Así pues, los Demócratas enfrentaron un dilema en criticar las políticas de Bush sin parecer poco patriotas. La mayoría de ellos decidió optar por una posición discreta y de apoyo al presidente. No obstante, la guerra contra el terrorismo fue adquiriendo un sesgo partidista que los Republicanos no desperdiciaron en utilizar contra los Demócratas como ventaja electoral.²⁴

En enero de 2002, en el discurso del Estado de la Unión, el presidente Bush declaró que la amenaza que enfrentaba Estados Unidos se extendía hacia los “Estados bribones” como Irán, Corea del Norte e Irak, que juntos integraban el “Eje del Mal”. Las características de estos Estados eran, desde la perspectiva de la seguridad nacional estadounidense, países que buscaban el desarrollo y el almacenamiento de ADM. Además, era posible que estos países comercializaran las armas con grupos terroristas y de esta forma chantajear a Estados Unidos.²⁵ De tal modo que, el trinomio tiranos-terroristas-ADM fueron las características que el régimen de Saddam Hussein personificó claramente.

En junio de 2002 en la Academia Militar de West Point, el presidente Bush reveló la nueva doctrina de política exterior estadounidense post 9/11, también conocida como la Doctrina Bush. “Estados Unidos”, declaró Bush, “actuará para confrontar amenazas terroristas antes de que emerjan. Los países que apoyen a los terroristas pagarán un precio porque no dejaremos la seguridad de Estados Unidos y la paz del planeta a merced de unos cuantos locos terroristas y tiranos. La guerra contra el terror no se ganará a la defensiva. Debemos llevar la batalla al enemigo, descomponer sus planes y confrontar las peores amenazas antes de que emerjan. En el mundo en que hemos entrado, el único camino a la seguridad es el rumbo de la acción. Y esta nación actuará. Las nuevas amenazas requieren de nuevas formas de pensar”.²⁶

²³ Ver Colin Campbell y Bert A. Rockman (Edit), *The George W. Bush Presidency. Appraisals and Prospects*, CQ Press, Washington D.C. 2004. 361pp.

²⁴ Soeren Kern *¿Quién dirige la Política Exterior Estadounidense?*, Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, 24 de febrero de 2005. Ver también Charles-Philippe David, *La Politique Étrangère de Bush: Formulation et Décision*, Institut Français des Relations Internationales, Février 2005.

²⁵ Francis Fukuyama, “History and September 11” en Ken Booth and Tim Dunne, *World in Collision. Terror and the Future of Global Order*, Palgrave Macmillan, New York 2002. 27-36pp.

²⁶ George W. Bush citado en Arthur M. Schlesinger, Jr., *War and the American Presidency*, W.W. Norton & Company, New York 2004. 160pp. Ver también John W. Dean, *Worse than Watergate. The Secret Presidency of George*

La máxima elaboración de la nueva estrategia de política exterior post 9/11 es la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002. La base de la estrategia se fundamenta en la exportación de la democracia y la apertura económica como base para la estabilidad interna y la apertura internacional, reconfigurando la gran oportunidad histórica para extender por el mundo los beneficios de la libertad, la democracia, el desarrollo y el libre mercado, en todos y cada uno de los rincones del planeta, a través de los embajadores de la libertad: las fuerzas armadas.²⁷

Asimismo, las principales características de la Estrategia de Seguridad Nacional son que Estados Unidos: a) se erigirá como el paladín de los anhelos y la dignidad humana; b) fortalecerá las alianzas para derrotar el terrorismo mundial y actuará para prevenir los futuros ataques; c) colaborará con otros para resolver conflictos regionales; d) impedirá que nuestros enemigos nos con armas de destrucción masiva; e) promoverá una nueva era de crecimiento económico mundial por medio del libre comercio; f) expandirá el círculo del desarrollo la democracia; g) desarrollará programas para una acción cooperativa con otros centros de poder mundial; y h) transformará las instituciones de seguridad nacional en Estados Unidos para enfrentar los retos y las oportunidades del siglo XXI.²⁸

La esencia de la estrategia de la Doctrina Bush es utilizar el extraordinario poder de Estados Unidos para rehacer el mundo a la imagen estadounidense. Para cumplir con el objetivo, es necesario crear y mantener un equilibrio de poder que favorezca la libertad y la dignidad humana. Empero, Estados Unidos se reservará su derecho de actuar unilateralmente, de ser necesario, para ejercer su propio derecho de autodefensa actuando preventivamente. Por consiguiente, es indudable que la estrategia de política exterior es revolucionaria ya que abandona un largo debate entre la disuasión y la contención como instrumentos de política internacional de Washington.²⁹

Así pues, existen cuatro principales elementos a considerar acerca de la eficiencia de la doctrina de la guerra preventiva, a saber: a) ¿porqué hacer pública una política que siempre ha sido una opción en la política exterior estadounidense? La promoción de esta estrategia abre las posibilidades para que otros declaren el mismo derecho; b) ¿qué tan seguros estamos que otros

W. Bush, Little, Brown and Company, New York 2004. 253pp., y James Moore y Wayne Slater, *Bush's Brain. How Karl Rove Made George W. Bush Presidential*, John Wiley & Sons, Inc, New York 2003. 395pp.

²⁷ The White House, *The National Security Strategy of the United States of America*, Washington D.C. September 2002.

²⁸ *Ibid.* 7-8pp

²⁹ Ver Abelardo Rodríguez Sumano, *La Dinastía Bush y el Nuevo Siglo Norteamericano*, Nuevo Siglo Aguilar, México 2003. 279pp.

Estados no utilizan esta política para justificar su interés nacional?; c) ¿qué tan favorecedor es la confusión conceptual entre *Preemption* y *Prevention*? El primero puede ser justificado si la amenaza es inminente. El segundo, en contraste, es cuando el peligro no es real, es decir, tiene el propósito de detener la amenaza antes que crezca; y d) ¿con qué certeza podemos afirmar que una respuesta militar no provoque otra respuesta similar, es decir desencadené una espiral de creciente violencia?³⁰ La intervención armada en Irak nos proporciona algunas respuestas a estas interrogantes.

Por tanto, la asimilación de la Doctrina Bush y los principios neoconservadores de política exterior hicieron eco de dos polémicos temas de la nación conservadora, a saber: a) la afirmación hegemónica estadounidense después del fracaso de Vietnam; y b) el perenne rechazo a los organismos multilaterales como la ONU. Además, estos temas convergieron con otros dos principios históricamente característicos de la nación conservadora: 1) defender la integridad territorial frente amenazas externas, y 2) enfrentar exitosamente la batalla entre el bien y el mal.³¹

Irving Kristol escribe que “el neoconservadurismo no es un movimiento conspirador; es una persuasión. Su objetivo ha sido convertir no sólo al Partido Republicano, sino también al conservadurismo estadounidense en una nueva doctrina política apta para gobernar una democracia moderna. Así, el neoconservadurismo no es conjunto de creencias acerca de política exterior; es un cúmulo de actitudes producto de la experiencia histórica. Estas tesis se resumen en: patriotismo, sospecha de un gobierno mundial encabezado por organismos internacional, y la clara distinción entre amigos y enemigos. Como resultado de esto, el neoconservadurismo empieza a disfrutar una segunda vida, aún y cuando los obituarios continúan publicándose.”³²

Krauthammer señala que “después del 9/11 un conjunto de doctrinas aparecieron. Primero fue el ultimátum de ‘estás con nosotros o en nuestra contra’ a Estados que patrocinaban o albergaban terroristas. Luego, la advertencia de lanzar ataques preventivos contra Estados enemigos que desarrollaran armas de destrucción masiva. Ahora es el cambio de régimen. Las tres juntas definen el nuevo unilateralismo estadounidense en la era de

³⁰ Anne-Marie Slaughter, *A New World Order*, Princeton University Press 2004. 262-265pp.

³¹ John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The Right Nation. Conservative Power in America*, The Penguin Press, New York 2004. 214pp.

³² Irving Kristol, “The Neoconservative Persuasion” en Irwin Stelzer (edit), *The Neocon Reader*, Grove Press, New York 2004. 36-37pp.

unipolaridad. Este nuevo unilateralismo define su interés nacional con base en la búsqueda de bienes globales, particularmente la promoción de la democracia y la preservación de la paz a través del balance de poder. Aislacionismo no; prudencia sí. El futuro de la era unipolar dependerá si Estados Unidos desea utilizar su poder no sólo para avanzar en sus intereses, sino también en los bienes globales”³³

Así las cosas, a partir del 9/11 el presidente Bush impulsó la creación de un nuevo y poderoso grupo de elite de política exterior dentro del *establishment*, de modo que, la doctrina neoconservadora actualmente proporciona una de las guías más plausibles sobre la política internacional de Washington. Así, el trinomio intervencionismo-unilateralismo-mesianismo forman parte del discurso político nacional post 9/11. Además, la compatibilidad de los neoconservadores y la nación conservadora se fundamenta en la traducción del lenguaje de los valores de la identidad nacional a teoría de política exterior. Así, en una época de creciente conservadurismo, la influencia de los neoconservadores reside en “facilitar” la transformación del Estados Unidos del periodo del fin de la guerra fría al Estados Unidos del derrumbe de las torres gemelas.³⁴

Empero, ¿qué efectos tendrá la experiencia de la intervención armada en Irak para la política exterior de Estados Unidos, no sólo en la alianza entre los neoconservadores y la nación conservadora, sino también en la vigencia de la Doctrina Bush como estrategia viable de política internacional estadounidense?

III.III LA INTERVENCIÓN ARMADA EN IRAK Y LA CRECIENTE AMENAZA DEL TERRORISMO ISLÁMICO

El mundo es un lugar más inseguro. Richard A. Clarke, ex jefe de contraterrorismo en la Casa Blanca, escribe que “lejos de dirigir los esfuerzos a disminuir la tracción popular del enemigo que nos atacó, Bush le proporcionó a ese enemigo precisamente lo que necesitaba y deseaba: pruebas de que Estados Unidos estaba en guerra con el Islam, y de que éramos los nuevos Cruzados que iban a ocupar las tierras musulmanas. Ninguna otra cosa que hiciera Estados Unidos proporcionar a Al Qaeda y a su nueva generación de grupos clónicos un reclamo de

³³ Ver Charles Krauthammer, “The Unipolar Moment Revisited” en *The National Interest*, Winter 2002/03

³⁴ Immanuel Wallerstein, “Mr. Bush’s War on Terrorism: How certain is the Outcome?” en Ken Booth and Tim Dunne, *Op Cit.* 95-110pp.

reclutamiento mejor que nuestra invasión, no provocada, a un país árabe rico en petróleo. Era como si Osama Bin Laden se hubiera dedicado controlar a distancia la mente de George Bush, repitiendo la consigna ‘invade Irak, tienes que invadir Irak’.”³⁵

Asimismo, Clarke relata que “en la ronda de reuniones después del 9/11 para analizar cuáles serán los próximos ataques, cuáles eran nuestros puntos débiles y qué podríamos hacer al respecto a corto plazo, me encontré con una sucesión de discusiones sobre Irak. Me cuenta que Rumsfeld y Wolfowitz iban a tratar de aprovechar esta tragedia nacional para sacar adelante sus planes sobre Irak... El presidente nos reunió a unos cuantos. Mira -nos dijo- quiero que vuelvas a repasarlo todo, absolutamente todo, cuanto antes. Averigua si Saddam Hussein ha hecho esto, o si está relacionado de alguna manera... Una vez más me quede sin habla, atónito. Pero señor presidente, ha sido Al Qaeda. Lo sé, lo sé, pero... averigua si Saddam está implicado. Inténtalo. Quiero saber el más mínimo detalle”.³⁶

Por su parte, Bob Woodward, prestigiado reportero y editor del *Washington Post*, escribe que “el proceso de toma de decisiones que llevó la guerra de Irak -que se concentró en dieciséis meses, de noviembre de 2001 a marzo de 2003- es probablemente el mejor prisma para entender quién es George W. Bush, cómo actúa y cuáles son los temas que le preocupan. Así, el presidente siguió dos direcciones políticas muy distintas. Estaba planificando la guerra y a la vez realizaba gestiones diplomáticas encaminadas a evitarla.”³⁷

El objetivo del cambio de régimen en Irak fue ampliamente aceptado al interior de la administración, no obstante que, existieron significativas diferencias acerca de cómo alcanzar el objetivo. La personificación de estos debates lo encabezó, por un lado, Cheney y Rumsfeld, y por el otro, Powell. Los primeros consideraron que la tecnología armamentista estadounidense y las nuevas estrategias de combate militar, eran suficientes para derrocar al régimen con una victoria sencilla y con pocas tropas. Powell creía que, apoyados por una coalición internacional y con la amenaza de utilizar la fuerza, Hussein entregaría las armas, disminuiría el peligro a la seguridad estadounidense y facilitaría el derrocamiento del régimen a través de los iraquíes.

¿Qué rol debía tener la ONU?, ¿debía reiniciarse las inspecciones de ADM?, ¿quiénes eran los aliados que podrían contribuir?, ¿cuáles eran las opciones militares para remover a

³⁵ Richard A Clarke, *Contra Todos los Enemigos*, Taurus, México 2004. 306p. Ver también Slavoj Zizek, “Las Falsas Promesas de Irak” en *Foreign Policy en Español*, febrero/marzo 2004, y James Fallows, “Bush’s Lost Year” en *The Atlantic Monthly*, October 2004.

³⁶ *Ibid.* 52-53pp.

³⁷ Bob Woodward, *Plan de Ataque. Cómo se Decidió Invadir Irak*, Plantea, Colombia 2004. 15-17p.

Hussein?, ¿qué pasaría después del derrocamiento del régimen?, ¿el Congreso debía aprobar el uso de la fuerza? Con el debate público sobre las opciones, Bush decidió tomar la propuesta de Powell para cumplir con la obsesión de Cheney: recurrir al consejo de seguridad y reunir mayor respaldo internacional para la invasión armada.³⁸

El impasse diplomático acercó más las posiciones unilateralistas de la nación conservadora. Si bien Estados Unidos recurrió a la ONU para asegurar un mayor respaldo internacional, el resultado fue un gran fracaso para la diplomacia estadounidense. Por consiguiente, el aislacionismo de Estados Unidos en la ONU tuvo severas consecuencias para el proceso de reconstrucción nacional. De modo que, las responsabilidades de la posguerra fueron asumidas por Washington, quien demostró estar excepcionalmente indispuerto. ¿Qué fue lo que falló? La administración Bush repitió el mismo fracaso de la planificación en Afganistán, es decir, asumió que la fase militar era independiente del periodo de la posguerra.³⁹

El fracaso de la posguerra en Irak produjo diversas discusiones acerca la efectividad de la Doctrina Bush y la fidelidad de los sistemas de inteligencia. Los neoconservadores pudieron convencer a amplios sectores de la sociedad estadounidense sobre el peligro que representaba Hussein y lo que su derrocamiento significaría para Estados Unidos y el mundo. Empero, con la creciente violencia en Irak, el principal culpable de la estrategia fueron los neoconservadores. Por tanto, el dilema estadounidense en Irak se resume en dos opciones: enviar más tropas estadounidenses, conseguir más apoyo de los aliados, y promover programas de infraestructura, o mantener una postura más pasiva, retirar sus tropas, y enfrentar el desprestigio de la intervención armada.⁴⁰

La historia juzgará la revolución de la política exterior de Bush. Sin embargo, después de cuatro años de los ataques terroristas en New York y Washington, la pregunta más sensata que podemos hacer es si la estrategia de política internacional post 9/11 ha mejorado la seguridad, la prosperidad y la libertad no sólo de Estados Unidos, sino del mundo. El problema central de la Doctrina Bush es que la seguridad nacional estadounidense descansa en una política de dominación y superioridad, es decir, en una era unipolaridad infinita. Lejos de

³⁸ Hans Blix, *Disarming Iraq*, Pantheon Books, New York 2004. 15-17pp. Ver también James Bamford, *A Pretext for War. 9/11, Iraq, and the Abuse of America's Intelligence Agencies*, Doubleday, New York 2004. 420pp.

³⁹ Ivo H. Daalder and James M. Lindsay, *Op Cit.* 184p.

⁴⁰ Ver Michael Ignatieff, *El Nuevo Imperio Americano*, Paidós, España 2003. 120pp, y Mario Vargas Llosa, *Diario en Irak*, Aguilar, México 2003. 171pp.

demostrar el triunfo del nuevo unilateralismo, el presidente Bush ha demostrado la importancia de basar la política internacional en una mezcla de poder suave con poder duro.⁴¹

Jessica Stern, la principal experta sobre terrorismo en Estados Unidos, narra en su magnífico libro *Terror in the Name of God* las principales causas que llevan a los militantes religiosos -cristianos, judíos y musulmanes- cometer actos terroristas. Stern escribe “¿cómo es posible que estas personas que profesan fuertes valores morales pueden hacer cosas tan infames?, ¿existe algún componente inherentemente peligroso en las religiones?, ¿cómo es posible que la misma fe en Dios que ha inspirado al mundo, también impulse tales crímenes?, ¿por qué, cuándo ellos leen los textos religiosos, encuentran justificaciones para matar inocentes, mientras que otros encuentran inspiración para la caridad?”⁴²

“El objetivo del terrorismo religioso”, escribe Stern, “es purificar el mundo de las fuerzas que lo corrompen. Algunas definiciones de terrorismo se enfocan en el perpetrador, otras en el propósito, mientras que otras en las técnicas. Pero sólo existen dos características que son críticas para distinguir los distintos tipos de violencia. El primero es el terrorismo dirigido a los no-combatientes. Esta característica lo distingue de algunas formas de combate bélico. Segundo, los terroristas utilizan la violencia por objetivos políticos: provocando miedo entre la audiencia es igual de importante que herirlos físicamente. Este acto deliberado de terror es lo que lo distingue de otras formas de violencia como asesinatos o crímenes.”⁴³

Así pues, Stern define terrorismo como el acto o la amenaza de la violencia en contra de no-combatientes, y tiene el objetivo de provocar intimidación, venganza, o cualquier otra forma de influencia sobre la sociedad. En este sentido, “los terroristas religiosos buscan destruir las ambigüedades morales. No obstante, debemos ser precavidos de no sucumbir en la perspectiva dualista donde el perpetrador es una manifestación del mal, sino que es un afligido ser humano rodeado de aspiraciones inalcanzables, negaciones y desesperación.” Así entonces, desde la perspectiva de Stern, el terrorismo religioso es más que una amenaza a la seguridad nacional; es una batalla psicológica y espiritual el cuál no podrá vencerse al menos que se entiendan sus agravios y sus aspiraciones.⁴⁴

⁴¹ Ver Joseph S. Nye, *Soft Power. The means to success in world politic*, Public Affairs, New York 2004. 191pp., y John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, “An Unnecessary War” en *Foreign Policy*, January/February 2003.

⁴² Jessica Stern, *Terror in the Name of God. Why Religious Militants Kill*, Harper Collins Publishers, New York 2003. 18p.

⁴³ *Ibid.* 24p.

⁴⁴ *Ibid.* 27p.

Los líderes terroristas explotan los sentimientos de marginación y humillación, los cambios demográficos, la historia y las disputas territoriales para crear guerreros santos. ¿Por qué la gente responde a estos agravios uniéndose y permaneciendo a estos grupos? Los beneficios que ellos reciben son espirituales, emocionales y materiales. Así, el terrorismo representa un problema de acción colectiva, en el sentido que los costos y los beneficios los absorberá toda la comunidad “para ganar autoridad en la tierra, un lugar en el cielo, por la obligación de la jihad”.⁴⁵

Por consiguiente, “diversión y ganancia, status, glamour, poder, prestigio, amistad y dinero, proporcionan incentivos poderosos para participar en grupos terroristas. Empero, en el caso de los atacantes suicidas del 9/11, el martirio, el supremo acto de heroísmo e idolatría, proporciona el último escape para recompensas espirituales. Así pues, el terrorismo se convierte en una carrera y en una pasión. Lo que inicia con fervor religioso termina en una sofisticada organización. El agravio termina en avaricia política, económica o narcisista.

Los grupos terroristas como Al Qaeda tienen características similares a una franquicia internacional. La dirección general proporciona la misión, el dinero y el adoctrinamiento ideológico -al menos hasta antes del 9/11. Ya instalada la célula terrorista, se inicia el proceso de reclutamiento de personal calificado y no calificado. En algunas ocasiones los envían al extranjero -Afganistán o Pakistán- donde aprenden prácticas de guerrilla urbana y adiestramiento militar. Así, se va generando una extensa red por todo el mundo. Con el tiempo, las células van adquiriendo mayor independencia y coordinación tanto en la misión como en la optimización de recursos. Como resultado, las organizaciones híbridas como Al Qaeda incluyen una nomenclatura muy heterogénea y difícil de rastrear, con autonomía para definir las misiones y los objetivos. Lo único que los une es la inspiración ideológica.⁴⁶

John L. Esposito, uno de los especialistas más prestigiados sobre Islam en Estados Unidos, señala que a partir del 9/11 los estadounidenses empezaron a hacer preguntas como ¿por qué nos odian?, ¿por qué el Islam es más militante que otras religiones?, ¿qué dice el Corán sobre la yihad y la guerra santa?, ¿el Corán aprueba este tipo de violencia y terrorismo?, ¿existe un choque de civilizaciones entre Occidente y el mundo musulmán? “Bin Laden y otros terroristas”, escribe Esposito, “recurren a la autoridad del pasado (Mahoma, el Corán y la

⁴⁵ *Ibid.* 82p.

⁴⁶ Ver Richard W. Mansbach and Edgard Rhodes, *Global Politics in a Changing World. A Reader*, Houghton Mifflin Company, New York 2003. 509pp., y Maria Cristina Rosas (Coord), *Cuando el Destino nos Alcance... Terrorismo, Democracia y Seguridad*, UNAM-Australian National University-Editorial Quimera, México 2002. 280pp.

historia islámica) para legitimar su guerra y el terrorismo. Entonces, ¿han secuestrado al Islam para sus propios fines no santos, o afirman la verdadera doctrina de la religión?”⁴⁷

Osama Bin Laden y Al Qaeda han impulsado una guerra profana en nombre del Islam. Ellos representan un punto de inflexión en el radicalismo islámico contemporáneo. Declaran la yihad no sólo contra los gobiernos musulmanes, sino también convierte a Estados Unidos y Occidente su principal blanco en la nueva yihad internacional. Por tanto, señala Esposito, “en medio de las presiones para ganar la guerra contra el terrorismo, la forma en que entendamos el Islam y el mundo musulmán afectará la manera en que abordemos las causas del terrorismo y del antiamericanismo en Medio Oriente”⁴⁸

Por el otro lado Bernard Lewis, prestigiado orientalista, escribe que “la revolución en Irán, las ambiciones de Saddam Hussein, y el consiguiente agravamiento de todos los problemas de la región, especialmente el conflicto entre Palestina e Israel, han otorgado dimensiones políticas y militares a la intervención extranjera y han prestado cierta credibilidad a las denuncias de ‘imperialismo’. Los cientos de miles de tradiciones y dichos atribuidos al Profeta e interpretados de formas muy dispares ofrecen un marco de orientación muy amplio, del que la interpretación militante y violenta de la religión es una de ellas.”⁴⁹

Por consiguiente, “un número considerable de musulmanes”, escribe Lewis, “están dispuestos a aprobar, y algunos de ellos a aplicar, esta interpretación de su religión. El terrorismo requiere de sólo unos pocos. Obviamente, Occidente debe defenderse con medio eficaces. Pero a la hora de concebir los medio con los que se combatirá a los terroristas, probablemente sería útil comprender las fuerzas que lo impulsan.”⁵⁰

John Gray, académico de la London School of Economics and Political Science, argumenta que los atacantes suicidas del 9/11 destruyeron el mito dominante de Occidente. “Las sociedades occidentales”, escribe Gray, “se rigen por la creencia de que la modernidad es una condición única, algo que es en todas partes igual y siempre benigno. Ser moderno significa realizar nuestros valores: los valores de la Ilustración, tal como nos gusta concebirlos:

⁴⁷ John L. Esposito, *Guerras Profanas. Terror en Nombre del Islam*, Paidós, España 2002. 12p.

⁴⁸ *Ibid.* 13p.

⁴⁹ Bernard Lewis, *La Crisis del Islam. Guerra Santa y Terrorismo*, Ediciones B, España 2003. 23-24pp. Ver también del mismo autor “The Roots of Muslim Rage” en *The Atlantic Monthly*, September 1990.

⁵⁰ *Ibid.* 24p.

No hay un estereotipo que resulte más pasmoso que el que describe a Al Qaeda como un retroceso a los tiempos medievales. Es un subproducto de la globalización.”⁵¹

Por tanto, los precursores de Al Qaeda son los anarquistas revolucionarios de la Europa de finales del siglo XIX “El Islam radical es moderno. Pese a que pretende ser antioccidental, recibe su forma tanto de la ideología occidental como de las tradiciones islámicas. Al igual que los marxistas y los neoliberales, los islamistas radicales consideran a la historia como el prelude para un mundo nuevo. Todos están convencidos de que pueden reorganizar la condición humana. Si existe un único mito moderno, es éste.”⁵²

Sobre el mismo tema, el Maestro Octavio Paz escribe en *Tiempo Nublado* que “las resurrección de las tradiciones nacionales y religiosas no es sino una manifestación más de lo que hay que llamar la venganza histórica de los particularismos... Los norteamericanos y los europeos tienen que aprender a oír el otro lenguaje, el lenguaje enterrado. El lenguaje de Jomeini es arcaico y, al mismo tiempo, es profundamente moderno: es el lenguaje de la resurrección. El aprendizaje de ese lenguaje significa redescubrir aquella sabiduría que han olvidado las democracias modernas pero que los griegos nunca olvidaron sino cuando, cansados, se olvidaron de sí mismos: la dimensión trágica del hombre.”⁵³

Michael Scheuer, ex analista de la CIA y autor de *Imperial Hubris*, expone seis conclusiones porque Estados Unidos está perdiendo la guerra contra el terrorismo, a saber: 1) la guerra contra el terrorismo es una lucha contra una insurgencia islámica, por tanto, los medios para afrentarle han sido equivocados; 2) la única herramienta de esta guerra ha sido el poder militar, de modo que, no existe una estrategia de diplomacia pública de corrección política; Osama Bin Laden fundamenta sus yihad internacional contra Estados Unidos no por las libertades o la democracia que representa, sino por la políticas estadounidenses en Medio Oriente; 4) el antiamericanismo es una política que Bin Laden ha estado explotando al interior del mundo árabe para radicalizar y justificar el terrorismo; 5) la dependencia energética de Estados Unidos en Medio Oriente requiere el desarrollado de fuentes de energía alternativas; y

⁵¹ John Gray, *Al Qaeda y lo que Significa Ser Moderno*, Paidós, España 2004. 13p. Ver también Walter Laqueur, *Una Historia del Terrorismo*, Paidós, España 2003. 351pp; Fernando Reinares, *Terrorismo Global*, Taurus, España 2003. 180pp; André Glucksmann, *Dostoiévski en Manhattan*, Taurus, España 2002. 260pp; y Paul Berman, *Terror and Liberalism*, W.W. Norton & Company, New York 2003. 214pp.

⁵² *Ibid.* 16p.

⁵³ Octavio Paz, *Op Cit*, 94-95p.

6) esta guerra no será ni rápida ni terminara pronto, de hecho, es posible que se combata en territorio estadounidense.⁵⁴

Así las cosas, la guerra en Irak ha comprobado ser una costosa guerra de elección, no de necesidad, la cual ha provocado un intenso debate en Estados Unidos y el mundo acerca de la política exterior estadounidense y su papel en el sistema internacional. De hecho, es indiscutible que desde la guerra de Vietnam la política internacional de Washington no había sido tan controvertida e impopular. No obstante, el equilibrio de poder entre las grandes potencias -Estados Unidos, Europa, China, Rusia, Japón e India- se ha mantenido lejos de las guerras geopolítica del siglo XIX y XX. La probabilidad de conflicto armado entre ellas es absolutamente irreal e impensable⁵⁵.

Indudablemente, la tradición del internacionalismo idealista *wilsoniano* y la tradición realista nacionalista en la política exterior de Estados Unidos del presidente George W. Bush, comprueban la resurrección radical de la identidad nacional estadounidense en el sistema internacional post 9/11. Pero, ¿cuáles han sido los efectos del realismo democrático en la estrategia de política internacional de Estados Unidos?

III.IV REALISMO DEMOCRÁTICO Y UNIPOLARIDAD EN LA ESTRATEGIA DE POLÍTICA EXTERIOR POST 9/11

La teoría del realismo democrático sostiene que a partir de la implosión de la Unión Soviética, Estados Unidos y el sistema internacional entró en una era de unipolaridad, es decir, en donde una sola potencia mantiene la supremacía en el orden internacional. Por tanto, el reto para Estados Unidos es si podrá mantener y extender esta era de unipolaridad a través de una estrategia de política exterior que rescate la tradición idealista y la tradición realista. es decir, una política constructivista donde las ideas y el poder tienen igualdad de importancia.⁵⁶

Charles Krauthammer elabora la teoría del realismo democrático a partir de la descripción de las cuatro escuelas de política exterior, a saber: a) la escuela aislacionista; b) la

⁵⁴ Anonymous (Michael Scheuer), *Imperial Hubris. Why the West is Losing the War on Terror*, Brassey's, Inc, Washington D.C. 9-11pp. Ver también Stephen M. Walt, "Beyond bin Laden. Reshaping U.S. Foreign Policy" en *International Security*, Vol. 26, No. 3, Winter 2001/2002.

⁵⁵ Cfr. Michael T. Klare, *Guerras por los Recursos. El Futuro Escenario del Conflicto Global*, Urbano Tendencias, España 2003. 345pp., y Thomas P. M. Barnett, *The Pentagon's New Map. War and Peace in the Twenty-first Century*, G.P. Putnam's Sons, New York 2004. 435pp.

⁵⁶ Ver Alexander Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press 1999. 429pp.

escuela del liberalismo internacional, la cual descansa en tres principios: legalismo, multilateralismo y humanitarismo, c) la escuela del realismo político, la cual enfatiza su primacía del poder en el sistema internacional. No obstante, el realismo no ofrece otra visión más que la perspectiva de la lucha por el poder en el orden internacional, por tanto, una estrategia de política exterior fundamentada en esta escuela tenderá hacia fracaso; y d) la escuela neoconservadora o del realismo democrático, la cual descansa en la promoción de la libertad y la democracia.⁵⁷

El realismo democrático es el perfeccionamiento de la teoría realista ya que entiende la utilidad de la promoción estratégica de la democracia como un medio para alcanzar la seguridad internacional. Asimismo, el realismo democrático también afina algunas características de la teoría del internacionalismo liberal al promover la democracia no sólo a través de elecciones, sino también con las particularidades de un gobierno limitado, con protección a las minorías, respeto de los derechos humanos y al estado de derecho, y mantener una economía de libre mercado. Por consiguiente, el realismo democrático descansa en principios morales y geopolíticos.

El desarrollo del realismo democrático tiene sus orígenes con el “nuevo unilateralismo” de la política exterior de Estados Unidos, es decir, a partir de las estrategias post 9/11 de ataques preventivos, coaliciones *ad hoc* y cambios de régimen. El principal error de esta teoría es que descansa en una percepción de un sistema internacional unipolar. En este sentido, la teoría es demasiado ambiciosa y ambigua. Sobrestima las capacidades del poder duro estadounidense. Por ejemplo, los principios realistas de esta teoría se representan claramente en la invasión armada a Irak; su idealismo se refleja en el objetivo de democratizar la región de Medio Oriente.⁵⁸

Igualmente, el principal dilema de la teoría del realismo democrático y la unipolaridad estadounidense en el sistema internacional reside en el debate entre legalidad y legitimidad internacional. Legalidad es un concepto jurídico que refleja si el Estado actúa de acuerdo al derecho internacional. Legitimidad es un concepto más amplio, más subjetivo y, por consiguiente, adquiere mayor relevancia a partir del contexto, la intención, y los objetivos. Por ejemplo, la intervención armada en Kosovo al final de la década de los noventa fue una acción

⁵⁷ Charles Krauthammer, “In Defense of Democratic Realism” en *The National Interest*, Fall 2004. 15-16pp. Ver también Stephen Sestanovich, “American Maximalism” en *The National Interest*, Spring 2005, y Robert Cooper, “Imperial Liberalism” en *The National Interest*, Spring 2005.

⁵⁸ Ver Francis Fukuyama, “The Neoconservative Moment” en *The National Interest*, Summer 2004.

ilegal -no fue aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU- pero tuvo una considerable legitimidad internacional. En el caso de Irak, la intervención fue ilegal puesto que si bien fue una acción deliberada a partir del incumplimiento de las resoluciones por parte de Irak, el Consejo de Seguridad tampoco aprobó la acción armada. A la par, la intervención no tuvo legitimidad internacional.⁵⁹

Así pues, en el caso de la invasión armada a Irak, la legalidad internacional se circunscribe a la Carta de Naciones Unidas, mientras que la legitimidad internacional al apoyo de los aliados, principalmente los europeos. Por consiguiente, las divisiones entre Estados Unidos y Europa se reducen en las opuestas percepciones que cada uno tiene sobre el sistema internacional. Las consecuencias han sido claras, desde el apoyo para la reconstrucción en Irak, la reforma de organismos internacionales como la ONU, y hasta la falta de acuerdo sobre temas sobre el uso de la fuerza, comercio y medio ambiente. Por tanto, la guerra en Irak ejemplifica la primera gran crisis de la teoría de la unipolaridad estadounidense.

John Lewis Gaddis, catedrático de la Universidad de Yale, menciona que si bien la seguridad nacional ha sido un elemento de la identidad nacional estadounidense, el 9/11 fue también una crisis de la identidad nacional. “La seguridad de Estados Unidos”, escribe Gaddis, “viene con la ampliación -en lugar de la contracción- de sus esferas de responsabilidades. El hombre que divisó la actual estrategia de política exterior fue John Quincy Adams, quien trabajó los métodos de la seguridad vía la expansión. Así, la aparente reversión de la administración Bush a una hegemonía basada en el unilateralismo y el *preemption* más que en el multilateralismo es una visión del siglo XIX –de ahí sus dificultades para adaptarse.”⁶⁰

Por su parte, Zbigniew Brzezinski escribe que “en la historia de Estados Unidos, la mayoría ha visto al país como una nación soberana al considerar la seguridad como la norma y la inseguridad como la aberración. Desde ahora será a la inversa. En la era de la globalización, la inseguridad será la realidad y la principal preocupación. Por consiguiente, decidir qué tanta inseguridad es tolerable será el tema central de la política exterior de seguridad y defensa estadounidense, así como su papel como hegemón y sus efectos en la sociedad estadounidense. Así pues, los dilemas de la seguridad en los inicios del siglo XXI son aquellos cualitativamente

⁵⁹ Robert Kagan, “La Crisis de Legitimidad de Estados Unidos” en *Foreign Affairs en Español*, Abril/Junio 2004. 67-69pp. Ver también del mismo autor *Poder y Debilidad. Europa y Estados Unidos en el Nuevo Orden Mundial*, Taurus, España 2003. 165pp.

⁶⁰ John Lewis Gaddis, *Surprise, Security and the American Experience*, Harvard University Press 2004. 15p. Ver también del mismo autor “After Containment. The Legacy of George Kennan in the Age of Terrorism” en *The New Republic*, abril 25 2005.

diferentes de aquellos en el siglo XX. El link tradicional entre la soberanía nacional y la seguridad nacional ha sido roto.”⁶¹

De este modo, Brzezinski escribe que “los dilemas inherentes a la nueva inseguridad sugieren que Estados Unidos está en la cúspide de su quinto histórico debate de la defensa nacional, a saber: 1776-1812, 1914-1945, 1951-1989, 1989-2001. El quinto debate (2001-?) es ciertamente prolongado y divisivo. En esencia cuestiona qué tan lejos Estados Unidos debe maximizar su propia seguridad, a qué costos financieros y políticos, y con qué riesgos en las relaciones estratégicas con los aliados.”⁶²

En definitiva, Brzezinski señala que la práctica de un liderazgo astuto en los asuntos internacionales requiere: a) una política racional y balanceada de seguridad y defensa sin explotar un sentido de paranoia e inseguridad nacional; b) un paciente y activo esfuerzo para pacificar los conflictos en las regiones más volátiles del mundo; c) un continuo esfuerzo para comprometerse con los países miembros del mundo democrático en el marco de una alianza estratégica que contenga y elimine las más probables fuentes de peligro; d) el reconocimiento de la globalización no sólo como una oportunidad para celebrar acuerdos económicos, sino también como un fenómeno que tiene profundas dimensiones morales; y e) una cultura política nacional consciente de las complejas responsabilidades inherentes de la interdependencia global.⁶³

Richard N. Haass, presidente del *Council on Foreign Relations*, intenta elaborar una política sucesora de la contención de George F. Kennan. Haass escribe que la urgencia de una política exterior post 9/11 debe basarse en el concepto de la Integración en tres dimensiones: 1) fomentar una relación de cooperación entre las grandes potencias construida sobre el compromiso de la defensa y promoción de principios comunes; 2) traducir este compromiso en acuerdos y acciones efectivas; y, 3) incorporar a esta estrategia otros países y organizaciones internacionales en el marco de oportunidades económicas, seguridad y libertad política. “El objetivo”, escribe Haass, “es crear un mundo más integrado en el sentido de “incorporar” otros gobiernos, organizaciones y sociedades posibles, y en el sentido de ‘cooperar’ con la comunidad internacional”.⁶⁴

⁶¹ Zbigniew Brzezinski, *The Choice, Global Domination or Global Leadership*, Basic Books 2004. 12p. Ver también del mismo autor *El Gran Tablero Mundial. La Supremacía Estadounidense y sus Imperativos Geoestratégicos*, Paidós, España 1998. 229pp.

⁶² *Ibid.* 24p.

⁶³ *Ibid.* 219p.

⁶⁴ Richard N. Haass, *The Opportunity. America's Moment to Alter History's Course*, PublicAffairs, New York 2005. 24p.

Asimismo, Haass argumenta que una nueva de política exterior de Estados Unidos post 9/11 deberá evitar dos estrategias. Primero, el contraterrorismo no constituye una adecuada política; su visión es muy corta y no proporciona ninguna guía en el momento de abordar otros problemas de la globalización. Segundo, la promoción de la democracia como doctrina de política internacional no es ni deseable ni práctica. La promoción de la democracia sólo debe ser un medio, no el objetivo final.⁶⁵ “La elección entre una política unilateralista y multilateralista es encontrar los matices entre cada una de ellas: cooperar cuando se pueda, ir solo cuando sea necesario.”⁶⁶

Así las cosas, la tendencia revisionista neoconservadora es la gran protagonista del juicio histórico sobre la política exterior del presidente George W. Bush. En este sentido, la resurrección de los valores del “Credo Americano” como principios de política exterior estarán a prueba en el gran reto de la política internacional de Estados Unidos en el siglo XXI: usar el actual poder preponderante de Washington para alcanzar un consenso internacional que se apoye en normas de amplia aceptación, capaces de proteger los valores estadounidenses en un futuro más incierto e inestable.

Octavio Paz, un poeta que se preguntaba por el devenir de la historia, escribió que “México y Estados Unidos son vecinos y están condenados a vivir el uno al lado del otro; sin embargo más que por fronteras físicas y políticas, están separados por diferencias sociales, económicas y psíquicas muy profundas. Esas diferencias saltan a la vista y una mirada superficial podría reducirlas a la conocida oposición entre desarrollo y subdesarrollo, riqueza y pobreza, poderío y debilidad, dominación y dependencia... Lo que nos separa es aquello mismo que nos une: somos dos versiones distintas de la civilización occidental.”⁶⁷

“La realidad que nombra la palabra civilización”, continúa Paz, “no se deja definir con facilidad. Es la visión del mundo de cada sociedad pero asimismo es su sentimiento del tiempo: hay pueblos lanzados hacia el futuro y otros que tienen los ojos fijos en el pasado. Civilización es estilo, la manera que tiene una sociedad de vivir, convivir y morir... Una civilización no sólo es un sistema de valores: es un mundo de formas, conductas, de reglas y excepciones. Es la parte visible de una sociedad -instituciones, monumentos, ideas, obras, cosas- pero sobre todo

⁶⁵ Cfr. Natan Sharansky, *The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny & Terror*, PublicAffairs, New York 2004. 303pp. Ver también Eric J. Hobsbawm, “Imponer la Democracia” en *Foreign Policy en Español*, Octubre/Noviembre 2004.

⁶⁶ Richard N. Haass, *Op Cit.* 28p.

⁶⁷ Octavio Paz, *Op Cit.* 126p.

es su parte sumergida, invisible: las creencias, los deseos, los miedos, las represiones, los sueños.”⁶⁸

Así las cosas, ¿qué enseñanzas podemos aplicar en la elaboración de una política exterior de México en tiempos de unipolaridad, resurrecciones tradicionalistas y nacionalismos combatientes? ¿Cómo desarrollar una gran estrategia de política internacional post guerra fría y 9/11?

⁶⁸ *Ídem.* 127p.

CONCLUSIONES

GEORGE W. BUSH Y LO QUE SIGNIFICA SER AMÉRICA: CRÍTICA DESDE EL EXTRANJERO CERCANO

“Si la política es una dimensión de la historia, es también crítica política y moral... La crítica: el ácido que disuelve las imágenes. En este caso (y tal vez en todos) la crítica no es sino uno de los modos de operación de la imaginación, una de sus manifestaciones. En nuestra época la imaginación es crítica. Ciertamente, la crítica no es el sueño pero ella nos enseña a soñar y a distinguir entre los espectros de las pesadillas y las verdaderas visiones. La crítica es el aprendizaje de la imaginación en su segunda vuelta, la imaginación curada de fantasía y decidida a afrontar la realidad del mundo. La crítica nos dice que debemos aprender a disolver a los ídolos: aprender a disolverlos dentro de nosotros mismos. Tenemos que aprender a ser aire, sueño en libertad.”¹

¿Hasta que punto la política exterior del presidente George W. Bush está influenciada por la identidad y la política estadounidense, y hasta que punto está influenciada por las particularidades del presidente y su administración? Cuatro años después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, la estrategia de política internacional de Estados Unidos está condicionada a los éxitos y fracasos de la invasión armada en Irak. Entonces, ¿qué balances ofrece el primer periodo del presidente Bush, y qué podemos esperar de la política exterior estadounidense en los próximos años?

I

En la campaña electoral del año 2004, *The Economist* describió la elección presidencial entre el presidente George W. Bush y el Senador de Massachusetts John Kerry como una decisión entre la incompetencia y la incoherencia. En este sentido, la campaña presidencial del 2004 fue de gran trascendencia puesto que convergieron cuatro factores que definieron los resultados electorales, a saber: a) fue la primera elección presidencial desde el 9/11; b) la intervención armada a Irak cumplía un año y medio; c) desde 1972 no se realizaban elecciones presidenciales en tiempos de guerra; y d) la participación de la minoría latina y de grupos religiosos en la política nacional produciría sus primeros efectos.

¹ Octavio Paz, *Sueño en Libertad. Escritos Políticos*, Seix Barral, México 2001. 462pp.

El liderazgo del presidente Bush ha sido más ideológico y controvertido que administraciones anteriores. De modo que, la personalidad conservadora de Bush ha sido influenciada no sólo por los intereses económicos de empresarios y banqueros, sino también por su tendencia a expresar abiertamente sus preferencias religiosas. Por consiguiente, ambos convergieron en una tercera influencia: las redes de think tanks, asociaciones y demás grupos de presión de la nación conservadora. Así, la inexorable influencia de *American Enterprise Institute*, *Heritage Foundation*, *The American Conservative Union*, entre otros, ha sido conspicua en la elaboración de políticas públicas desde la reducción de impuestos hasta doctrinas de guerra preventiva.

A pesar de distintos pronósticos, George W. Bush ganó el ‘referéndum’ sobre su política interna y su política exterior. Bush ganó el 51% de los votos, con una ventaja de 3.5 millones sobre Kerry, colocándolo como el primer hijo de un ex presidente en ganar la reelección con un holgado número de votos. En realidad fue una gran mejora en comparación con las elecciones de año 2000, cuando Bush perdió el voto el popular.

¿Qué haría el presidente Bush con su victoria?, ¿cómo reaccionaría el mundo que apoyó mayoritariamente al senador Kerry?, ¿habría algún balance entre pragmatismo e ideología en la política exterior? El periodo de los buenos sentimientos pronosticó un segundo periodo del presidente Bush con una mayor aceptación de los errores. No obstante, una duda recorrió la mente de muchos intelectuales y especialistas: ¿cómo fue que ganó Bush?, y otra más profunda ¿ha olvidado Estados Unidos su tradición liberal a cambio de una creciente y poderosa corriente conservadora?

El tema más importante de la campaña electoral fue el de los ‘valores morales’. La intervención armada en Irak y la economía no tuvieron el mismo impacto entre el electorado estadounidense. Los resultados electorales dieron la impresión que Estados Unidos habitara en un planeta distinto donde coexiste el secularismo europeo y latinoamericano. La realidad se posó sobre lo imaginario: uno de los presidentes con abiertas creencias religiosas se había reelegido con una copiosa mayoría de votos; los electores de trece Estados aprobaron a través de referéndum la prohibición del matrimonio entre personas del mismo sexo; y, la pluralidad de estos electores colocaron los ‘valores morales’ como su principal interés de ejercer el voto.

Sin embargo, los ‘valores morales’ sólo ocuparon el 22% como el tema más importante a nivel nacional, solo dos puntos arriba de la economía, y tres más que el terrorismo. Igualmente, este 22% es mucho menor que en otras elecciones puesto que, en el año de 1996 y

2000, ocupó el 40% y el 35% respectivamente. En este sentido, en comparación con las pasadas campañas electorales, en las elecciones del 2004 sólo una quinta parte del electorado voto por asuntos morales.

Por consiguiente, es importante cotejar el voto religioso con un enfoque más amplio del sentido de religiosidad en Estados Unidos. Considero que los estadounidenses son igualmente de religiosos que los mexicanos. Empero, la influencia de la religión en la vida política y social en Estados Unidos es mayor que en México. Las encuestas señalan que el 80% de los estadounidenses creen en Dios, y que el 60% acepta que la religión tiene un papel muy importante al momento de tomar decisiones. En el caso de México, la Encuesta Nacional de la Juventud del año 2000 señala que el 88% de los mexicanos se reconoce como católico, pero sólo el 47% declara ser practicante. Asimismo, el 89% de los mexicanos creen en la existencia del alma, pero sólo el 20% considera que sus creencias religiosas influyen en su actitud hacia el trabajo, hacia los problemas sociales o hacia la sexualidad, y más aún, únicamente el 8% piensa que tiene efectos en sus preferencias políticas.

El hecho que exista un creciente activismo político de grupos religiosos en Estados Unidos aún no es evidencia científica para clasificar a aquel país como una nación conservadora. Como tampoco es objetivo catalogarla como un país intolerante. La pregunta que debemos hacernos es si esta tendencia provocará una hegemonía no sólo del Partido Republicano, sino también de discurso conservador en la vida política nacional durante los próximos años.

En este sentido, si bien la elección reveló que el voto religioso a nivel nacional no se incrementó, la influencia de grupos evangelistas si aumentó en el Partido Republicano. En un estudio del Foro Pew señala que el porcentaje de evangelistas que se declaran republicanos creció del 48% al 56% durante los pasados doce años. Por tanto, ¿qué influencia tendrá la victoria de la nación conservadora sobre el segundo periodo del presidente George W Bush?

El resultado electoral mostró el nivel de descentralización de los grupos religiosos. Por tanto, debemos diferenciar la proporción de votos a favor de Bush entre la derecha religiosa y los demás grupos religiosos estadounidenses. Por ejemplo, los católicos, con 27% de electores, votaron por el candidato Republicano 52% contra 47%. Asimismo, los latinos católicos incrementaron del 31% al 42% en su tendencia del voto hacia el Partido Republicano. Así pues, más que existir una mayoría moral que apoyó la reelección de Bush, fue una coalición de evangelistas cristianos, mormones, tradicionalistas, católicos, entre otros.

En este sentido, ¿cómo coincidir los distintos grupos religiosos en la agenda de política interna y política exterior del presidente Bush? La mayoría de estos grupos está a favor de incrementar los programas de combate a la pobreza, aún si se refleja en un incremento de los impuestos. Todos aprueban mayores regulaciones ambientales. Asimismo, algunos argumentan que Estados Unidos debe otorgarle mayor prioridad al problema del VIH/sida en África, como también lanzar mayores intervenciones humanitarias en el mundo.

La gran paradoja del triunfo de los republicanos en las pasadas elecciones es que la reelección del presidente Bush conllevará a la ejecución de un conservadurismo disímil a la administración de Ronald Reagan. Es decir, se prevé la continuación de un ‘gobierno grande’, con incrementos en el déficit presupuestal y la burocracia federal. Así, los efectos de la excepcionalidad del conservadurismo de Bush se reflejan en los bajos índices del nivel de aprobación de su trabajo, paralelamente a la creciente oposición de la doctrina de política exterior neoconservadora y la consecuente permanencia de tropas en Irak.

Así pues, ¿es la explotación de los valores religiosos el futuro del Partido Demócrata? El problema de los Demócratas no es si coinciden o no con posiciones a favor del aborto o del matrimonio entre personas del mismo sexo, sino el rechazo del lenguaje populista de acercamiento a los grupos sociales más desprotegidos que utilizaron por más de cincuenta años. La estrategia Demócrata absurdamente asumió que el electorado conoció sus propuestas económicas y de programas sociales. El senador John Kerry movilizó el eje político de los Demócratas hacia el centro-derecha, afirmando su apoyo a la intervención armada en Irak, y ocultando cualquier sospecha de su liberalismo con tal de mostrarse como un tipo duro capaz de perseguir a los terroristas.

El futuro del Partido Demócrata básicamente oscila entre tres estrategias. La primera es que retome la tradición liberal estadounidense de Franklin D. Roosevelt y John F. Kennedy, incluyendo a los grupos más vulnerables de la sociedad. La segunda es una estrategia muy similar a la Republicana, es decir, una con carácter empresarial con fuertes vínculos con Wall Street, aunado a una fuerte participación de grupos evangelistas cristianos. La tercera es una estrategia que incluya características de ambas, aunque esta parezca imposible. En este sentido, los Demócratas deberán preguntarse ¿cómo desean ganar las próximas elecciones?, y por consiguiente ¿cuál debe ser el futuro del liberalismo en Estados Unidos?

¿Cuáles han sido los factores que provocaron el receso del liberalismo y el resurgimiento del conservadurismo en Estados Unidos? Luis Hartz señala que Estados Unidos,

desde su fundación, ha sido una sociedad liberal en la cual la tradición libertaria ha sido una de los más poderosos absolutismos de la historia. Posiblemente el resultado de esta tradición liberal es lo que Alexis de Tocqueville escribió al referirse que la gran ventaja de los estadounidenses es que han alcanzado un estado de democracia sin haber tenido que pasar por una revolución democrática; y han nacido iguales en lugar de llegar a serlo.

Por el otro lado, el conservadurismo tuvo una doble raíz histórica: una reacción aristocrático-clerical al racionalismo de la Ilustración. De ahí su ruptura con el presente y su negación al futuro, su tradicionalismo religioso y su resurrección moral. No obstante, a partir del proceso adopción y adaptación del discurso liberal en Estados Unidos, el conservadurismo se ha convertido en un práctico y flexible credo que se ha ido adecuando al discurso político nacional. Así, la matriz ideológica liberal y conservadora se adecua a las circunstancias históricas y las modalidades de un centro común. En este sentido, la principal diferencia entre ambas es el énfasis que cada una de ellas le otorga a elementos de la política nacional.

En la década de los setenta, con la creciente polarización de la sociedad estadounidense, la derrota en la guerra de Vietnam, los desequilibrios económicos, y la crisis política del Watergate, el liberalismo enfrentó su peor crisis en la historia. Pero, ¿cómo el conservadurismo finalmente pudo integrar una cosmovisión de política interna y política exterior? Los neoconservadores dieron el impulso suficiente para renovar al conservadurismo estadounidense. Intelectuales judíos y demócratas, los neoconservadores adoptaron el marxismo, pero conforme los años aceptaron el viejo liberalismo de la meritocracia, la reverencia por la alta cultura y el “Nuevo Trato” de Franklin D. Roosevelt. Con el tiempo, se consideraron disidentes liberales a partir de las iniciativas populistas del Partido Demócrata hacia el final de la década de los sesenta.

Así pues, el neoconservadurismo, expresión máxima del conservadurismo contemporáneo en Estados Unidos, es una corriente ideológica y política que recorre el radicalismo trotskista y el liberalismo anticomunista. Sus principales nichos de análisis han sido la política exterior de Estados Unidos frente la amenaza de la Unión Soviética, y la debilidad del liberalismo para combatir el radicalismo de la sociedad estadounidense y el comunismo internacional. La primera generación de conservadores está compuesta por Irving Kristol, Norman Podhoretz, Jeane Kirkpatrick, Joshua Muravchik, y Michael Novak, entre otros. La segunda generación la integran Robert Kagan, William Kristol, Charles Krauthammer, Richard Perle, y Paul Wolfowitz, principalmente.

El Proyecto para un Nuevo Siglo Americano, (PNAC por sus siglas en inglés), es la manifestación *par excellence* del neoconservadurismo de segunda generación. Sin embargo, la presencia de estos intelectuales en otros think tanks conservadores y liberales demuestra la enorme dispersión del movimiento neoconservador y, por consiguiente, su poderosa influencia en la política pública nacional. Atribuir el neoconservadurismo a un solo think tank es desconocer su carácter heterogéneo y ecléctico producto de su inherente determinismo ideológico.

Así pues, el centro de planeación de la nación conservadora, lo que yo denomino como una gran red de think tanks, medios de comunicación, fundaciones, y asociaciones conservadoras, es: *American Enterprise Institute, The Heritage Foundation The Project for a New American Century, Cato Institute, Center for Strategic and International Studies, Center for Security Policy, Ethics and Public Policy Center, The Committee on the Present Danger, The Hudson Institute*, y el *Hoover Institution*, entre otros. A ellos se suman académicos y periodistas que escriben en *The Wall Street Journal, Weekly Standard, National Review, Hoover Digest, National Interest, Public Interest, y Commentary*, principalmente. Detrás de ellos se encuentran las fundaciones *Scaife, Coors, Koch, Bradley* y *Olin*, Finalmente, las asociaciones donde residen los seguidores del movimiento son *The Conservative Political Action Conference* –el más importante y poderoso foro del conservadurismo-, *American for Tax Reform, The National Rifle Association, The Christian Coalition, The Patrick Henry College, y The Home School Legal Association*, entre las más importantes.

Irving Kristol define a los neoconservadores como un grupo que ha perdido su fe en el liberalismo por un punto de vista más conservador, pero con características propias en comparación con la tendencia tradicionalista del conservadurismo en Estados Unidos. El neoconservadurismo ha traducido las ideas de la tradición conservadora en el lenguaje de la ciencia social, con capacidades para penetrar a la sociedad estadounidense. Para la década de los ochenta, el debate del neoconservadurismo abarcó dos grandes temas. Primero, la promoción de la fortaleza y liderazgo de Estados Unidos en el sistema internacional post Vietnam. El segundo, la reconciliación con el conservadurismo y el liberalismo en la transformación del Partido Republicano.

En la década de los noventa, la estrategia política de los neoconservadores en el Partido Republicano tuvo dos objetivos, a saber: a) reconciliar al conservadurismo con el Estado de Bienestar; y b) ampliar la base empresarial del Partido hacia los suburbios de las ciudades del centro y sur del país. Así pues, la renovación del republicanismo hizo más atractivo al

conservadurismo e incorporó los intereses de los nuevos grupos que se adhirieron -pequeños empresarios, grupos religiosos, granjeros, educadores, entre otros. Los posteriores resultados electorales mostraron el éxito de la nueva estrategia.

Así las cosas, el creciente conservadurismo en la actual administración no sólo ha proporcionado mayor seguridad y esperanza al electorado al mirar hacia el futuro, sino que ha retenido una capacidad re-inventiva producto de los intelectuales neoconservadores. Así, existen tres grandes contribuciones de los neoconservadores a la política nacional de Estados Unidos, a saber: a) la reforma del conservadurismo; b) la transformación del Partido Republicano; y c) la elaboración de una doctrina de política exterior.

II

La política internacional de Estados Unidos en el segundo periodo del presidente George W. Bush oscilará entre dos opciones: 1) que se producirán mayores intervenciones armadas en Siria, Irán y Corea del Norte; o, 2) que la administración actuará en el exterior más por obligación que por opción, es decir, que a partir de la guerra en Irak, Estados Unidos ha tenido severas limitaciones para desplazar tropas a cualquier parte del mundo.

¿Cuál será el futuro del neoconservadurismo en el segundo periodo del presidente George W. Bush? Los cambios en el gabinete del presidente Bush proporcionaron las primeras pistas. La salida de Colin Powell y el nombramiento de Condoleezza Rice como nueva Secretaria de Estado, ha significado una mayor coordinación de la política exterior de Estados Unidos. Empero, la llegada de Rice al Departamento de Estado le permitirá a Bush dirigir con una sola voz la política internacional estadounidense. Además, el nombramiento de John D. Negroponte como Director Nacional de Inteligencia, Paul Wolfowitz como Presidente del Bando Mundial, y John Bolton como representante de Estados Unidos ante la Organización de Naciones Unidas (ONU), revela hasta el momento la continuación de una diplomacia dura y de gran escepticismo hacia el mundo exterior.

La política exterior de Estados Unidos ha sido producto de una perenne lucha entre dos distintas pero complementarias percepciones ideológicas: la tradición del internacionalismo liberal, y la tradición conservadora nacionalista. Por tanto, la política internacional estadounidense está sujeta a las fluctuaciones cíclicas intervención-aislacionismo. Arthur M.

Schlesinger señala que las concepciones de estas fluctuaciones responden a la vieja disputa entre percibir a Estados Unidos como experimento o como destino.

Por consiguiente, el americanismo, como credo político, se ha convertido en un componente ideológico esencial de la conciencia política de Estados Unidos. José Luis Valdés-Ugalde señala que el americanismo ha sido la columna vertebral que sostiene el proyecto de la política exterior estadounidense. Así, el realismo político ha tenido una larga tradición en la academia y la política estadounidense. Los autores realistas contemporáneos justifican un acercamiento a la política internacional de la posguerra, marcada por el enfrentamiento entre dos bloques, a partir de una explicación de la propia política de Estados Unidos que busca asegurar su hegemonía y *statu quo* que favorezca a sus intereses.

¿Qué convierte a los Estados en grandes potencias? ¿Por qué cuando los Estados acumulan poder económico buscan influir en el sistema internacional? ¿Qué factores aceleran o retardan la transformación de recursos materiales e ideológicos en intereses políticos en el exterior? ¿Qué relación causal existe entre la dinámica del sistema internacional y los elementos reduccionistas de los Estados? ¿Son las variables domésticas como la política exterior un elemento de análisis en el marco de una teoría sistémica? ¿Qué importancia tienen las percepciones ideológicas y culturales en la elaboración de la política exterior de las grandes potencias, particularmente en Estados Unidos? ¿Puede el realismo político incorporar estas variables en el estudio del sistema internacional?

Una teoría sistémica explica los cambios entre sistemas, no dentro de ellos. Ella se ocupa de las fuerzas en juego a nivel internacional, no nacional. Aunque, si hay en juego fuerzas a nivel de la unidad como a nivel sistémico, ¿cómo es posible construir una teoría de política internacional sin construir simultáneamente una teoría de política exterior?

La teoría constructivista estudia cómo la política internacional está “socialmente construida”. Esta se fundamenta en dos premisas, a saber: a) las estructuras fundamentales de la política internacional son sociales en lugar de ser estrictamente materiales; y b) estas estructuras crean y condicionan las identidades e intereses de los actores del sistema internacional. En este sentido, el constructivismo comparte los cinco principios del realismo político, las cuales son: 1) el sistema internacional es anárquico; 2) el Estado posee capacidades militares ofensivas; 3) el Estado actúa a partir de las percepciones de los otros Estados; 4) el objetivo principal de los Estados es la sobrevivencia; y 5) los Estados son actores racionales.

Alexander Wendt señala que una de las principales tesis del constructivismo es que el significado del poder y el contenido de los intereses están completamente en función a las ideas. Esto es que el significado de la distribución de poder en la política internacional está constituido en una parte importante por la distribución de intereses, que a la vez se construyen a partir de las ideas. Esto no significa que las ideas sean ni más importantes ni autónomas del poder y los intereses. El punto es que el poder y los intereses tienen los efectos que desean en virtud a las ideas que los crearon. Por tal razón, las ideas, el poder y los intereses pertenecen a un mismo sistema social, no son exógenos.

El estudio del sistema internacional requiere no sólo del análisis de elementos materialistas, sino también demanda incorporar nuevos conceptos sociales como son las identidades nacionales. Entonces, ¿es posible elaborar y ejecutar una política exterior que por un lado retome la *realpolitik*, y por el otro una política de cambio y alineamiento de las identidades nacionales exteriores? En consecuencia ¿habría un mayor acercamiento entre los Estados con afinidades políticas, sociales y culturales? ¿Podría ser una estrategia confiable y exitosa para la política exterior de Estados Unidos?

Samuel P. Huntington escribe que el credo americano está ampliamente considerado como el elemento definitorio crucial de la identidad estadounidense. Dicho credo, sin embargo, fue el producto de la cultura angloprotestante característica de los colonos fundadores de Estados Unidos en los siglos XVII y XVIII. En este sentido, Walter Russell Mead escribe que a lo largo de la historia de Estados Unidos han existido cuatro escuelas de política exterior que expresan enfoques complementarios no sólo de la política internacional, sino también de la identidad nacional, a saber: *Hamiltoniana* o economista, *Jeffersoniana* o aislacionista, *Jacksoniana* o nacionalista, y *Wilsoniana* o neoconservadora

En conclusión, las dinámicas de elección y los equilibrios de la estrategia de política exterior de Estados Unidos oscilan principalmente entre dos percepciones de la política internacional: la realista –el sistema internacional es la lucha por el poder, por tanto, posee capacidades materiales- y la constructivista –el sistema internacional es social y este influye en la formación de las identidades e intereses de los Estados. Por ende, las ideas y el poder son las que giran entorno al sistema.

III

El segundo discurso de toma de posesión del presidente George W. Bush dio vida para la posteridad como una poderosa afirmación de las ideas y los ideales estadounidenses. “La sobrevivencia de la libertad en nuestra tierra [Estados Unidos]”, declaró Bush, “depende del éxito de la libertad en otros lugares”. La alocución del presidente Bush reveló la culminación de la sustancia y el estilo de la política internacional de Estados Unidos post 9/11. La nueva doctrina de política exterior busca configurarse a un nivel más alto a través de dos procesos paralelos que intervienen en su elaboración y su ejecución: la institucionalización de los éxitos de su primer periodo y avanzar en la agenda que retoma un enfoque idealista y realista del sistema internacional.²

En frases breves, retomadas de la Biblia, el presidente Bush empleó casi todo su discurso para describir la visión mundial característicamente estadounidense. Así, la falta de relación entre la retórica y la realidad ha sido asombrosa. Durante la historia de Estados Unidos, el idealismo de su política exterior siempre ha sido un peligro. En este sentido, ¿es realmente el problema de la tiranía la amenaza más importante a la seguridad internacional?

En una entrevista con el *Washington Times* el 12 de enero, el presidente Bush declaró que “si quieres entender cómo pienso sobre la política exterior, lee el libro de Nathan Sahransky, *The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror*”. Días después, expresó al *New York Times* “ese pensamiento, es parte de mi ADN presidencial”. Disidente ruso y ex Ministro en el gobierno del primer ministro Ariel Sharon, Sharansky se ha convertido en el autor favorito del presidente de Estados Unidos.

El enfoque de estudio de la sociedad internacional de Sharansky es limitado y abstruso. La complejidad de dividir el mundo entre sociedades libres y sociedades del miedo es desnaturalizar el debate acerca de los matices entre las distintas y variadas estructuras políticas y jurídicas de los miembros del sistema internacional. El libro de Sharansky demuestra las ilusiones de promover una política a través de medios no convencionales. Por consiguiente, él sólo manifiestan una realidad: el círculo del neoconservadurismo como estrategia de política internacional se ha cerrado.

La política exterior del presidente George W. Bush se define como una revuelta, definida como un regreso o retorno a los principios doctrinarios definidos como el “Credo Americano”, una rebelión entendida como la subversión y disidencia de un grupo político

² Ver Adrián Villanueva Delgado, “Revuelta, Rebelión y Revolución: Ideas sobre el Mundo de George W. Bush” en *Revista Norteamérica*, CISAN-UNAM, Enero/Junio 2006.

tradicionalista y nativista, y una revolución no en el significado de una transformación social, sino un cambio acelerado y radical de las estrategias de la política internacional de Washington.

La doctrina de política exterior neoconservadora -también llamado realismo democrático- sostiene que Estados Unidos debe mantener y promover su unipolaridad militar, económica y cultural; incrementar su presupuesto para la defensa nacional; y promover los valores democráticos a través de -en palabras de Joseph S. Nye- el poder duro y el poder suave. Así, la unipolaridad del sistema internacional se define como: a) la supremacía de Estados Unidos en el sistema internacional, b) el desarrollo de un nuevo internacionalismo estadounidense, y c) la proliferación de Armas de Destrucción Masiva.

Así pues, la política exterior del presidente Bush descansa en cinco principios: 1) Estados Unidos habita en un mundo peligroso; 2) los Estados son los principales actores en el sistema internacional; 3) el poder militar es un elemento de reafirmación hegemónica y unipolar; 4) los acuerdos internacionales y los organismos multilaterales no son ni esenciales ni necesarios; y 5) Estados Unidos es la única superpotencia en el mundo.

Existen tres teorías acerca del impacto del neoconservadurismo en la política exterior del presidente Bush. La primera es que la administración fue secuestrada por una cábala neoconservadora. La segunda es que los neoconservadores previeron la amenaza del terrorismo y supieron adecuar la estrategia. Empero, la tercer teoría tiene mayor validez: Después del 9/11, el discurso neoconservador atrajo y convenció a la nación conservadora. Por tanto, la política exterior neoconservadora se convirtió en un enfoque conservador de la política internacional de Estados Unidos post 9/11.

Por tanto, la asimilación entre el neoconservadurismo y el conservadurismo en la nueva estrategia de política exterior de Estados Unidos se consolidó a través de la persecución de dos objetivos, a saber: a) afirmar la hegemonía estadounidense después del fracaso de Vietnam; y b) rechazar la influencia de los organismos multilaterales como la ONU. Además, estos temas convergieron con otros dos principios históricamente característicos del conservadurismo estadounidense: 1) defender la integridad territorial frente amenazas externas, y 2) enfrentar exitosamente la batalla entre el bien y el mal.

Charles Krauthammer señala que después del 9/11 aparecieron un conjunto de doctrinas. Primero fue el ultimátum de 'estás con nosotros o en nuestra contra' a Estados que patrocinaban o albergaban terroristas. Luego, la advertencia de lanzar ataques preventivos contra Estados enemigos que desarrollaran armas de destrucción masiva. Ahora es el cambio

de régimen. Las tres juntas definen el nuevo unilateralismo estadounidense en la era de unipolaridad. Así pues, la esencia de la estrategia de la Doctrina Bush es utilizar el extraordinario poder de Estados Unidos para rehacer el mundo a su imagen. Para cumplir con el objetivo, es necesario crear y mantener un equilibrio de poder que favorezca la libertad y la dignidad humana.

Así, a partir del 9/11 el presidente Bush impulsó la creación de un nuevo y poderoso grupo de elite de política exterior dentro del *establishment*, de modo que, la doctrina neoconservadora actualmente proporciona una de las guías más plausibles sobre la política internacional de Washington. Así, el trinomio intervencionismo-unilateralismo-mesianismo forman parte del discurso político nacional post 9/11. En este sentido, es indudable que la estrategia de política exterior es revolucionaria ya que abandona un largo debate entre la disuasión y la contención como instrumentos de política internacional de Washington.

La experiencia en Irak ha comprobado ser una costosa guerra de elección, no de necesidad, la cual ha provocado un intenso debate en Estados Unidos y el mundo acerca de la política exterior estadounidense y su papel en el sistema internacional. Por tanto, la tradición del internacionalismo idealista *wilsoniano* y la tradición realista nacionalista en la política exterior del presidente George W. Bush, comprueban la resurrección radical de la identidad nacional estadounidense como teoría de política internacional en el sistema internacional post 9/11.

Asimismo, la intervención armada en Irak reveló la primera gran crisis de la teoría de la unipolaridad estadounidense. Por esto, el principal dilema de la teoría del realismo democrático y la unipolaridad reside en el debate entre legalidad y legitimidad internacional. Por consiguiente, las consecuencias han sido claras, desde la falta de apoyo para la reconstrucción en Irak, la reforma de organismos internacionales como la ONU, y hasta desacuerdos sobre temas sobre el uso de la fuerza, comercio y medio ambiente.

Los dos principales errores de la estrategia de política exterior del presidente Bush fueron los inconcebibles errores de los sistemas de inteligencia con relación a las aparentes armas de destrucción masiva en Irak, y el segundo fue la consecuente invasión armada. Asimismo, la torpeza con que la administración ha estado no sólo coordinando la reconstrucción en Irak, sino también informando sobre los peligros de la guerra han sido incompetente y desastroso. Por el otro lado, las divisiones que provocó en Europa han producido dos efectos: a) las divisiones entre los países europeos es también un problema de Estados Unidos ya que debilita la alianza trasatlántica; y b) la europeización de la política

internacional de Washington ha disminuido en favor de la región de Medio Oriente como la máxima prioridad del interés nacional estadounidense.

Así las cosas, es probable que si existiese otro ataque terrorista en Estados Unidos similar al 9/11 o más mortífero, la doctrina neoconservadora de política exterior saldrá del baúl de los recuerdos y será expurgada de sus fracasos en Irak. La respuesta que darán las futuras generación de líderes políticos estadounidenses a cualquier amenaza a la seguridad estará estrictamente vinculada a las reacciones de su propia identidad nacional. Así, el poder y las ideas se han asimilado a un solo cuerpo, una doctrina, una percepción.

Después de analizar los efectos de la identidad nacional en la política exterior de Estados Unidos post 9/11, ¿qué podemos analizar sobre el caso México y la importancia de las relaciones entre ambos países? ¿Por qué persiste el sentimiento de orfandad en la política exterior de México?

IV

En 1950 fue publicada una de las obras más representativas de la literatura latinoamericana, *El Laberinto de la Soledad* del Maestro Octavio Paz. En el libro, Paz hace un ejercicio de la imaginación crítica: una visión y una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser. El mexicano no está en la historia; es la historia. ‘Estar en la historia’ significa estar rodeado por las circunstancias históricas; ‘ser la historia’ significa que uno mismo es las circunstancias históricas, que uno mismo es cambiante. Así, en cada hombre, como en cada Estado, late la posibilidad de ser o, más exactamente, de *volver a ser hombre*.

Ni ontología ni psicología. A Paz no le interesó el ‘carácter nacional’ del mexicano, sino aquello que está detrás de la máscara: “por una parte es un escudo, un muro; por la otra, un haz de signos, un jeroglífico. Por lo primero es una muralla que nos defiende de la mirada ajena a cambio de inmovilizarnos y aprisionarnos; por lo segundo, es una máscara que al mismo tiempo nos expresa y nos ahoga.”³

Despertar la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad. Así, los mexicanos afirmamos nuestra diferencias, las subrayamos, procuramos hacerlas notables. No obstante, la existencia de un sentimiento de inferioridad frente al mundo exterior explica

³ Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad*, FCE México 2005. 199p.

parcialmente la realidad. Más vasta y más profunda que el sentimiento de inferioridad es la soledad. Sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto. El sentimiento de soledad no es una ilusión -como a veces lo es el de inferioridad- sino la expresión de un hecho real: somos de verdad distintos. Y, de verdad, estamos solos.⁴

La historia de México es la del hombre que busca su origen. No hay nada más alejado al sentimiento de orfandad del mexicano que el que padecen los estadounidenses. El mundo ha sido construido por ellos y está hecho a su imagen: es su espejo. Ellos tuvieron democracia, capitalismo y revolución industrial; nosotros tuvimos contrarreforma, monopolio y feudalismo. Si somos nosotros los que nos sentimos distintos, ¿qué nos hace diferentes, y en qué consisten esas diferencias?

En Estados Unidos la crítica respeta la estructura del sistema sin descender nunca hasta las raíces. Por tanto, en aquel país la sociedad realiza sus ideales, no desea cambiarlos por otros. Paz escribe que “ellos son crédulos, nosotros creyentes; aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas. Los mexicanos mienten por fantasía, por desesperación o para superar su vida sórdida; ellos no mienten, pero sustituyen la verdad verdadera por una verdad social. Nos emborrachamos para confesarnos; ellos para olvidarse. Los mexicanos son desconfiados; ellos abiertos. Los norteamericanos quieren comprender; nosotros contemplar. Son activos; nosotros quietistas: disfrutamos de nuestras llagas como ellos de sus inventos. Para Estados Unidos el mundo es algo que se puede perfeccionar; para México, algo que se puede redimir.”⁵

Daniel Cosío Villegas escribe que la experiencia histórica de Estados Unidos le ha permitido asumirse como connaturales de la libertad y la igualdad lo que ha llevado a una incapacidad completa para entender por qué en México la libertad se ha abierto con tanta lentitud y sangre; por qué México ha tenido una historia así de accidentada; y, por qué el mexicano desconfía del estadounidense. Así, las relaciones entre ambos países se mueven en un trasfondo de limitada concordia. El factor principal que los aleja es la distinta trayectoria que los anima; distinta y, sin embargo, convergente, entre otras razones por la vecindad.⁶

La política exterior de México se encierra y se preserva. El hermetismo es un recurso de su recelo y desconfianza. La dureza y hostilidad del ambiente la obliga a cerrarse al exterior. Toda abertura demuestra una dimisión de nuestra hombría. El estoicismo es una de las

⁴ *Ibid.* 22p.

⁵ *Ibid.* 25p.

⁶ Daniel Cosío Villegas, *Extremos de América*, FCE, México 2005. 48-51pp.

principales características de la política exterior de México. Su historia está llena de frases y episodios que demuestran la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor y el peligro. Se nos inculca a sufrir con dignidad nuestras derrotas, ser resignados, pacientes y sufridos. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad.

La dicotomía entre lo abierto y lo cerrado de nuestra política exterior no sólo se manifiesta como desconfianza, ironía y recelo, sino también como amor a las formas; impide los excesos, la separa, la asila, la preserva. Somos formulistas por tradición. Nuestra tendencia por las fórmulas jurídicas, sociales y burocráticas, son otras expresiones de nuestro carácter nacional frente al exterior. Por tanto, el formulismo legalista de nuestra política exterior ha cegado el carácter político y pragmático de nuestras relaciones exteriores.

Nuestra política nacional y sus funcionarios disimulan: desean hacerse invisibles, pasar inadvertidos. Temerosos de la mirada ajena, se contraen, se reducen, se vuelven sombras y fantasmas, ecos. No caminan, se deslizan; no proponen, insinúan; no replican, rezongan. ¿Hasta que punto nos hemos fundido con el paisaje, confundido con los objetos que nos rodean? Renunciar a nuestra distinción es renunciar a nuestra soledad. Así pues, estoicismo, formalismo y mimetismo son nuestras mascararas: nuestras murallas que nos protegen del mundo exterior.

Nuestro desprendimiento con lo que nos rodea, con el pasado y con el presente ha producido un sentimiento de soledad que se identifica con el sentimiento de orfandad de nuestra política exterior. ¿Cuándo se produjo tal desprendimiento? La historia de México es la historia de estas circunstancias. Empero, los hechos históricos no son sólo hechos, sino son voluntades humanas. La historia es un elemento irreductible e inseparable. La historia del país no es la suma de hechos, sino una realidad indisoluble.

El mundo exterior entabla un combate con una realidad concreta. Nosotros luchamos con entidades imaginarias, vestigios del pasado o fantasmas engendrados por nosotros mismos. Esos fantasmas y vestigios son reales, al menos para nosotros: es una realidad fantasmagórica. Son intocables e invencibles, ya que no están fuera de nosotros, sino en nosotros mismos. Estos fantasmas son vestigios de realidades pasadas. Se originaron en la Conquista, en la Colonia, en la Independencia, o en las guerras sostenidas contra estadounidenses y franceses.

No existen causas ni efectos, sino un complejo de reacciones y tendencias. La historia podrá esclarecer el origen de muchos de nuestros fantasmas, pero no los disipará. Debemos convocarlos y exorcizarlos. ¿Cómo trascender nuestra orfandad vacía? Al enfrentar a nuestros

fantasmas descubriremos nuestro papel en la historia y en el mundo. Así, la soledad del mexicano se define como ruptura y negación del pasado, el presente y el mundo exterior.

- Así las cosas, como escribiera Paz “vivimos, como el resto de la historia, una coyuntura decisiva y mortal, huérfanos de pasado y con un futuro por inventar. La historia universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres.”

BIBLIOGRAFÍA

- **Anonymous** (Michael Scheuer), *Imperial Hubris. Why the West is Losing the War on Terror*, Brassey's, Inc, Washington D.C.
- **Aron**, Raymond, *Paz y Guerra entre las Naciones*, Alianza, Madrid 1985.
- **Bamford**, James, *A Pretext for War. 9/11, Iraq, and the Abuse of America's Intelligence Agencies*, Doubleday, New York 2004.
- **Barnett**, Thomas P. M., *The Pentagon's New Map. War and Peace in the Twenty-first Century*, G.P. Putnam's Sons, New York 2004.
- **Beck**, Ulrich, *Sobre el Terrorismo y la Guerra*, Paidós, España 2002.
- **Berkowitz**, Peter (edit), *Varieties of Conservatism in America*, Hoover Institution Press 2004.
- **Berman**, Paul, *Terror and Liberalism*, W.W. Norton & Company, New York 2003.
- **Blix**, Hans, *Disarming Iraq*, Pantheon Books, New York 2004.
- **Booth**, Ken and Tim Dunne, *World in Collision. Terror and the Future of Global Order*, Palgrave Macmillan, New York 2002.
- **Brzezinski**, Zbigniew *El Gran Tablero Mundial. La Supremacía Estadounidense y sus Imperativos Geoestratégicos*, Paidós, España 1998.
- _____ *The Choice, Global Domination or Global Leadership*, Basic Books 2004.
- **Buchanan**, Patrick J, *Where the Right Went Wrong. How Neoconservatives Subverted the Reagan Revolution and Hijacked the Bush Presidency*, Thomas Dunne Books, New York 2004.
- **Buckley**, William F. Jr, *Miles Gone By. A Literary Autobiography*, Regnery Publishing, Washington D.C. 2004.
- **Campbell**, Colin y Bert A. Rockman (edit), *The George W. Bush Presidency. Appraisals and Prospects*, CQ Press, Washington D.C. 2004.
- **Carr**, Edgar H., *The twenty years crisis, 1919-1939: An Introduction. to the Study of International Relations*, Macmillan, London 1946.
- **Clarke**, Richard A, *Contra Todos los Enemigos*, Taurus, México 2004.
- **Clausewitz**, Carl von, *De la Guerra*, Colección Idea Universitaria. Barcelona España 1999.
- **Cosío Villegas**, Daniel, *Extremos de América*, FCE, México 2005.
- **Cuminsky**, Rosa (edit) *Mito y Realidad de la Declinación de EEUU*, UNAM-CISEUA, México 1992.

- **Daalder**, Ivo H. and James M. Lindsay, *America Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy*, Brookings Institution Press, Washington, D.C. 2003.
- **De la Garza**, Rodolfo y Jesús Velasco (Coord.) *México y su Interacción con el Sistema Político Estadounidense*, CIDE, México 2000.
- **De Tocqueville**, Alexis, *La Democracia en América*, FCE, México 2001.
- **Dean**, John W., *Worse than Watergate. The Secret Presidency of George W. Bush*, Little, Brown and Company, New York 2004.
- **Del Arenal**, Celestino, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Editorial Tecnos, Madrid 2000.
- **Dunn**, Charles W. y J. David Woodard, *The Conservative Tradition in America*, Rowman & Littlefield Publishers, Boston 1996.
- **Ehrman**, John, *The Rise of Neoconservatism. Intellectuals and Foreign Policy 1945-1994*, Yale University Press, Michigan 1995.
- **Esposito**, John L., *Guerras Profanas. Terror en Nombre del Islam*, Paidós, España 2002.
- **Ferguson**, Niall, *Colossus. The Price of America's Empire*, The Penguin Press, New York 2004.
- **Fernández de Castro**, Rafael y Claudia Franco Hijuelas (comp.) *¿Qué son los Estados Unidos?*, McGraw-Hill, México 1996
- **Frank**, Thomas, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Metropolitan Books, New York 2004.
- **Fukuyama**, Francis, *El Fin de la Historia y el Último Hombre*, Plantea, México 2002.
- **Gaddis**, John Lewis y Terry L. Deibel, *La Contención: Concepto y Política*, Grupo Editor Latinoamericano, Argentina 1992.
- **Gaddis**, John Lewis, *Surprise, Security and the American Experience*. Harvard University Press. 2004.
- **Gerson**, Mark, *The Neoconservative Vision, From the Cold War to the Culture Wars*, Madison Books, London, 1996.
- **Glucksmann**, André, *Dostoievski en Manhattan*, Taurus, España 2002
- **Gray**, John, *Al Qaeda y lo que Significa Ser Moderno*, Paidós, España 2004.
- **Greenberg**, Stanley B., *The Two Americas. Our Current Deadlock and How to break It*, Thomas Dunne Books, New York 2004.

- **Griffiths**, Martin, *Fifty Key Thinkers in International Relation*, Routledge, London 1994.
- **Haass**, Richard N., *The Opportunity. America's Moment to Alter History's Course*, PublicAffairs, New York 2005
- **Hartz**, Louis, *La Tradición Liberal en Estados Unidos*, FCE, México, 1994.
- **Hertsgaard**, Mark, *La Sombra del Águila*, Paidós, España 2003
- **Huntington**, Samuel P., *¿Quiénes Somos? Los Desafíos a la Identidad Nacional Estadounidense*, Paidós Estado y Sociedad, México 2004.
- _____ *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Internacional*, Paidós, México 1998.
- **Ignatieff**, Michael, *El Nuevo Imperio Americano*, Paidós, España 2003.
- **James**, William, *Pragmatismo*, Aguilar, Argentina, 1975.
- **Jentleson**, Bruce W., *American Foreign Policy. The Dynamics of Choice in the 21st Century*, W.W. Norton & Company, New York 2004.
- **Kagan**, Robert, *Poder y Debilidad: Europa y Estados Unidos en el Nuevo Orden Mundial*, Editorial Taurus, España 2003.
- **Kagan**, Robert y William Kristol (edit) *Present Dangers. Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy*, Encounter Books, New York 2000.
- **Kanoussi**, Dora, *Ensayo sobre el Conservadurismo*, Plaza y Valdés Editores, México 1994.
- **Kaplan**, Robert D., *Imperial Grunts : The American Military on the Ground*, Random House, New York, 2005.
- **Katzenstein**, Peter, *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, Columbia University Press 1996.
- **Kennan**, George F., *Al Final de un Siglo. Reflexiones, 1982-1995*, FCE, México 1998.
- **Kennedy**, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Vintage Books, New York 1989.
- **Kirk**, Russell, *The Conservative Mind*, Regnery Publishing, Washington, D.C. 1995.
- **Kissinger**, Henry, *Does America Need a Foreign Policy. Toward a Diplomacy for the 21st Century*, Touchstone Book, New York 2005.
- _____ *La Diplomacia*, FCE, México 2000.

- **Klare**, Michael T., *Guerras por los Recursos. El Futuro Escenario del Conflicto Global*, Urbano Tendencias, España 2003.
- **Krauze**, Enrique, *Travesía Liberal*, Tusquets editores, México 2003.
- **Kristol**, Irving, *Neoconservatism. The Autobiography of an Idea*, The Free Press, New York, 1996.
- **Kuhn**, Thomas S., *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, FCE, México 2001.
- **Kupchan**, Charles, *The End of the American Era. U.S. Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-Century*, Alfred A. Knopf, New York 2002.
- **Laqueur**, Walter, *Una Historia del Terrorismo*, Paidós, España 2003.
- **Lewis**, Bernard, *La Crisis del Islam. Guerra Santa y Terrorismo*, Ediciones B, España 2003.
- **Lieven**, Anatol, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford University Press 2004.
- **Lipset**, Seymour Martin, *El Excepcionalismo Norteamericano. Una Espada de Dos Filos*, FCE, México, 2000.
- **Lott**, Anthony D., *Creating Insecurity. Realism, Constructivism, and US Security Policy*, Ashgate, London 2004.
- **Mann**, James, *The Rise of The Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, Viking Penguin, New York 2004.
- **Martínez Ortiz**, Elsa, *Pragmatismo y American Way of Life*, Editorial Torres Asociados, México 2003.
- **Mead**, Walter Russell, *Power, Terror, Peace, and War. America's Grand Strategy in a World at Risk*, Alfred A. Knopf, New York 2004.
- _____ *Special Providence. American Foreign Policy and How It Changed the World*, Routledge, New York 2002.
- **Mearsheimer**, John J., *The Tragedy of Great Power Politics*. W. W. Norton & Company. New York 2001.
- **Micklethwait**, John y Adrian Wooldridge, *The Right Nation. Conservative Power in America*, The Penguin Press, New York 2004.
- **Moore**, James y Wayne Slater, *Bush's Brain. How Karl Rove Made George W. Bush Presidential*, John Wiley & Sons, Inc, New York 2003.

- **Nash**, George H., *La Rebelión Conservadora en Estados Unidos*, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires 1987.
- **Nau**, Henry R., *At Home Abroad. Identity and Power in Foreign Policy*, A Century Foundation Book and Cornell University Press, Ithaca, 2004.
- **Nisbet**, Robert, *Conservatism: Dream and Reality*, Transaction Publishers, New York 2001.
- **Nitze**, Paul H., *De Hiroshima a la Glasnost. Memorias*, Grupo Editor Latinoamericano, Argentina 1991.
- **Nye**, Joseph S. Jr, *Soft Power. The means to success in world politic.*, Public Affairs, New York 2004.
- _____ *La Paradoja del Poder Americano*, Piados, Argentina, 2003.
- _____ *Bound to Lead*, Basic Books, New York 1990.
- **Paz**, Octavio, *El Laberinto de la Soledad*, FCE México 2005.
- _____ *Tiempo Nublado*, Ed. Seix Barral, México 2003.
- _____ *Sueño en libertad. Escritos Políticos*, Seix Barral, México 2001.
- **Prestowitz**, Clyde, *Rogue Nation. American Unilateralism and the Failure of Good Intentions*, Basic Books, New York 2003.
- **Reinares**, Fernando, *Terrorismo Global*, Taurus, España 2003.
- **Rodkey**, Geoff (comp), *Newtisms. The Wit and Wisdom of Newt Gingrich*, Pocket Books, New York 1995.
- **Rodríguez Sumano**, Abelardo, *La Dinastía Bush y el Nuevo Siglo Norteamericano*, Nuevo Siglo Aguilar, México 2003.
- **Schlesinger**, Arthur M. Jr., *War and the American Presidency*, W.W. Norton & Company, New York 2004.
- _____ *Los Ciclos de la Historia Americana*, Alianza Editorial, Madrid 1986.
- **Sharansky**, Nathan, *The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny & Terror*, PublicAffairs, New York 2004.
- **Slaughter**, Anne-Marie, *A New World Order*, Princeton University Press 2004.
- **Stelzer**, Irwin (edit), *The Neocon Reader*, Grove Press, New York 2004.
- **Stern**, Jessica, *Terror in the Name of God. Why Religious Militants Kill*, Harper Collins Publishers, New York 2003.

- **Strauss**, Leo, *Liberalism, Ancient and Modern*, Basic Books, 1968.
- **Suskind**, Ron, *The Price of Loyalty. George W. Bush, The White House, and the Education of Paul O'Neil*, Simon & Schuster, New York 2004.
- **The 9/11 Commission Report**, *The Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States*, W.W. Norton & Company, New York 2004.
- **The Project of the New American Century**, *Rebuilding America's Defense. Strategy, Forces and Resources for a New Century*. September 2000.
- **The White House**, *The National Security Strategy of the United States of America*, Washington D.C. September 2002
- **Todd**, Emmanuel, *After the Empire. The Breakdown of the American Order*, Columbia University Press 2002.
- **Trubowitz**, Peter, *Structure and Choice in Foreign Policy*, Colección de cuadernos de trabajo número 79, Centro de Investigación y Docencia Económica, México 2001.
- **Valdés Ugalde**, José Luis, *Estados Unidos, Intervención y Poder Mesianico. La Guerra Fría en Guatemala, 1954*, CISAN-IIJ-UNAM, México 2004.
- **Valdés Ugalde**, José Luis y Diego Valadés (Coord), *Globalidad y Conflicto. Estados Unidos y la Crisis de Septiembre*, UNAM-IIJ 2002,
- **Vargas Llosa**, Mario, *Diario en Irak*, Aguilar, México 2003.
- **Vasquez**, John A., *Las Relaciones Internacionales. El Pensamiento de los Clásicos*, Limusa, México 1994.
- **Velasco**, Jesús, *Neoconservatism: Some Theoretical and Terminological Clarifications*. Colección de cuadernos de trabajo número 16. Centro de Investigación y Docencia Económica, México 1995.
- **Verea** Mónica y Silvia Núñez, *Estados Unidos y Canadá. ¿Signos Conservadores hacia el siglo XXI?* UNAM-CISAN, México 1999.
- **Verea**, Mónica y Silvia Núñez (coord.) *El Conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendencia y perspectivas hacia el fin del milenio*. UNAM-CISAN, México 1997.
- **Waltz**, Kenneth N., *Teoría de la Política Internacional*, Grupo Editor Latinoamericano, Argentina 1998
- **Waltz**, Stephen M., *Taming American Power. The Global Response to U.S. Primacy*, W.W. Norton & Company, New York 2005.

- **Wendt**, Alexander, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press 1999.
- **Woodward**, Bob, *Plan de Ataque. Cómo se Decidió Invasión Irak*, Plantea, Colombia 2004.
- _____ *Bush en Guerra*, Península Atalaya, España 2002.
- **Zakaria**, Fareed, *From Wealth to Power. The Unusual Origins of America's World Order*, Princeton University Press, 1998.
- **Zehfuss**, Maja, *Constructivism in International Relations. The Politics of Reality*, Cambridge University Press, 2002.

Periódicos, revistas y publicaciones periódicas especializadas

- American Enterprise Magazine
- Christian Science Monitor
- Commentary
- Current History
- Diplomatic History
- El Universal
- Foreign Affairs
- Foreign policy
- Harper's Magazine
- Heritage Lectures
- Hoover Digest
- International Security
- La Jornada
- Letras Libres
- Los Angeles Times
- Newsweek
- Public Interest
- Reforma
- Revista Cidob d' Afers Internacionals
- The American Enterprise Magazine

- The American Prospect
- The American Spectator
- The Economist
- The Nation
- The National Interest
- The New Republic
- The New York Review of Books
- The New York Times
- The New Yorker
- The Washington Post
- The Washington Times
- Time